

CRÓNICAS MALDITAS II

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
UN TRAYECTO ACCIDENTADO	3
EL HOMBRE QUE HACÍA DESAPARECER	9
EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO	17
EL GUARDIÁN DE LOS LIBROS OLVIDADOS	26
HISTORIA DE DOS GEMELOS	42
HISTORIA DE UN SOLITARIO	48
HISTORIA DE DESPUÉS	61
EL ÚLTIMO NOÉ	73
MANUSCRITO ENCONTRADO EN UN MANICOMIO	91
GRIS	98

PRESENTACIÓN

Aunque el grueso de mi producción literaria puede ser encuadrado con mayor o menor precisión dentro de la ciencia ficción, siempre me ha gustado hacer incursiones en el género hermano de la fantasía, entendiendo como tal aquellos relatos en los que la narración responde a planteamientos sobrenaturales que no pueden ser explicados de forma racional. Sí, en la ciencia ficción ocurre algo parecido, se me podrá objetar, pero yo entiendo que en ésta, al menos en la que yo escribo, siempre ha de procurarse recurrir a esquemas cuanto menos verosímiles desde un punto de vista científico, aunque se trate de una ciencia fuera del alcance de nuestra tecnología actual.

La fantasía, por el contrario, queda por definición fuera de toda lógica. Esto nos proporciona una poderosa herramienta, pero al mismo tiempo supone una puerta abierta para que se nos cuele literalmente todo... desde obras magníficas como *El Señor de los Anillos* hasta petardos infumables como la inmensa mayoría de las malas imitaciones suyas que inundan actualmente el mercado.

Ocurre además que la fantasía es a su vez tremendamente diversa, con varias subdivisiones que abarcan desde el terror hasta la fantasía heroica pasando por infinidad de categorías diferentes. Por esta razón me veo obligado a advertir que el tipo de fantasía que a mí me interesa -como lector y como autor- nada tiene que ver con dragones, elfos, magos, forzudos y similares, ni tampoco con reinos maravillosos, princesas encantadas y demás tópicos al uso. Mis fuentes de inspiración hay que buscarlas más bien en obras literarias tales como las *Narraciones extraordinarias* de Poe, las *Leyendas* de Bécquer o los inquietantes relatos de Lovecraft. En esencia, lo que a mí me interesa no es otra cosa que plantear la indefensión de una persona cualquiera -podríamos ser perfectamente ustedes o yo- frente a situaciones insólitas e inesperadas ante las cuales nos encontraríamos inermes. De ahí el título de la antología. Si lo he conseguido, me dará por satisfecho.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en tres volúmenes, siendo éste el segundo

José Carlos Canalda

UN TRAYECTO ACCIDENTADO

Mascullando maldiciones en tres o cuatro idiomas diferentes, el apresurado viajero descendió con paso rápido las escaleras de la boca de metro. La cena se había prolongado bastante más de lo previsto, y el tiempo que se había dado de margen para llegar hasta el autobús interurbano había quedado seriamente menguado... Demasiado menguado para su gusto.

Él, que vivía en una población situada en la periferia de la gran ciudad, aborrecía el tráfico demencial de los fines de semana, razón por la que había renunciado a su coche optando por utilizar el servicio nocturno de autobuses. El problema estribaba en que la frecuencia de los mismos era de hora y media, por lo que si perdía el que pretendía coger se vería obligado a aguardar un buen rato en plena calle... A las dos y pico de la madrugada, lo cual no se podía decir que le apeteciera demasiado.

Por fortuna tenía tiempo suficiente a pesar del imprevisto retraso, aunque a él le hubiera gustado ir más desahogado. Pasó por el torniquete, descendió por las escaleras mecánicas y llegó finalmente al andén... Para comprobar con desagrado que acababa de perder un tren por dos escasos minutos.

Esto suponía una complicación más ya que a esa hora los trenes circulaban con intervalos de un cuarto de hora, pero tras un rápido cálculo mental llegó a la conclusión de que continuaba estando dentro del tiempo... A costa de perder la práctica totalidad del margen de seguridad que le restaba. Bueno, tendría quizá que correr un poco, pero eso no era demasiado grave.

¡Qué se le iba a hacer! Lo importante era que nada estaba perdido. Puesto que le quedaban más de diez minutos de espera, se dedicó a curiosear por el andén fijando finalmente su atención en el panel de los horarios; teniendo en cuenta que estaba cercano el cierre de toda la red del metro, no hubiera tenido ninguna gracia haber perdido el último tren.

No era así, como pudo comprobar con alivio. Esto le tranquilizó pero al mismo tiempo le infundió un nuevo temor: Puesto que esta línea era circular y por lo tanto no existía una estación terminal, los trenes tendrían que terminar forzosamente su recorrido en alguna parte antes de ir a cocheras... Y las cocheras estaban dos estaciones más allá, varias antes de su destino. ¿Le dejaría tirado el tren a mitad de camino? El horario no era nada explícito en este punto, por lo que no le quedaba otra solución que la de resignarse y confiar en la suerte. Olvidándose del ya inútil panel miró con aprensión a uno y otro lado del andén: Cinco, seis personas estaban aguardando al tren. No era ninguna garantía, pero al menos le consoló saber que no estaba solo.

Poco después llegaba el tren. Su vagón iba semivacío, pero contaba con el suficiente número de viajeros como para suponer que no se detuviera en cocheras... O al menos así lo esperaba. Sumido en sus reflexiones, vio pasar la primera estación. El trayecto hasta la segunda resultó ser bastante más largo. ¿Y si les llevaban directamente a las cocheras? Pensó ilógicamente antes de recordar con alivio que de haber sido así los habrían desalojado en la estación anterior. De todas formas, las cocheras podrían estar tanto antes como después de la estación que estaba por llegar, por lo que el riesgo continuaba existiendo.

Llegó la estación, se abrieron las puertas, bajaron dos o tres viajeros, subió una chica... Y el temido mensaje no se produjo. Tras un lapso de tiempo que se le antojó eterno, el tren cerró sus puertas y arrancó silenciosamente. El peligro había pasado.

Suspirando a pesar suyo, se relajó en el asiento. Ya no había motivos para temer quedarse colgado, como comprobó cuando un túnel lateral -con toda seguridad el que conducía a las cocheras- quedó atrás a poco de abandonar la estación. Era evidente que como mínimo el tren continuaría hasta las siguientes cocheras, situadas al otro extremo de la línea... Mucho más allá de su destino. Bien, a pesar de todo había tenido suerte.

Llegó una nueva estación, pero eso ya no le importaba. Distraídamente observó que se quedaba solo en el vagón, lo cual no tenía mayor trascendencia; cuatro estaciones más y estaría en su destino.

El tren salió del túnel deteniéndose con suavidad en el andén. Nada de particular había en ello, pero una indefinible sensación de incomodidad le invadió inusualmente. Tenía la impresión de que algo no marchaba bien, pero ¿el qué?

De repente lo descubrió. En el rótulo que identificaba a la estación no figuraba el nombre que debería haber estado escrito, sino otro completamente distinto... Que no correspondía a ninguna de las estaciones de la red.

Era absurdo, completamente absurdo, pero le bastó con mirar hacia uno y otro lado para comprobar que el error se repetía a lo largo de los dos andenes. Perplejo y desconcertado, antes de que pudiera reaccionar el tren cerraba sus puertas y se introducía de nuevo en el túnel.

No podía ser... La estación era completamente normal en todos los aspectos a excepción del nombre; nombre que existía en el callejero, pero que no correspondía a ninguna estación puesto que el metro ni pasaba ni había pasado nunca por allí. Tenía que ser un error; al fin y al cabo, estaba cansado y se caía literalmente de sueño.

La siguiente estación supuso una nueva sorpresa; y ahora no estaba despistado. Otro nombre nuevo perteneciente a una gran avenida de la ciudad... Situada al otro extremo de la

misma. Aquí estaba pasando algo muy raro, y él desde luego no estaba de humor como para seguir la broma.

¿Qué hacer? ¿Se bajaba? ¿Continuaba? Indeciso se asomó a la puerta y barrió con la vista el desierto andén; bajarse podía suponer no sólo perder el autobús sino también, y esto era lo más grave, perder el que quizá fuera el último tren. Sumido en sus pensamientos oyó cómo el silbato anunciaba la partida, e instintivamente se echó hacia atrás; para bien o para mal, la suerte estaba ya echada.

El minuto escaso que tardó el tren en salir del túnel se le antojó toda una eternidad. Lo insólito de la situación le había dejado inerte, ¿pero qué podía hacer?

Cuando la siguiente estación demostró ser una nueva burla al sentido común, ya no lo dudó un solo instante: Apenas abiertas las puertas se encontró sin pensarlo en el andén, en el extraño andén de una estación que nunca había sido construida.

Instantes después el tren abandonaba la estación camino de no se sabía dónde dejándole abandonado en un lugar negado por la lógica. Lenta, casi estúpidamente, miró una y otra vez el rótulo de la estación... Un rótulo que no podía existir, pero que sin embargo existía. Presa de una repentina inspiración se dirigió al panel en el que solía figurar el plano completo de la red de metro; al menos podría saber a qué atenerse.

El plano estaba allí, pero a efectos prácticos era como si no lo hubiera. Sí, había algo que debería ser el mapa de una ciudad surcado por líneas de colores representativas de las diferentes líneas... Pero resultaba ser completamente indescifrable. Nada había en él que pudiera interpretarse inteligiblemente, siendo tan sólo una confusa mancha de colores sin el menor sentido lógico... Por absurdo que pareciera.

“Parece como si lo hubiera dibujado un loco”. Pensó en un arranque de lucidez. Y así era; como locura resultaba ser la insólita situación en que se encontraba.

Pero algo tenía que hacer. Ya no le importaba perder el autobús; ojalá fuera éste su único problema. Ahora lo que quería era salir de allí, abandonar ese mundo de pesadilla que no podía comprender y en el cual empezaba a tener miedo de estar. Salir de allí; eso era evidente. ¿Pero cómo hacerlo?

Ambos andenes estaban completamente vacíos, lo que contribuía a acrecentar aún más su sensación de soledad. ¿Qué hacer? Esperar la llegada del próximo tren, si es que llegaba? ¿Pedir ayuda a algún empleado del metro? ¿Salir a la calle -¿a qué calle?- y huir de aquel recinto de pesadilla?

La cabeza le daba vueltas y él seguía sin saber qué decisión tomar. De repente distinguió una figura al otro extremo del andén: Se trataba, según pudo comprobar, de un limpiador que realizaba de forma mecánica su labor, ajeno por completo a todo lo que le

rodeaba. Acercarse a él y llamar su atención fue todo uno; era su única oportunidad, y se asió a ella como a un clavo ardiendo.

-Disculpe, señor; ¿podría atenderme un momento? -fue su patética petición de ayuda.

El empleado levantó la vista del suelo mirándole, si no con desagrado, sí con una indiferencia rayana en la impertinencia. Al parecer no le agradaba que le interrumpieran, y no hacía el menor esfuerzo por disimularlo.

-¿Qué desea? -masculló al fin tras examinarlo de arriba a abajo.

-¿Me podría decir en qué estación estamos? -le preguntó quejumbroso.

El limpiador, por única respuesta, se limitó a indicarle con la mirada el rótulo de la pared para acto seguido hacer ademán de reanudar su trabajo.

-¡Espere, no se vaya todavía! ¡Esta estación no existe en ningún mapa!

-Eso dicen algunos. -gruñó su interlocutor- Pero yo llevo quince años trabajando aquí sin faltar ningún día.

-¡Pero no es real!

-Cada cual tiene su propia realidad. -fue la filosófica respuesta- Usted tiene la suya, yo tengo la mía, otros tienen la suya y nunca hay dos que sean iguales.

-Está bien. -se resignó, intentando cambiar de táctica- ¿Podría decirme hacia dónde conduce esta línea?

-¿Quién lo sabe? Unos dicen que a ninguna parte, otros que a cualquiera... A mí personalmente siempre me ha dado igual. Me limito a limpiar los andenes de esta estación sin preguntarme nunca qué puede haber más allá.

-¿Y hacia el otro lado? ¿Puedo volver por donde he venido?

-Eso tendría que comprobarlo por usted mismo; nadie ha vuelto nunca aquí para contármelo.

No llegaría a saber lo que hubiera sido capaz de hacer para obtener más información de su esquivo interlocutor; probablemente algo bastante grave a juzgar por su nivel de desesperación. Pero en aquel momento de tensión un ruido familiar vino a romper la cada vez mayor tensión que flotaba en el ambiente.

-¿Qué es eso? -preguntó con inquietud.

-Nada de particular. -respondió el limpiador con indiferencia- Es un tren que viene por la vía contraria.

-Pues entonces, adiós.

-¡Oiga, no se moleste! -fue la inútil respuesta del empleado- No le va a dar tiempo a cruzar al otro andén. ¿Pero qué hace? ¿Está usted loco? ¡Se va a matar!

No estaba loco, pero sí desesperado; por esta razón hizo algo que jamás se hubiera atrevido a intentar en circunstancias normales: Saltar a las vías y cruzarlas para posteriormente ascender al andén opuesto... Con el tren entrando ya en la estación.

Nunca sabría cómo lo pudo conseguir sin ser arrollado; lo cierto fue que a pesar de su falta de agilidad acabó encontrándose tendido a salvo en el suelo del andén al tiempo que el tren se detenía abriendo sus acogedoras puertas.

No se lo pensó dos veces; haciendo caso omiso de las magulladuras que laceraban todo su cuerpo, se zambulló en el interior del vagón derrumbándose en el asiento más cercano. No le importaba que el tren estuviera completamente vacío, ni le importaba tampoco la nada desdeñable posibilidad de que su viaje no tuviera más meta que una fantasmal e inexistente estación de metro... Su única oportunidad estaba allí, y tenía que aprovecharla.

La llegada a la primera estación le mantuvo en vilo. ¿Se repetirían a la inversa las etapas de su anterior viaje o, por el contrario, estaría moviéndose en un ciclo sin fin sin la menor posibilidad de retroceder?

Se repitió, lo cual le hizo suspirar con alivio. Al menos hasta allí parecía estar desandando el camino, lo cual tuvo la virtud de tranquilizarle un tanto. Quedaban todavía dos estaciones más... ¿Seguiría teniendo suerte?

Con el corazón en un puño vio cómo la siguiente estación -la primera de las fantasmas- se perdía en la oscuridad del túnel. El momento de la verdad había llegado. ¿Se encontraría al fin en una estación conocida o, por el contrario, entraría en otra línea desconocida? El corazón le golpeaba en el pecho con una fuerza inusitada y las sienas le ardían como si la cabeza le estuviera a punto de estallar. Incapaz de aguantar la tensión se levantó de su asiento apostándose junto a la puerta... Medida ciertamente innecesaria pero que tuvo la virtud de calmarle un tanto.

El túnel no se acababa nunca. ¿Acaso sería así para siempre? El temor de que el vagón se convirtiera en su sepulcro le angustió todavía más, calmándose tan sólo cuando apreció que el tren comenzaba a frenar como preludio al estallido de luz que inundó el vagón al penetrar en la estación... La estación deseada, para fortuna suya.

Los escasos viajeros que montaron en el vagón por él abandonado le miraron con una sorpresa no exenta de rechazo: Su desaliñado aspecto y la expresión alucinada de su rostro no eran precisamente la mejor carta de presentación. Pero esto no le importaba en absoluto; lo único que quería era abandonar lo antes posible esos túneles malditos.

Cuando por fin se vio libre en la calle, tuvo que sentarse a recuperar el aliento en el primer lugar que encontró; tal era su estado de excitación. Afortunadamente el aire frío de la noche le ayudó a despejarse y tranquilizarse mientras la gente pasaba indiferente por su lado tomándole quizá por uno de tantos borrachos de fin de semana.

Tras reunir sus escasas fuerzas se incorporó al fin recordando que aún le quedaba un largo camino por recorrer hasta llegar a su casa. El autobús... Bueno, suponía que lo habría perdido, pero eso ya no le preocupaba lo más mínimo. Al fin y al cabo la hora y media que mediaba hasta el siguiente autobús la iba a necesitar para recorrer andando el trecho que le separaba de la parada; porque si de algo estaba completamente seguro, era de que aquella noche no volvería a coger el metro.

EL HOMBRE QUE HACÍA DESAPARECER

Descubrió que poseía el Poder, por pura casualidad, un día en que caminando por la calle se cruzó en su camino un cafre atronando en una moto. De forma instintiva deseó que tal animal se desvaneciera... Cosa que hizo inmediatamente sin dejar el menor rastro ni de él ni de la maldita moto.

Atónito miró a uno y otro lado para cerciorarse de la realidad de la desaparición, la cual chocaba frontalmente con las más elementales normas de la lógica. ¿Cómo iba a esfumarse alguien delante de sus mismas narices? No, no podía ser, y los cuarenta insoportables grados que marcaba un termómetro cercano tuvieron la virtud de convencerle de que, de una u otra manera, el calor asfixiante de esa tórrida tarde de julio le había jugado una mala pasada. Así pues, encogiéndose de hombros, enfiló la desierta calle en busca del refugio de su casa lamentándose de que tal poder no pudiera ser una realidad.

Un mes más tarde, cuando había olvidado ya el incidente, tuvo ocasión de descubrir que pese a todo no se había tratado de ninguna alucinación. Fue en una calle desierta, a las tres de la madrugada, cuando de forma repentina se vio aplastado brutalmente contra la pared al tiempo que sentía la presión fría de una navaja sobre su cuello. Deseó sin pensarlo siquiera que el atacante desapareciera... Y éste desapareció como por ensalmo antes de haber podido siquiera abrir la boca para plantearle sus más que previsibles reivindicaciones monetarias.

Era ciertamente para *mosquearse*, y de hecho se *mosqueó* bastante. Una vez valía, pero dos... Algo raro estaba pasando y tenía que averiguar lo que era, ¿pero cómo?

El azar vendría de nuevo en su ayuda cuando, algún tiempo después, fue testigo accidental de un tirón en plena vía pública. Recordaba todo tal como si se tratara de una película: Una señora de mediana edad gritando desde el suelo, un individuo joven con mala pinta corriendo con un bolso en la mano, varios transeúntes contemplando con sorpresa la escena... Y él en la acera opuesta sin la menor posibilidad de intervenir, viendo cómo el ladrón se escabullía como alma que lleva el diablo.

En esta ocasión se trató por vez primera de un acto deliberado; y al igual que sucediera en las dos anteriores, el blanco de su ira se fundió instantáneamente en la nada apenas hubo deseado que ocurriera.

Bien, él hubiera esperado que al desaparecer el ratero el bolso cayera al suelo; él lo recogería y se lo devolvería galantemente a la señora, la cual como era de esperar se lo habría de agradecer efusivamente... Creándole el nada baladí problema de tener que explicar el origen de sus insólitos poderes.

Con el corazón en un puño, siendo repentinamente consciente de que había cometido un grave error, miró acongojado hacia el lugar en el que esperaba encontrar el abandonado bolso; al fin y al cabo, pensó frenéticamente, podía hacerse el tonto de forma que nadie pudiera relacionarlo con la desaparición del delincuente.

Dicho y hecho; lo malo era que el bolso tampoco estaba allí. ¿Había desaparecido con el ratero? No, puesto que cuando miró hacia el otro lado, se encontró con que la víctima del atraco caminaba tranquilamente por la acera como si nada hubiera ocurrido... Y con el bolso colgado del hombro entre la indiferencia general de los mismos peatones que poco antes siguieran con interés el desarrollo de los acontecimientos.

¿Qué acontecimientos? Esto acabó de desconcertarlo. Que el ladrón se esfumara empezaba a considerarlo normal, pero que las consecuencias de su acción desaparecieran también ya no lo era tanto. Parecía, se dijo, como si el tiempo hubiera retrocedido unos segundos justo hasta el momento en que el ratero arrebató el bolso a la señora, hasta antes incluso dado que ni siquiera había llegado a aparecer en la calle.

Tentado estuvo de abordar a la señora y preguntarle por el robo, pero afortunadamente se contuvo a tiempo. ¿Quién le iba a creer? Amén de que en el caso improbable de que le creyeran, sería todavía peor. Así pues, hizo mutis por el foro marchándose discretamente de allí.

Puesto que siempre había presumido de poseer unamente analítica, intentó estudiar la situación desde un punto de vista racional. Ignoraba por completo las razones por las que era capaz de hacer desaparecer a la gente, pero lo cierto era que lo hacía. Ahora bien, ¿cuáles podían ser las consecuencias de ello?

Sabía que no sólo anulaba a la persona sino que asimismo suprimía las consecuencias directas de la acción que ésta estaba realizando, pero esto no acababa con las incógnitas. Por ejemplo: ¿qué pasaba con el volatilizado? ¿Aparecía en otro lugar preguntándose qué hacía él allí? Eso le parecía lo más probable pero tan sólo existía una manera de saberlo y no se atrevía a llevarla a cabo; porque no era lo mismo mandar a hacer gárgaras a un desconocido que además era un chorizo, que hacerlo con alguien de su entorno al que poder preguntarle después dónde había estado.

No, desde luego no era lo más indicado, pero una vez más la fuerza de los hechos le arrastró inexorablemente hacia lo que al parecer era su destino. Su jefe inmediato, como suele ocurrir con tantos jefes, era un auténtico cretino; o al menos, eso le parecía a él. Ambos se detestaban sin molestarse siquiera en disimularlo, y ambos estaban condenados a soportarse mutuamente por mucho que les pesara.

Ese día su jefe estaba francamente insoportable y acabaron, como tantas veces, discutiendo. En lo más acalorado de la pelea se le escapó algo así como: “*¡Ojalá no te*

hubiera conocido nunca?"... Y eso fue precisamente lo que ocurrió. A pesar de contar ya con experiencia en el tema continuaba sin acostumbrarse del todo a esas desapariciones repentinas, máxime si afectaban, como ocurría en este caso, a alguien que conocía por mucho que le aborreciera; pero lo peor estaba aún por llegar.

Su jefe, o por hablar con mayor propiedad, su ex-jefe, había efectivamente desaparecido, pero lo más sorprendente del caso fue descubrir que de cara a los demás era como si nunca hubiera existido... Porque la oficina seguía exactamente igual sin que nadie echara de menos a su víctima.

¿Igual? No, esto no era exacto, ya que descubrió la presencia de alguien para él desconocido pero que era evidente que actuaba como si se tratara del nuevo responsable del departamento, con la aquiescencia general de todos sus subordinados. Y estaba también Rodríguez, el auxiliar que se había marchado de allí hacía dos años porque era incapaz de aguantar al desaparecido; lo cual era una lástima, puesto que también echó de menos a la rubia minifaldera que le había sustituido.

Y no acababan aquí las sorpresas. Según pudo indagar sonsacando a sus compañeros, los cuales debieron pensar que se había vuelto repentinamente loco, supo que el nuevo y para él desconocido jefe llevaba allí cerca de cinco años, justo el tiempo que había pasado desde que el otro -el antiguo- llegara al negociado. Resultó que no sólo este último era alguien completamente desconocido para todos, sino que además la persona que según todos los indicios le había sustituido se había incorporado tras aprobar la oposición convocada a raíz de la jubilación del señor Carrascosa, anterior propietario de la plaza.

Era de locos, pero una consulta al Boletín Oficial del Estado acabó de confirmarle la realidad de esa absurda situación. Una persona había sido cambiada por otra incluso en los asépticos documentos oficiales... Era realmente para volverse loco; pero tenía que seguir adelante. La prudencia le recomendó no seguir indagando abiertamente, pero recurrió a métodos más discretos para recabar la información que necesitaba. La rubia seguía destinada en el departamento al que perteneciera antes de venir a ocupar la plaza de Rodríguez, y en todo lo demás nada parecía haber cambiado excepto en que una persona se había esfumado arrastrando con ella todos los cambios en los que de una u otra manera había influido.

Aparentemente se trataba de una simple alteración de su esfera laboral, única en la que había entrado en conflicto con su desaparecido rival, pero él prefirió ir todavía más lejos. Aprovechando que un amigo suyo trabajaba en el registro civil le pidió con una excusa que consultara los datos de su antiguo jefe, lo que éste hizo con unos resultados aparentemente absurdos: Esta persona jamás había existido legalmente. Puesto que conocía el nombre de su mujer recurrió asimismo a su amigo para saber qué había sido de ella: Existía, para alivio suyo, y se encontraba casada con otra persona para él desconocida con la que había

tenido dos niños. Por fortuna, se dijo con remordimiento, el extinto matrimonio carecía de hijos.

Tardaría bastante tiempo en asimilar la realidad en toda su crudeza. Al parecer el Poder no sólo se limitaba a hacer desaparecer físicamente a todo aquél que eligiera, sino que iba mucho más allá al ser capaz de alterar la realidad misma todo lo necesario como para eliminar cualquier posible rastro dejado por esa persona a lo largo de toda su vida, sustituyéndola por otra realidad alternativa sin que nadie excepto él se diera aparentemente cuenta del cambio. El equilibrio era perfecto y la realidad alterada se mostraba tan sólida y viable como había sido la original; solo que una persona había sido borrada por completo del mapa.

Asustado por su descubrimiento intentó deshacer el entuerto devolviendo a su víctima la perdida corporeidad, pero todo resultó inútil a pesar de sus reiterados esfuerzos. Por desgracia, los efectos del Poder demostraron ser irreversibles, lo que lo convertía en algo francamente peligroso al ser imposible ponderar previamente el alcance de una alteración cualquiera de la realidad. Al fin y al cabo una persona estaba interactuando constantemente con otras muchas a lo largo de toda su vida, por lo que eran de todo punto imprevisibles las consecuencias de su desaparición desde el mismo instante de su nacimiento.

A pesar de todos sus temores, la curiosidad habría de acabar imponiéndose a la prudencia aunque, eso sí, no sin que adoptara las debidas precauciones. ¿Por qué no, se preguntaba, intentarlo de nuevo con alguien ya fallecido? El riesgo seguía siendo elevado, se dijo, pero en todo caso siempre resultaría inferior si seleccionaba adecuadamente a la persona en cuestión al ser relativamente fácil -sólo relativamente- ponderar las posibles consecuencias de su acto.

Creyó haber encontrado el candidato ideal al recordar a un primo suyo fallecido a los tres años de edad después de un penosa enfermedad, hacía de ello más de treinta años. Poco había que perder haciéndole desaparecer en el mismo momento de su concepción, ya que el pobre nada había podido hacer en su corta vida. Incluso las posibles consecuencias podrían llegar a ser beneficiosas, dado que su prematura muerte había marcado profundamente la vida de sus tíos hundiéndolos en una postración de la que habían tardado muchos años en salir. Bien, no podía resucitar a su primo, pero sí podría hacer que nunca hubiera existido.

Y fracasó por completo, como tuvo ocasión de comprobar visitando a su tía, viuda desde hacía algún tiempo. La fotografía del pequeño fallecido, ya amarillenta por la acción del tiempo, seguía colgada en su marco igual que siempre en el salón de la casa de sus padres. No necesitó, pues, hacer ninguna pregunta a su tía, sorprendida a la par que halagada por una visita que no era en modo alguno frecuente.

Ya sabía que no podía actuar sobre muertos sino tan sólo sobre personas vivas, lo cual era ciertamente una lástima; pero también resultaba ser una tranquilidad, ya que la

tentación de hacer desaparecer a monstruos tales como Hitler o Stalin hubiera sido demasiado fuerte sin pararse a pensar siquiera en las consecuencias no necesariamente positivas que tal arrebato habría provocado, en especial para todos aquéllos que se hubieran disuelto instantáneamente en la nada.

Pero si nada podía hacer ya contra los dictadores difuntos, no ocurría lo mismo con todos los cuales, para desgracia de sus respectivos súbditos, seguían estando vivitos y coleando. El planeta, como siempre había ocurrido, estaba desgarrado por conflictos absurdos que hacían sufrir a demasiada gente, conflictos que en muchas ocasiones habían sido provocados por alguien con nombre y apellidos. Ciertamente sería una labor humanitaria hacer desaparecer para siempre a alguna de estas alimañas, razón por la que no se lo pensó dos veces convencido como estaba de hacer un inmenso bien a la humanidad.

Claro está que ignoraba si el Poder era capaz de actuar a una distancia de varios miles de kilómetros, pero eso no era importante. Eligió, pues, al dictador de un país asiático el cual, además de oprimir a su pueblo, había provocado un par de guerras, una de ellas especialmente sangrienta, con sus vecinos e incluso con buena parte de la humanidad; deseó intensamente que desapareciera y abrió el periódico sabedor de que precisamente ese día venía una noticia acerca de la última trastada del dictador de turno.

La noticia estaba cambiada, señal inequívoca de que había tenido éxito; pero las circunstancias no habían cambiado demasiado con relación a las existentes antes de su drástica intervención. El país seguía siendo una dictadura exactamente igual con otro hombre fuerte desconocido para él, y si bien no parecía haber sanciones de la ONU, tampoco se podía decir que sus habitantes hubieran visto mejorada su vida de forma significativa.

Preso de una gran excitación se dirigió a la enciclopedia para consultar los tomos correspondientes a los últimos años; sí, era el mismo dictador que figuraba en el periódico y la historia de su país, si bien era diferente de la que él recordaba, tampoco era para lanzar precisamente las campanas al vuelo: La primera guerra había tenido lugar de forma similar y en idéntica fecha con el país vecino, y había acabado también de la misma manera. La segunda, ciertamente, no había llegado a ocurrir aunque le había andado muy cerca habiendo sido evitada en el último momento tan sólo gracias a las presiones de las grandes potencias. Aunque el dictador se mantenía en el poder -ésta era precisamente la noticia del periódico-, todo parecía indicar que corría un grave riesgo de ser derrocado... Por otro igual a él.

Profundamente decepcionado intentó olvidarse del Poder convencido de que la humanidad no tenía arreglo posible. Así se mantuvo durante varios meses, pero el bombardeo cotidiano de noticias acerca de la masacre que desde hacía varios años

desgarraba el corazón de la propia Europa, le movió a intervenir de nuevo a pesar de que seguía albergando serios temores acerca de la posible utilidad de su acción.

Intentó ser justo. Consciente de que en la envenenada tragedia del torturado país resultaba inútil a esas alturas distinguir ya entre los buenos y los malos, centró su atención en el que parecía ser el más dañino entre todos los nuevos caudillos. Deseó su desaparición y, al igual que hiciera en anteriores ocasiones, se aprestó a apreciar los resultados.

De forma similar a como ocurriera con el dictador asiático, éstos fueron decepcionantes. Estaba claro que el cáncer que corroía a esa desdichada nación era mucho más profundo que el que pudiera erradicarse eliminando físicamente a uno de los más significados protagonistas, razón por la que decidió perseverar en su empeño.

La segunda intervención rindió resultados algo más alentadores, pero distó mucho de acabar con la carnicería. Luego hubo una tercera, una cuarta, una quinta... Sin que la guerra se detuviera en ningún momento. Cambiaban los actores, pero el escenario seguía siendo el mismo.

Profundamente despechado, tuvo un acceso de cólera que habría de acarrearle consecuencias trascendentales: Si no podía acabar con la guerra suprimiendo a los principales culpables, lo haría borrando del mapa a absolutamente todos los implicados en ella. Nunca se le hubiera ocurrido en otras circunstancias desear la extinción de todo un pueblo completo, pero él era en el fondo tan sólo un simple ser humano que se había visto desbordado por el destino.

Lo hizo, pues, coronándolo con el éxito al que ya estaba acostumbrado, provocando que todo un pueblo desapareciera de la historia como si nunca hubiera existido. Este hecho era algo que hubiera sido capaz de trastornar a cualquiera, pero él había traspasado ya el umbral de la cordura.

A cualquier historiador le hubiera fascinado poder comparar las dos realidades distintas, la de antes y la de después de su intervención, pero lamentablemente nadie en el mundo a excepción de él era capaz de percibir más que una... Y aun limitándose él mismo a sus propios recuerdos, puesto que de nada le servía recurrir al auxilio de libros y documentos al haberse modificado también éstos para adaptarse a la nueva realidad, la única que era ahora la verdadera para el mundo.

Ahora sí habían sido extremadamente profundas las modificaciones... Demasiado profundas, ya que habían afectado de forma drástica a varios siglos de historia europea. Esto le sirvió para constatar otra de las peculiaridades del Poder: Si bien no podía actuar directamente sobre personas fallecidas como bien había comprobado, sí podía hacerlo de forma indirecta haciendo desaparecer a sus descendientes, siempre y cuando esta desaparición implicara forzosamente la de las generaciones anteriores.

Éste era precisamente el caso: Para eliminar a una persona bastaba con que sus padres no se hubieran conocido o, de forma mucho más sutil, era suficiente con impedir que un espermatozoide determinado acabara llegando el primero al óvulo. Pero borrar a toda una generación (en realidad a varias) del mapa no se podía hacer de la misma manera, por lo que el Poder obró de la única manera lógica en estas circunstancias: remontándose en el tiempo hasta el momento en que las tribus nómadas que habían dado origen mucho tiempo atrás al pueblo condenado vagaban errantes por las estepas centroeuropeas. Esta alteración tan radical había arrastrado consigo multitud de cambios no menos importantes no sólo en el solar patrio de los desaparecidos, sino también en una gran parte de Europa. El *horror vacui* del que ya había hecho gala el Poder se mostraba así en toda su magnitud forzando la aparición de toda una historia de Europa paralela -que ahora era ya la Historia- como único modo de restañar los profundos desgarrones provocados en la trama del devenir histórico de la humanidad.

Ahora ese país estaba ocupado por un nuevo pueblo -en realidad la geografía política de toda la región estaba drásticamente cambiada- el cual no era ni demasiado mejor ni demasiado peor que el extinto. Las guerras habían sido otras, al igual que los períodos de paz, pero no había conseguido que cambiaran significativamente las cosas. El hombre era hombre, y al parecer lo seguiría siendo independientemente de cuáles pudieran ser sus circunstancias.

La cruel constatación de que nada de cuanto hiciera podría suponer una mejora significativa para la humanidad, acabó por romper definitivamente la frágil barrera que le separaba de la locura más absoluta. Si la humanidad en su conjunto, o cuanto menos amplios sectores de la misma, no merecía existir, bueno sería que no existiera.

El paso estaba dado. Él no era Dios, pero actuaba como si lo fuera... Como si fuese un dios con mayores poderes incluso que los suyos, puesto que él era el amo y señor de los destinos de toda la humanidad. Pero era también un dios sin fieles, puesto que nadie jamás podría llegar a vislumbrar siquiera su Poder.

No importaba. Él solo se bastaría para administrar justicia -su particular justicia- a la totalidad de sus congéneres. Fríamente, obrando como alguien que estaba por encima de todo bien y todo mal, como alguien para quien las personas no eran sino anónimas piezas de su macabro ajedrez personal.

A partir de entonces ya no se molestaría siquiera en justificar sus actuaciones, convencido como estaba de poseer la verdad absoluta. Y su Poder se convirtió en un juego, en un simple juego. Frívolamente, sin la menor reflexión, comenzó a hacer y deshacer a su antojo borrando culturas enteras y forzando a la historia a reescribir capítulos enteros de su discurrir milenario.

Cada vez que actuaba el mundo recobraba su equilibrio... Un equilibrio diferente del anterior, pero no por ello menos tangible y real.

No pasaría mucho tiempo antes de que toda la humanidad fuera completamente distinta con respecto a la que conociera antes del descubrimiento del Poder. Tan sólo él se mantenía incólume protegido por su propio Poder, el cual era capaz de hacer cualquier cambio por drástico que fuera a excepción de aquéllos que hubieran de afectarle directamente a él... Aunque no a su entorno, como pudo comprobar tras ver desaparecer para siempre a familiares y amigos.

Finalmente, en la cúspide ya de su paranoia y hastiado por completo del Poder -un Poder del que sólo él era consciente- decidió acabar definitivamente con su juguete suprimiendo a toda la humanidad y suprimiéndose a sí mismo.

Lo primero lo consiguió con toda facilidad, pero lo segundo no. El Poder, describiendo una imposible cabriola, tuvo que inventarse una guerra nuclear que nunca había llegado a existir en las anteriores y efímeras realidades, una catástrofe planetaria que había arrasado la totalidad de la vida del planeta a excepción de un único refugio antiatómico en el que ahora se encontraba él... No podía ser de otro modo puesto que el Poder tenía vedado hacerle el menor daño. Así pues, a pesar de que en condiciones normales hubiera resultado incongruente su presencia en un lugar de esas características, de pronto se encontró siendo un superviviente del cataclismo que había acabado con toda la humanidad.

Con toda; aquí el Poder había obrado con una efectividad absoluta. Estaba completamente solo, puesto que el Poder había hecho fallecer de una u otra manera a todos sus compañeros de aventura dejándole como único superviviente en un refugio subterráneo diseñado para una población mucho más numerosa y capaz por ello de mantenerlo con vida durante muchos más años de los que su organismo pu diera resistir.

Esto le desesperó. Tarde había descubierto el peligro de su juego, pero aún le quedaba una solución. El Poder no le podía infligir ningún daño, pero él sí podría hacérselo a sí mismo. Abrumado por su nueva y ya del todo punto irreversible situación, optó por la única salida posible: El suicidio.

¿De qué le servía ser un dios si no tenía nadie que le adorara? Se dijo al tiempo que un disparo a bocajarro ponía fin a su atribulada vida.

EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO

Si alguna persona había en el mundo a la que se pudiera calificar de mediocre en el sentido más completo de la palabra, esta persona era sin duda Juan B. A lo largo de su más que mediada vida, que rebasaba ya con creces la cuarentena, Juan B. jamás había destacado absolutamente en nada, ni para bien ni para mal. Nacido en el seno de una de tantas familias del montón y segundo de tres hermanos, es decir, el mediano, en el colegio había sido ese niño vulgar que termina el curso sin que ningún profesor se acuerde de él. Años después Juan B. terminaría sus estudios de grado medio sin problemas especiales pero sin ningún tipo de lustre en su expediente académico, encontrando poco después un trabajo ni bueno ni malo retribuido con un sueldo normal. Cuando fue al servicio militar nuestro personaje supo hacer una virtud de su innata capacidad para pasar desapercibido, lo cual le reportó quizá por vez primera en su vida una apreciable ventaja sobre sus compañeros de cuartel ya fueran éstos más brillantes o más zotes que él.

Pero cuando una vez licenciado Juan B. se reincorporó a la vida civil, descubrió con desagrado que su momentánea ventaja había quedado convertida en una desagradable incomodidad. Los tiempos habían cambiado, encontrar trabajo era ahora una difícil aventura, y los mediocres como él eran desplazados por aquéllos que tenían la suerte de destacar en algo, ya fuera una capacidad real para desempeñar una labor o bien la simple habilidad de saber engañar con las apariencias externas. Ni con unos ni con otros tenía Juan B. la menor posibilidad de salir adelante, y él que no era tonto aunque tampoco listo, lo sabía perfectamente.

Dios aprieta pero no ahoga, se dijo el bueno de Juan B., por lo que haciendo de la necesidad virtud se propuso salir adelante en esta difícil prueba. Tras estimar que sus mejores posibilidades pasaban por desempeñar tareas administrativas, comenzó a buscar trabajo por diferentes oficinas... Siendo rechazado una y otra vez, tal como era de esperar, dada la gran competencia existente y dada también su mediocridad, siempre vencida por rivales mejor preparados que él.

Sin desesperarse por ello Juan B. lo intentó una y otra vez, consiguiendo finalmente ser contratado en una modesta oficina por un más que modesto sueldo. Convertido en un flamante auxiliar administrativo de una de tantas oficinas anónimas existentes en la gran ciudad, para Juan B. comenzaba una nueva etapa de su vida.

Sin embargo, esto no habría de suponer variaciones significativas en sus relaciones sociales; antes bien, la vida cotidiana de Juan B. se volvió todavía más mediocre. Libre de responsabilidades importantes, con un trabajo poco complicado que le daba lo suficiente para vivir con cierto decoro, nuestro personaje resultó ser un oficinista típico, ni bueno ni malo, que más que estimado o rechazado por sus compañeros y superiores era

habitualmente ignorado por unos y otros. Esto era algo a lo que Juan B. estaba sobradamente acostumbrado, por lo que no le pilló de sorpresa. Y como por otro lado no era ambicioso ni tenía especiales deseos de prosperar en la carrera administrativa, pronto se acostumbró a su nuevo estado limitándose a actuar en forma similar a como lo hacían sus compañeros... Hasta que las cosas cambiaron.

Todo comenzó un día cualquiera, cuando descubrió con sorpresa que se había producido un sutil cambio en la actitud que hacia él mostraban sus compañeros. Acostumbrado a una indiferencia mutua rayana casi en el más olímpico de los desprecios, Juan B. se encontró repentinamente con que era mirado con reticencia en la oficina. Desconcertado e incómodo frente a una situación que ni él había buscado ni tampoco comprendía, Juan B. no supo reaccionar limitándose a hacer lo que siempre había hecho: Comportarse con indiferencia.

Varios días después, cuando ya estaba comenzando a acostumbrar se a su nueva situación, le llegó el bombazo: Su jefe, ese jefe que prácticamente ni le miraba a la cara, le llamó a su despacho para comunicarle amablemente su decisión de proponerle para un ascenso que llevaba aparejado un sustancioso aumento de sueldo. ¿Así que era por eso por lo que había sido mirado con recelo durante los últimos días? Imposible, le respondió su superior, ya que la propuesta se había mantenido en secreto y nadie en la oficina salvo él la conocía. ¿Casualidad? Probablemente, ya que la posibilidad de una filtración era completamente descartable.

Bien, eso no importaba. Aceptó, por supuesto; ¿cómo iba a rechazar algo que le caía literalmente del cielo? El cambio de puesto de trabajo fue inmediato y llevó aparejado un traslado a otra oficina ya que, según su superior, era algo conveniente de cara a evitar la envidia de sus antiguos compañeros.

La adaptación a su nuevo trabajo no le resultó nada traumática; antes bien, fue escandalosamente sencilla. A pesar de que todos sus nuevos compañeros tenían en teoría un nivel sensiblemente más alto que los anteriores, lo cierto fue que Juan B. no apreció diferencias significativas entre ellos... En realidad eran exactamente iguales, ni mejores ni peores que aquéllos a los que había dejado atrás.

Fue por ello por lo que Juan B. pudo desempeñar su nuevo cometido sin ningún tipo de problemas y sin necesidad de abandonar (tampoco le hubiera sido posible) su cómoda y protectora mediocridad. Se enfrascó, pues, en su nuevo trabajo haciéndolo ni mejor ni peor que lo hubiera hecho anteriormente sin variar en absoluto sus relaciones laborales, que continuaron siendo virtualmente nulas. Y no le fue mal, puesto que no deseaba ninguna otra cosa.

Pasó el tiempo, desgranándose en su estéril y rutinaria monotonía. Juan B. había olvidado completamente la incómoda precognición que habían tenido sus antiguos

compañeros de oficina, cuando un inesperado suceso vino a turbarle de nuevo el espíritu sin que en esta ocasión pudiera achacarlo a una hipotética -aunque tajantemente negada por sus superiores- filtración de la noticia.

Una mañana, al entrar en la cafetería donde desayunaba todos los días, descubrió con sorpresa cómo el camarero le recibía con una amabilidad hasta entonces desconocida en él; de hecho, si Juan B. frecuentaba este establecimiento era precisamente porque en él se encontraba a salvo de familiaridades engorrosas y no deseadas.

Bien, que le preguntaran qué tal le iban las cosas tampoco era tan grave, por lo que se limitó a responder de la forma más breve posible antes de enfrascarse en su desayuno. Pero al día siguiente le ocurrió lo mismo, y al otro, y al otro... Y lo más irritante de todo fue comprobar que esta repentina simpatía por parte del habitualmente adusto camarero estaba dirigida exclusivamente a él, puesto que con el resto de sus escasos clientes seguía comportándose exactamente igual que siempre, es decir, mal.

Al cuarto o quinto día, cuando ya estaba comenzando a plantearse muy seriamente un cambio de cafetería, un vendedor de lotería entró en el establecimiento dedicándose a incordiar a todos los allí presentes con una verborrea tan molesta como pegajosa. Juan B. no jugaba nunca ni a las quinielas ni a las cada vez más numerosas clases de lotería, y además no soportaba que nadie le molestara; pero fue tal la insistencia del perseverante vendedor, que en contra de su costumbre acabó comprándole un décimo simplemente para que le dejara en paz.

El sorteo, que tuvo lugar al día siguiente, le deparó una sorpresa mayúscula otorgándole un premio de varios millones de pesetas. A nadie le amarga un dulce y Juan B. no era ninguna excepción, pero cuando se le ocurrió volver a la cafetería se vio obligado a soportar la tabarra mancomunada de un camarero locuaz y un lotero pegajoso, ambos ávidos de propinas... En consecuencia, desapareció del mapa.

Pasada la euforia causada por el premio, Juan B. procedió a analizar lo sucedido. En ambas ocasiones, su ascenso en el trabajo y el premio de la lotería, habían existido indicios previos que parecían haber anunciado lo que iba a suceder varios días después; y al menos en la última de ellas, era completamente imposible que nadie lo hubiera podido saber con antelación. Sin embargo, intentar de encontrar una explicación lógica que no fuera la de la simple y llana casualidad resultaba ser algo incongruente; ¿o no?

No sería demasiado difícil averiguarlo, se dijo; bastaría con tomar parte activa en el juego observando las consecuencias. Tras llegar a la conclusión de que lo más sencillo era probar suerte de nuevo con los juegos de azar, comenzó a comprar décimos y a rellenar boletos de forma sistemática, sin más resultados que los que cabría esperar de las leyes normales del azar y sin otras consecuencias que las de perder unos cuantos miles de pesetas.

Como era de esperar acabó hartándose, por lo que finalmente tomó la decisión de olvidarse por completo del tema; realmente, tenía cosas más importantes en las que pensar. Sin embargo, no tardaría en comprobar que lo que le había estado ocurriendo no era en modo alguno producto del azar: Tras varios días en los que fue tratado por sus compañeros de oficina con una condescendencia molesta a la par que sospechosa, le fue comunicado que la empresa había decidido prescindir de sus servicios... Y también en esta ocasión nadie en la oficina conoció la noticia con anterioridad, para desesperación suya.

Bien, contaba con una razonable indemnización por despido, estaría una buena temporada cobrando el seguro de desempleo y tenía unos ahorrillos en el banco... Junto con una incógnita que le traía de cabeza. Puesto que si algo le sobraba ahora era precisamente tiempo, procedió a investigar qué era lo que le sucedía.

Había una serie de cuestiones objetivas que coincidían en todos los casos: La gente que le rodeaba era capaz de prever, con varios días de antelación, los hechos importantes que le iban a ocurrir, fueran éstos positivos o negativos, mientras él era completamente incapaz de hacerlo. Tampoco tenía la menor posibilidad de influir sobre su futuro, tal como había constatado al fracasar en su intento de ganar en los juegos de azar; estaba claro que sólo podía esperar sin poder intervenir en absoluto. Por otro lado, el hecho de que la gente que le rodeaba pudiera barruntar que algo le iba a suceder tampoco le servía de mucho: Sus compañeros de trabajo le habían afirmado con rotundidad, y tenía motivos sobrados para no dudar de su sinceridad, que desconocían por completo que le fueran a despedir. ¿Por qué entonces se habían portado con él, durante los días previos, con la conmiseración típica con que se suele tratar a quienes han tenido problemas graves? Lo ignoraban; a decir verdad, ni siquiera habían sido conscientes de ello.

Ciertamente no era mucho; a decir verdad, de poco le servía tener aviso de lo que le iba a suceder si no podía ni preverlo, ni controlarlo... ¿O sí? A pesar de su anterior fracaso, se dijo, alguna manera tendría que haber de poder sacar provecho a esta extraña situación. Y finalmente, la encontró.

A Juan B., como es fácil suponer, nunca se le habían dado bien las mujeres. En realidad, y hablando con propiedad, no se *jalaba una rosca*. Hay quien afirma que hasta el más inútil es capaz de conseguir cualquier cosa que se le antoje sin más que intentándolo el suficiente número de veces; el problema estribaba en que Juan B. no se había molestado en intentarlo ni una sola vez ya que su timidez y su temor al fracaso siempre le echaban para atrás. Y como era de esperar, las mujeres no se acercaban a él puesto que nada tenía que las pudiera atraer. Sin embargo, ahora tenía en sus manos la llave que le permitiría franquear la barrera... O al menos, eso creía.

Su estrategia no podía ser más sencilla: Bastaba con plantearse *tirarle los tejos* a alguna chica que le interesara observando su reacción en los días previos a la propuesta. Si

esta reacción era positiva el éxito estaría asegurado, mientras que si era negativa no tendría necesidad alguna de correr el riesgo de un fracaso... Siempre y cuando fuera cierta su suposición de la existencia de una precognición, lo cual no tenía nada claro.

Sorprendentemente, funcionó. Ni a la primera ni a la segunda, pero tampoco a la centésima como afirmaba el conocido chascarrillo; y resultó ser mucho más fácil de lo que siempre había creído. Sin embargo, no se conformó con éste su primer éxito; tenía que comprobar si su teoría era acertada... Y descubrió que, efectivamente, lo era.

Había conseguido dos cosas, *ligar* más de lo que lo hubiera hecho en toda su vida, y constatar que era capaz de prever los acontecimientos futuros gracias a la sensibilidad de unas personas de la cual él era el único consciente de que existía. Los frutos obtenidos hasta entonces habían sido muy interesantes, de ello no cabía duda, pero seguía sin saber cómo poder sacarle rentabilidad; al fin y al cabo continuaba sin trabajo y, lo que era peor, sin ganas de encontrarlo, pero tarde o temprano necesitaría buscarse una fuente de financiación. Así pues, volvió a replantearse la necesidad de ganar dinero gracias a su recién descubierta habilidad.

¿Pero cómo? Estaba claro que no podría pensar en comprar un número determinado de lotería y observar los resultados antes de decidir comprarlo o no, ya que dado el gran número de posibilidades diferentes (o de combinaciones, en el caso de la quiniela o la lotería primitiva) las posibilidades de acierto eran extremadamente limitadas. Esto ya lo había intentado y, salvo en la primera ocasión en la que había contado con la ayuda de la suerte, no había resultado; y era lógico puesto que al fin y al cabo él no podía adivinar el número que iba a ser premiado, sino que tan sólo era capaz de aprovechar una oportunidad si daba la casualidad de que ésta se le pusiera por delante. Todavía más complicado era el caso de los casinos o los bingos; al tratarse de juegos con premio inmediato le era virtualmente imposible estudiar las consecuencias de su decisión antes de que el premio estuviera adjudicado, razón por la que desestimó también -no sin antes intentarlo- esta posible vía de ingresos.

Por lo tanto tendría que buscar por otro lado, eligiendo algo que sí fuera capaz de controlar, algo que no tuviera tantas probabilidades diferentes. ¿Por qué no la bolsa? No, no podía ser; él no tenía ni la más remota idea de este tema. Pero pensándolo bien, ¿qué perdía con intentarlo?

Así pues compró varios periódicos y revistas de tema económico, los estudió minuciosamente y decidió finalmente invertir cierta cantidad en unas determinadas acciones... Una semana más tarde. Mientras tanto, se dedicó a observar las reacciones de las personas que le rodeaban.

La indiferencia generalizada con la que fue recibida su iniciativa le convenció rápidamente de que la elección había resultado errónea. Cambió, pues, de criterio y las

caras largas le convencieron de que haría bien olvidándose de ello. Lo intentó una tercera vez y fracasó de nuevo. Y una cuarta...

Estaba a punto de arrojar definitivamente la toalla cuando cayó en la cuenta de que no estaba siguiendo el camino apropiado. Hasta entonces se había guiado de las sugerencias realizadas por los presuntos expertos, lo cual nunca le daría resultados espectaculares si es que le daba algún resultado; era evidente que si quería ganar dinero tendría que arriesgar más apostando por valores que jamás hubiera recomendado nadie con unos mínimos conocimientos del mercado... Solo que en esta ocasión él jugaba sobre seguro.

Le costó algo de trabajo, pero finalmente acertó. No fue demasiado dinero, apenas unos cuantos cientos de miles de pesetas, pero resultó ser una ganancia limpia y, lo más importante de todo, le mostró el camino a seguir.

El resto fue fácil. Aunque mediocre, Juan B. no era tonto, y contaba además con una inestimable ayuda que sus conocidos llamaban equivocadamente *intuición*. No siempre invertía, antes bien era muy selectivo en sus elecciones, pero cuando lo hacía acertaba siempre. Y ya no se trataba de pequeñas cantidades sino de millones... Y cada vez más.

Al cabo de algunos años Juan B. podía considerarse un hombre rico. No es que su fortuna fuera escandalosa, pero él siempre había sido frugal en sus gastos y, con todo lo ganado, podría permitirse el lujo de vivir con desahogo durante el resto de su vida. Eso sí, compró una vivienda que le permitiera aislarse de sus vecinos tal como siempre había deseado; pero en todo lo demás su vida no cambió de forma significativa. De hecho, cansado ya de tener que controlar personalmente sus inversiones, optó por recurrir a profesionales que le gestionaran sus intereses. Ya no le era necesario seguir invirtiendo para ganar dinero; le bastaba con administrar bien las rentas, y para ello no precisaba de su *habilidad*.

Así pues, se dedicó a vivir tranquilamente. Como buen mediocre Juan B. no tenía ni aficiones ni vicios especiales, pero en algo tenía que llenar su tiempo... Y lo intentó, vaya si lo intentó. En primer lugar estaba el tema de las mujeres; su ya probada capacidad de éxito se veía potenciada ahora por su elevado nivel de vida, lo cual le facilitaba considerablemente las cosas. Eso sí, tuvo la suficiente lucidez como para no comprometerse en absoluto limitándose a disfrutar del día a día; ¿para qué, si así le iba perfectamente? Pero las mujeres no lo son todo en la vida, o al menos no lo eran para el bueno de Juan B. Y como le sobraba tiempo, se planteó la forma en que podría ocuparlo.

La teoría era fácil, pero la práctica no tanto. Sin embargo, Juan B. se apañó bastante bien diversificando sus actividades sin llegar a profundizar en ninguna de ellas y, por supuesto, sin comprometerse ni con nada ni con nadie. Puesto que nunca había cultivado las relaciones sociales tampoco las echaba de menos, y al fin y al cabo sus gustos, sencillos y nada sofisticados, eran bastante fáciles de satisfacer.

De esta manera Juan B. consiguió alcanzar un equilibrio en su vida que le permitiría vivir con tranquilidad libre de todo tipo de problemas... Al menos durante algún tiempo. Dice el refrán que cuando el diablo se aburre mata mosca con el rabo, y una habilidad como la que poseía Juan B. no podía permanecer mucho tiempo ociosa, máxime cuando ésta se escapaba a su control aun cuando deseara evitarla. Y comenzaron sus problemas.

Juan B. nunca había sido hipocondríaco; a decir verdad, evitaba a los médicos como si de la peste se tratara, lo cual quizá había contribuido a reforzar su salud... Una salud que sin ser de hierro nunca le había planteado especiales problemas y que tampoco le había preocupado más de lo estrictamente necesario. Pero de repente empezaron a cambiar las cosas. Un buen día -o hablando con mayor propiedad una mala noche- Juan B. se despertó sobresaltado; se trataba de una simple pesadilla, pero tuvo la virtud de sembrar la duda en su espíritu. Hasta entonces su capacidad precognitiva le había avisado de sucesos futuros que afectaban a su economía y a sus relaciones sociales o afectivas, pero nunca le había informado sobre su salud. ¿Qué pasaría, se preguntó, si de repente comenzara a conocer con antelación sus futuras enfermedades? ¿Y si éstas llegaban a ser graves, le provocaban secuelas irreversibles o incluso la muerte? Estos pensamientos comenzaron a preocuparlo, luego le asustaron y finalmente acabaron aterrándolo. ¿Cómo evitar el peligro? Tan sólo se le ocurrió una manera de hacerlo, y ésta no fue otra que la de evitar la compañía de todos aquéllos que pudieran convertirse en los heraldos de su mala fortuna; si el azar le castigaba con una enfermedad o con la muerte, prefería no saberlo hasta el momento preciso.

En estas circunstancias era inevitable que Juan B., que nunca se había mostrado demasiado atraído por las relaciones sociales, se convirtiera irreversiblemente en un misántropo. Comenzó rehuyendo a las escasas personas con las que mantenía relaciones más o menos amistosas, renunció por completo a las mujeres -ni siquiera toleró a las prostitutas, temeroso de que apenas un fugaz contacto con ellas fuera suficiente para mostrarle su futuro- e incluso se recluyó en su vivienda, convertida en un inexpugnable fortín incluso para sus escasos sirvientes, los cuales se veían obligados a realizar sus tareas cotidianas teniendo terminantemente prohibido vislumbrar siquiera el rostro de su patrono.

Como era de suponer, también abandonó completamente el control de sus negocios desentendiéndose por completo de la gestión que realizaban sus asesores. En teoría esto no tendría que haber afectado a la marcha de los mismos, pero en la práctica no fue así. Fuese porque los responsables de sus inversiones no actuaron con la debida diligencia, fuese porque tuvo la mala suerte de tropezar con unos profesionales carentes de escrúpulos, lo cierto fue que los negocios empezaron a irle mal y las rentas de las que vivía comenzaron a disminuir. Evidentemente podría haber tomado las riendas para enderezar la situación, pero no lo hizo; estaba tan aterrado ante la posibilidad de un contacto físico con cualquier persona, que su única reacción fue la de encerrarse aún más en su búnker. De hecho, ni siquiera intentó enmendar los entuertos por teléfono; ¿para qué? Con lo que tenía le

sobraba, o al menos así creía, y manteniéndose aislado en su refugio quizá pudiera mantenerse a salvo.

La realidad fue mucho más cruel de lo que él pensaba. Tan rápida como su ascenso, si no aún más veloz, resultó su caída, y cuando quiso darse cuenta se encontraba ya literalmente en la calle. Sin medios económicos y abandonado a su propio destino por una servidumbre a la que había dejado de pagar el sueldo varios meses atrás, Juan B. hubiera muerto de pura inanición en su propia casa de no haber sido sacado de allí por los policías encargados de su desahucio... Porque en esos momentos Juan B. ya no era dueño ni de la ropa que llevaba encima.

A partir de ese momento Juan B. iniciaría una nueva vida... Si es que podía llamarse así a su conversión en un mendigo. Sí, podría haber empezado de nuevo, puesto que su poder precognitivo continuaba estando intacto; pero eso le hubiera supuesto tener que volver a confiar en la gente, cosa que le aterraba mucho más que verse viviendo en la calle sin poder apenas comer caliente.

Al fin y al cabo él era un mediocre, y durante demasiado tiempo había olvidado la regla de oro de los mediocres: Pasar lo más inadvertido posible. Si algo deseaba ahora con todas sus fuerzas era precisamente verse convertido en un ser anónimo, y precisamente ahora tenía la posibilidad de conseguirlo si bien a un precio que a muchas personas les hubiera parecido demasiado elevado.

No a él, como descubrió no sin sorpresa; al fin y al cabo una de las ventajas de vivir en una sociedad opulenta consistía en la certeza de tener asegurados unos mínimos que comprendían el alojamiento (bastaba con aceptar la disciplina de los albergues), la alimentación y la asistencia sanitaria, siempre y cuando no se fuera demasiado exigente; en contraprestación, se encontraba con una libertad casi absoluto y con un anonimato virtualmente total, lo que le mantenía a salvo del peligro de conocer su futuro.

Porque, ¿a quién le iba a preocupar lo que pudiera ocurrirle a aquel mendigo macilento que extendía calladamente la mano en una céntrica esquina de la ciudad? Para prácticamente todos los que se cruzaban en su camino él no era más importante que una farola, una papelera o un banco, y por lo tanto jamás reflejarían en sus rostros el porvenir de Juan B.

Libre, pues, de sus ataduras, Juan B. fue al fin, si no feliz, sí al menos alguien ignorante de su destino, como en el fondo siempre había deseado. Sabía que algún día tendría que ocurrirle algo: Una enfermedad (la salud de los mendigos era precaria), un percance (¿quién estaba a salvo de una paliza?) o incluso la muerte, agazapada detrás de cualquier fría noche de invierno. Su vida era una aventura con fecha de caducidad grabada, pero él la ignoraba y, lo que era más importante todavía, carecía por completo de medios

para prever sus avatares con antelación. Sufriría y moriría, de eso estaba seguro, pero al menos lo haría con dignidad y cuando le llegara finalmente la hora.

EL GUARDIÁN DE LOS LIBROS OLVIDADOS

La biblioteca más tremenda que puede imaginarse no es la de los libros que han sido de verdad escritos, o la de los que se quemaron o perdieron. La biblioteca más grande, la más necesaria, la más temible, sería aquella que contuviera todas las cosas que los hombres han tenido frente a sus ojos y no han llegado a ver.

Antonio Muñoz Molina

Aquel día Luis M. disponía de toda una mañana para hacer algo que le complacía especialmente: callejear sin rumbo por los barrios antiguos de la gran ciudad, esa misma ciudad que tanto aborreciera en sus zonas modernas como muestra patente que eran de lo desagradable que podía llegar a ser la vida cotidiana en las grandes urbes.

Los barrios antiguos eran otra cosa. A pesar de toda la degradación que habían sufrido en los últimos años, y a pesar también de las extrañas faunas que habían hecho suyas algunas zonas convirtiéndolas en peligrosas para los ciudadanos normales, esas viejas callejuelas conservaban todavía parte de ese encanto especial que tanto añoraban los viejos habitantes de la ciudad. Ciertamente era que las aceras invadidas por los coches y los restos de las juergas de fin de semana -era lunes- les daban un aspecto deprimente, pero a pesar de todo ello las variopintas tiendas recién abiertas mostraban en sus minúsculos escaparates el pequeño milagro cotidiano de la supervivencia frente al avasallador empuje de los nuevos e impersonales comercios.

A esas horas de la mañana las calles estaban todavía vacías, sin más signos de vida que un escuálido chucho vagando sin rumbo al tiempo que husmeaba las esquinas, y una anciana encorvada de edad indefinida que entraba en un portal cargada con una barra de pan y una cántara -sí, una cántara- de leche.

A pesar de que Luis M. conocía bastante bien la ciudad era ésta la primera vez que pasaba por estas calles, unas calles que hasta entonces tan sólo habían significado para él unos simples nombres escritos en un plano. Pero sabía que existían, presumía que pudieran ser interesantes y, aprovechando un cúmulo de circunstancias favorables en forma de gestiones que le habían traído hasta la cercana avenida al tiempo que le libraban de ir a trabajar, había cumplido al fin su deseo de pasearse por allí en un día y a unas horas

laborables, puesto que por la tarde o durante el fin de semana era ya algo completamente distinto.

Pero ese lunes por la mañana se respiraba allí el pulso provinciano que la ciudad perdiera hacía ya tanto tiempo, ese pulso que Luis M. había estado buscando sin éxito durante tanto tiempo. Él sabía que éste no había sido nunca un barrio noble, por lo que hubiera resultado completamente inútil buscar allí las tiendas selectas que habían florecido en otros lugares no tan lejanos de la ciudad; tan sólo esperaba encontrar tiendas plebeyas tales como tascas galdosianas, minúsculas panaderías o verdulerías por las que no había pasado el tiempo... Eso era precisamente lo que buscaba Luis M.

Y las encontró para satisfacción suya, aunque todas ellas estaban contaminadas por un al parecer inevitable toque de modernidad en forma de escaparates abarrotados de cartones de leche, bollos industriales envueltos en celofán o botes de fabada asturiana elaborada en la provincia de Cuenca. Afortunadamente los bares de copas, esa plaga nocturna que había infestado tantos y tantos rincones de la ciudad, brillaban aquí por su ausencia, pero al mismo tiempo también lo hacían las tiendas de ultramarinos, las lecherías de las de antes, las tahonas... Aunque el recuerdo de la anciana con la cántara de leche le convenció de que pese a todo éstas deberían existir.

¿Y por qué no un cambio de novelas? Este pensamiento le acarreó una oleada de cálidos recuerdos olvidados labrados cuando uno de sus máximos placeres consistía en husmear ávidamente por los entonces numerosos establecimientos de compraventa de tebeos y novelas, auténticas arcas del tesoro para su inquietud infantil. Recordaba el afán con el que buscara esos cuadernillos de aventuras y esas novelas de ciencia ficción que tanto le entusiasmaran, y todavía era relativamente capaz de sentir los rescoldos del inefable placer que entonces le producía el hallazgo de aquel ejemplar que durante tanto tiempo le mantuviera incómodamente incompleta la aventura. Pero el tiempo había pasado de forma implacable y ahora era consciente de que ese tipo de literatura era francamente deleznable, aunque esto no impedía que siguiera agradándole aunque quizá fuera sólo por nostalgia. Además no tenía ya necesidad de buscarla, puesto que los cuadernillos de aventuras habían sido reeditados en facsímil mientras la escurridiza colección de novelas había sido completada hacía ya bastantes años gracias a su tesonera perseverancia. Y en cuanto a las nuevas publicaciones... Bien, simplemente éstas no existían. Además ya no quedaba prácticamente ningún cambio de novelas, librerías como fueron de las clases populares, barridos todos ellos por unos nuevos aires de modernidad que no siempre habían resultado ser mejores, al menos en lo que a los hábitos de lectura de los españoles se refería.

No, no esperaba encontrar allí un cambio de novelas ni tampoco cualquier otro tipo de librería menos plebeya y por ello impensable en un barrio tan humilde; a lo más algún

establecimiento de venta de periódicos y revistas, adobado quizá con tabaco y chucherías diversas.

Pero para sorpresa suya la encontró al doblar una esquina. Estaba situada en mitad de una estrecha callejuela por la que parecía no haber pasado el tiempo, y en su descolorido rótulo campeaba semiborrado, pero aún orgulloso, el rótulo de *Librería*. Y no se trataba, según constató con asombro, de ningún minúsculo quiosco incrustado en un oscuro zaguán, sino de una verdadera tienda con su puerta independiente abierta a la calle y un pequeño escaparate contiguo de apenas un metro de longitud.

Espoleada su curiosidad cruzó rápidamente la calle intentando atisbar inútilmente a través de los polvorientos cristales pudiendo adivinar tan sólo, a causa de la suciedad de los mismos y a la falta de iluminación, la existencia de unos cuantos libros de inidentificables títulos, aunque presumiblemente antiguos. No necesitaba más, por lo que sin pensarlo dos veces abrió la puerta penetrando con decisión en la covachuela.

El interior era tan diminuto como cabía esperar de la modesta portada, apenas un cubículo de unos pocos metros cuadrados de superficie atestado completamente de libros; había libros en las paredes desbordando las estanterías que llegaban hasta el techo, había libros amontonados en el mostrador, los había también en el suelo... Sorteando los montículos que formaban estos últimos se acercó hasta el vacío mostrados en busca del propietario de la tienda; detrás del mismo había todavía más libros en la pared trasera, ocupada en su totalidad por estanterías abarrotadas excepto en un pequeño rectángulo que enmarcaba el acceso a una oscura trastienda.

-Buenos días. ¿Qué desea? -la voz del librero le sobresaltó, abstraído como estaba recorriendo con la vista el abarrotado recinto; aunque no le había visto salir era evidente que procedía de la trastienda, puesto que allí no había nadie cuando él había entrado. Bueno, realmente eso no tenía la menor importancia.

-Yo... -balbuceó- No buscaba nada en concreto. Pasaba por aquí y he visto la tienda...

-¿Es usted nuevo en el barrio? -su interlocutor era un hombrecillo menudo de edad indefinida, aunque evidentemente anciano, con la barba y el escaso pelo completamente blancos y una expresión bondadosa en la cara; alguien, en definitiva, que inspiraba confianza a primera vista.

-No, no vivo por aquí; a decir verdad, es la primera vez que lo visito. -respondió avergonzado- Y lo cierto es que me ha sorprendido encontrar aquí una librería.

-Sí, suele ocurrir. -respondió condescendiente el librero- Pero lo cierto es que está abierta desde hace muchos años. Y ahora, -sonrió- si me dice lo que busca quizá pueda

ayudarle; me sería imposible enseñarle todo lo que tengo aquí guardado. -concluyó, abarcando con un amplio gesto el interior del establecimiento.

-Bueno, yo no había pensado...

-No importa; elegir un libro no es algo que se deba hacer con precipitación. Yo no tengo ninguna prisa; ¿y usted?

-En realidad, tampoco. -confesó complacido ante la perspectiva de una larga conversación; aquel vejete le estaba empezando a caer simpático.

-Está bien; -sonrió el anciano- le ayudaré. Tengo por aquí algo que le puede interesar; -masculló al tiempo que revolvía en uno de los montones de libros- se trata de algo muy curioso y muy poco conocido... ¿Pero dónde estará? Juraría que lo había dejado por aquí.

-Yo... Déjelo. Tampoco tiene tanta importancia. -masculló embarazado.

-¡Ah, ya lo tengo! -exclamó triunfante el librero enarbolando un viejo y carcomido ejemplar- Mire a ver qué le parece.

Se trataba de un libro encuadernado en rústica con aspecto de haber sido editado a principios de siglo. Pudo comprobar que era una obra de Manuel Azaña, pero cuando leyó el título le invadió la sospecha de que algo no acababa de encajar.

-*Fresdeval*... -gruñó- No conocía esta edición.

-No le extrañe; es única, y además muy rara.

-¡Un momento! -exclamó excitado- Aquí hay algo que no me cuadra. La fecha que pone en la portada es 1935, pero creo recordar que Azaña no lo terminó de escribir y además no lo llegó a ver editado en vida. Si no me falla la memoria, no se editó hasta muchos años después de su muerte, en México concretamente, y sólo de forma parcial, y la primera edición española no apareció hasta finales de los años ochenta recogiendo por vez primera los fragmentos manuscritos que habían sido encontrados poco antes en unas dependencias policiales. ¿Se trata de una falsificación?

-En absoluto. -respondió plácidamente su interlocutor- Este libro fue editado realmente en 1935.

-Pero tiene que estar incompleto... Azaña no lo pudo terminar a causa de los vaivenes políticos de la República, y por culpa de la guerra civil después.

-Está completo.

-¿Incluyendo los fragmentos manuscritos que Azaña dejó interrumpidos?

-No. He dicho completo. La novela está totalmente terminada tal como Azaña hubiera hecho de no haberse visto obligado a abandonarla.

-Usted bromea.

-Estoy hablando completamente en serio. Compruébelo por usted mismo.

Había pasado mucho tiempo desde que Luis M. leyera esa novela, pero creía recordar que el capítulo tercero era tan sólo una colección de fragmentos inconexos, simples borradores que su autor no pudo hilvanar a causa de sus trágicas circunstancias personales. Pero esa edición parecía estar realmente completa... Lo cual admitía una única explicación.

-Ya comprendo. -rezongó- Alguien distinto de Azaña la terminó de escribir.

-Se equivoca de nuevo. Esta novela está escrita en su totalidad por Manuel Azaña; nadie salvo él ha escrito una sola palabra de todas las que aparecen en el libro.

-Usted se está burlando de mí. -protestó con irritación- Eso es imposible.

-¿Por qué imposible? -fue la desconcertante respuesta- ¿Por qué no pudo ser como yo digo?

-Porque no. Porque la carrera política de Azaña interrumpió sus actividades literarias. Porque la guerra civil las truncó de nuevo. Porque cuando hubiera podido reanudarlas, en el exilio, tuvo la desgracia de fallecer. ¡Y porque lo dicen todos los historiadores! ¡*Fresdeval* nunca se llegó a terminar!

-Pues usted tiene en sus manos una edición completa de *Fresdeval* escrita en su totalidad por Manuel Azaña.

-Esto es absurdo. Completamente absurdo.

-Veo que no lo ha entendido. -musitó con tristeza el anciano al tiempo que recuperaba el objeto de la discordia- Tendría que comprender que el universo es algo infinitamente más complejo que todo aquello que nosotros seremos nunca capaces de percibir. Tiene usted razón al afirmar que en determinadas circunstancias históricas este libro nunca podría ser real, pero debería esforzarse en admitir que si estas circunstancias hubieran sido distintas Azaña sí habría podido concluirla.

-Pero no lo hizo.

-Pero hubiera podido hacerlo, y esa es la razón por la que este libro se encuentra aquí.

-Está bien; dejémoslo. -zanjó Luis M. hastiado ya de tan absurda polémica- ¿Qué otros libros tiene usted?

-Muchos, y muy interesantes todos ellos; pero después de su rechazo, me temo que tampoco los pueda aceptar.

-¿Acaso no tiene libros normales? -preguntó con mordacidad.

-Para mí todos lo son. ¿Dónde se encuentra la diferencia, salvo en sus propios prejuicios?

La situación era tan insólita que Luis M. se encontró completamente desconcertado. Dijera lo que dijera el librero, allí tenía que haber gato encerrado; el libro no podía ser sino un fraude. Alguien había terminado lo que Azaña dejara inconcluso, de eso no tenía la menor duda. Sin embargo, ¿qué había de malo en ello? Al fin y al cabo, se trataba de una práctica habitual no sólo en la literatura sino en todas las ramas del arte, y desde luego no ignoraba que obras maestras del calibre del *Réquiem* de Mozart o el monasterio del Escorial habían sido concluidas por personas diferentes a sus creadores originales.

Pero entonces, ¿por qué razón le mentía? Podría haber sido interesante leer el libro, pero él lo había rechazado y ya no era posible volverse atrás. Sin embargo, el viejo le había dicho que tenía más libros; ¿por qué entonces no seguirle la corriente? Nada tenía iba a perder por ello, y quizá se encontrara con algo curioso.

-Le ruego que me disculpe si acaso he dicho algo que le haya podido molestar. -dijo al fin en tono conciliador- Le aseguro que me encantaría ver más libros.

-Está bien. -condescendió el librero con una facilidad que mostraba bien a las claras su interés- Pero antes de nada he de advertirle que absolutamente todos los libros que le voy a enseñar son originales y fueron escritos en su totalidad por sus autores, lo que los convierte en unos ejemplares únicos.

-De acuerdo; -aceptó Luis M.- no volveré a dudar de ello. ¿Qué me recomienda?

-¿Le gusta Galdós?

-Es uno de mis autores favoritos, pero me temo que por ese lado le va a resultar difícil sorprenderme ya que he leído prácticamente todas sus novelas incluyendo -y al llegar a este punto Luis M. ahuecó vanidosamente la voz- la serie completa de los *Episodios Nacionales*, algo de lo que no muchos pueden presumir.

-¿Entera? -se burló el anciano- ¿Absolutamente completa?

-Por supuesto. -respondió Luis M. un tanto amoscado- Las cinco series o, si lo prefiere, las cuarenta y seis novelas. ¿Acaso duda usted de mi palabra?

-Le aseguro que no. -apaciguó el librero- Tiene usted toda la razón cuando habla de cuarenta y seis novelas, ya que éstas son las que siempre se han editado. Pero supongo que no ignorará que Galdós tenía previsto escribir un total de cincuenta, la última de las cuales habría relatado el desastre del 98.

-¿No me dirá usted que tiene esas cuatro novelas que faltan? -por fortuna para Luis M. la prudencia logró imponerse a su incredulidad.

-Pues sí, y aquí las tiene usted. No creo que sea necesario enseñarle el resto, ya que las otras cuarenta y seis son idénticas a las que usted conoce. Pero le puedo asegurar que estas cuatro son únicas.

-*Y tan únicas.* -se dijo Luis M.- *Tanto como lo pudiera ser la tercera parte del Quijote o la continuación del Buscón de Quevedo.* Pero nada de ello dijo, fingiendo un interés que en realidad era tan sólo mera curiosidad.

-¿Me permite que las vea? -fue a la postre su única respuesta.

Así lo hizo su interlocutor, cediéndole cuatro libros que tomó de una estantería cercana. Se trataba de una de las ediciones más conocidas de la serie y nada de particular había en ellos salvo los títulos, unos títulos que Luis M. sabía que no podían existir: *María Cristina*, *Nacido rey*, *El ocaso de un imperio* y *El desastre del 98...* Y sin embargo allí estaban, en sus manos, y no parecían ser ninguna falsificación.

¿Qué estaba ocurriendo allí? Luis M. siempre había presumido de rechazar todo aquello que no pudiera ser explicado de forma racional, por lo que ahora se encontraba completamente confundido. Admitiendo que se tratara de un fraude o de una simple imitación, la magnitud del mismo comenzaba a ser sorprendente. Completar una novela -*Fresdeval*- acabada en su mayor parte, aprovechando para ello las numerosas notas dejadas por Manuel Azaña, era algo que estaba al alcance de alguien lo suficientemente entendido en la vida y la obra del político alcalaíno; pero escribir cuatro novelas completas para terminar los *Episodios Nacionales* de Galdós era algo infinitamente más serio... Porque según pudo comprobar tras hojearlas concienzudamente, estas cuatro novelas tenían el estilo literario del autor de *Fortunata y Jacinta* e incluso recordaban poderosamente a otras obras tardías de este escritor.

Debido a ello su curiosidad se acrecentó. Por esta razón, una vez hubo terminado su incrédulo escrutinio devolvió los cuatro volúmenes a su propietario rogándole que le mostrara más ejemplares curiosos; ahora más que nunca estaba firmemente decidido a llegar hasta el final.

-No me negará -le dijo, midiendo cuidadosamente las palabras- que los libros que me ha enseñado hasta ahora eran francamente... peculiares; le ruego por ello que disculpe mi

sorpresa. He de confesarle que ha conseguido sorprenderme, por lo que le agradecería que me mostrara más ejemplares... curiosos.

-Sabía que le acabarían interesando. -sonrió divertido el anciano- Y le aseguro que todavía le puedo sorprender más. ¿Le gustan las historias gráficas?

-¿Se refiere a los tebeos?

-Sí; bueno, en realidad tendría que haber dicho *cómics*, pero he de confesarle que aborrezco esa palabra.

-No se preocupe; -ahora era Luis M. quien sonreía de oreja a oreja- a mí me sucede exactamente lo mismo, así que podemos dejarlo en tebeos. Respondiendo a su pregunta, le diré que sí aunque no todos.

-¿Qué me dice de *Tintín*?

-Me encanta. Lástima que Hergé fuera tan poco prolífico.

-Observe esto. -respondió el vejete ofreciéndole un álbum que sacó de las profundidades del mostrador- Tampoco es nada corriente.

Y no lo era. El álbum tenía el formato habitual de estas aventuras y estaba editado por la misma editorial que publicara la totalidad de la obra de Hergé en español, pero el título le llamó inmediatamente la atención: *Tintín y el arte Alfa*. Se trataba de la obra que el dibujante belga dejara inacabada a su muerte con la prohibición expresa de que no fuera terminada por nadie. Bien, creía recordar que se había llegado a hacer una edición de los bocetos dirigida a los fanáticos de este personaje, la cual no había llegado a interesar al grueso de los lectores dado que trataba únicamente de simples bocetos deslavazados... Pero a estas alturas ya no le sorprendió comprobar que el libro estaba completamente acabado.

-¿Se convence ahora de que no le mentía? -fue el socarrón comentario del librero, el cual al parecer le había adivinado el pensamiento.

-Estoy convencido. -suspiró Luis M.- Pero es imposible, completamente imposible... Si no es un fraude ni una imitación, ¿qué es entonces? ¿Magia?

-No. Simplemente, fe.

-¿Fe? ¿En qué?

-En la creatividad humana. En las cosas bellas que alguna vez han sido imaginadas desde que el primer hombre tuviera un pensamiento racional. En todo aquello que nos diferencia de los animales y nos acerca, siquiera un poco, a Dios.

-¿Pero qué tiene que ver eso con...? -balbuceó confuso Luis M.- No le encuentro la menor relación.

-Pues le aseguro que existe. ¿Se ha parado alguna vez a pensar en el ingente patrimonio cultural que ha perdido la humanidad a lo largo de la historia por culpa de las guerras, las catástrofes naturales o simplemente la incuria? ¿En todas las obras maestras que quedaron sin terminar o que no se llegaron a iniciar siquiera porque circunstancias adversas, cuando no la propia muerte, truncaron las intenciones de sus autores?

-¿Qué quiere usted decir con eso? -una sombra de duda comenzaba a abrirse camino en el espíritu de Luis M.

-¿Imagina qué hubiera pasado de no haber ardido la biblioteca de Alejandría? ¿O si Mozart no hubiera muerto prematuramente a los treinta y cinco años de edad? ¿O si todos los grandes genios que han existido hubieran podido desarrollar hasta el final su potencial creativo? Si hubiera ocurrido esto ahora contaríamos con todas las obras desaparecidas de los clásicos griegos y romanos, con la décima sinfonía de Beethoven, con el nunca construido edificio gemelo del Taj-Mahal, con los cuadros de Velázquez perdidos en el incendio del alcázar madrileño, con el conjunto arquitectónico de la Roma imperial...

-Y con los cuatro últimos ejemplares de los *Episodios Nacionales*. -masculló a regañadientes Luis M.- O con la tercera parte del *Quijote*.

-Esto último no es posible, puesto que Cervantes nunca pensó en continuar su obra maestra. -le corrigió el librero- Pero las novelas de Galdós, *Fresdeval*, varios álbumes de *Tintín* además del que le he enseñado; incluso varias obras maestras de autores completamente desconocidos que no llegaron a ser ni tan siquiera escritas a causa de unas circunstancias adversas.

-¿Y todo eso está aquí?

-¡Oh, no, ni mucho menos! Sería completamente imposible. Yo tan sólo me he dedicado a la literatura; del resto se encargan otras personas. Una está especializada en libros de arte, otra en partituras musicales... Tenga en cuenta que se trata de algo demasiado amplio como para que pueda ser abarcado en su totalidad por una única persona.

-¿Pero la literatura? -Luis M. se encontraba completamente perplejo.

-Toda ella está aquí. -respondió con orgullo el librero- Absolutamente toda.

En condiciones normales Luis M. se hubiera reído, pero éstas no eran unas condiciones normales. Así pues, se limitó a pedirle humildemente que le mostrara siquiera una parte de sus trofeos.

Varias horas después Luis M. estaba completamente convencido de la veracidad de las afirmaciones del locuaz librero; había hojeado sin descanso decenas de libros que no podían existir y sin embargo existían, libros que nunca se habían escrito o que jamás se habían llegado a terminar, los cuales surgían ante sus ojos a modo de milagrosa reencarnación. Y creyó, creyó como nunca lo había hecho en la fecundidad de lamente humana, sólo por lo cual ya merecía la pena existir.

-¿Es usted consciente del tesoro que guarda aquí? -preguntó al fin al anciano una vez terminado su exhaustivo escrutinio- ¿Sabe lo que supondría darlo a conocer?

-Lo sé. -suspiró éste- Lo sé demasiado bien. Por esta razón es por la que no lo he intentado siquiera; además, -continuó enigmáticamente- aunque quisiera hacerlo no serviría de nada.

-¿Por qué? Quizá lo más prudente fuera ocultar parte de estas obras, en esto estoy de acuerdo con usted, pero en lo que respecta al resto... ¿Se imagina usted el progreso que significaría para la cultura?

-Veo que no lo entiende. -se lamentó con tristeza el librero- No es que no quiera hacerlo; es que no puedo.

-¿Por qué dice usted eso? Si posee los libros, ¿qué más hace falta?

-Hace un rato dijo usted que la existencia de estos libros era algo imposible, algo que desafiaba a la razón; yo le respondí que se trataba de una cuestión de fe. ¿Recuerda? Pues bien, ahora le hago una pregunta muy concreta. ¿Existe acaso la fe en el mundo exterior? No me refiero a la fe religiosa, por supuesto, sino a algo mucho más trascendental: La fe en la especie humana, o más concretamente la fe en la capacidad creativa del hombre.

-Bueno, yo... -Luis M. se encontraba más confuso de lo que jamás lo hubiera estado en toda su vida.

-¿Lo ve? Lo duda. Y eso a pesar de que usted sí tenía fe, o al menos albergaba la capacidad de tenerla.

-Pero...

-Sincérese consigo mismo. ¿Cree usted que, de no haber sido receptivo a la fe, hubiera sido capaz de encontrar mi librería? ¿Piensa acaso que cualquiera puede entrar aquí?

Los argumentos eran demolidores. Tan demolidores que Luis M. optó por callar convencido como estaba de que la razón científica no tenía absolutamente nada que hacer allí. El anciano estaba en lo cierto cuando afirmaba que para tener bastaba con creer; y él creía, creía con todas sus fuerzas como nunca antes lo hubiera hecho en su vida.

-Luego entonces... -consiguió articular al fin.

-Usted ha tenido el privilegio de alcanzar algo que está vedado a la mayor parte de los mortales; tan sólo le pido que no lo eche a perder. Nos encontramos en una de las escasas burbujas de fe existentes en el mundo, en las cuales son posibles cosas que jamás podrían existir fuera de ellas; por ello le invito a disfrutar de algo que le está vedado a la práctica totalidad de la humanidad. Búsqueme siempre que quiera y me encontrará; ésta es precisamente mi misión desde hace muchos años, muchos más de los que pueda usted imaginar. Pero no se moleste en pregonar la existencia de este lugar fuera de aquí; le aseguro que resultaría completamente inútil.

-Está bien; -respondió abrumado Luis M.- pero ahora me encuentro totalmente agotado. Llevo aquí varias horas y me gustaría descansar. ¿Le importa?

-En absoluto. -sonrió con socarronería el librero- Se trata de algo completamente normal. Váyase y tome todo el tiempo que necesite; siempre que me busque me encontrará en este mismo lugar.

Momentos después Luis M. se encontraba en la calle caminando rápida, casi furtivamente, sin volver la vista atrás. Cediendo a una tentación absurda e infantil de todo punto insólita en él, había abusado de la confianza del librero robándole uno de los ejemplares que le había mostrado en un descuido del mismo. ¿Por qué había hecho esto violando sus propios principios éticos por vez primera en su vida? Lo ignoraba por completo; se había tratado de un impulso irrefrenable e impremeditado al cual no se había podido resistir. Y ahora se sentía culpable, tremendamente culpable, sintiendo el bulto del libro robado debajo de su cazadora.

Estaba arrepentido de su pueril arrebato y lamentaba haberse dejado llevar por él, pero ya no se atrevió a volver a la librería. ¿Qué iba a pensar el anciano de él? Lo cierto era que había truncado estúpidamente lo que prometía haber sido una fructífera relación. ¿Qué hacer?

Cuando quiso darse cuenta había doblado la esquina refugiándose en la calle lateral. Libre ya, o al menos así lo creía, de la mirada inquisitiva del justamente indignado librero, se detuvo a tomar resuello apoyándose en la pared frontera. ¿Qué hacer? se preguntó de nuevo sin encontrar ninguna respuesta clara que le pudiera ayudar a salir del brete en el que de forma tan absurda se había metido. De momento, lo primero que se le ocurrió fue sacar el libro de debajo de la cazadora para, cuanto menos, guardarlo en la cartera de mano que llevaba; al menos quedaría más discreto.

Mirando furtivamente a uno y otro lado de la desierta callejuela, Luis M. abrió la cartera lo justo para poder introducir en ella el libro robado, sacando éste a continuación de su escondite. Tan sólo pretendía guardarlo lo más rápidamente posible como si

escondiéndolo fuera de su vista y de su tacto pudiera paliar siquiera su delito; pero cuando tuvo éste frente a él no pudo evitar dirigirle una fugaz y abochornada mirada.

¡Un momento! Allí había algo que no encajaba. El ejemplar que había robado era uno de los cuatro últimos *Episodios Nacionales* que tanto le habían llamado la atención, concretamente el titulado *El desastre del 98*; lo recordaba perfectamente puesto que, al haberlos ido viendo uno a uno en su orden cronológico natural, los había ido dejando encima del mostrador quedando el último de ellos encima del resto... Y sin embargo, lo que ahora tenía en sus manos era un tratado de trigonometría editado en los años veinte.

No podía ser; él tan sólo había visto libros de literatura, y no manuales técnicos. Pudiera haberse equivocado de título al coger subrepticamente el volumen, pero era imposible que se hubiera apropiado de algo que nunca había pasado por sus manos...

Pero allí estaba la tozuda prueba: El formato y la encuadernación del libro eran idénticos a los del robado, pero el prosaico título no podía ser más distinto del de una obra cualquiera de Benito Pérez Galdós. Olvidando ya todo tipo de inútiles precauciones abrió el ejemplar buscando los conocidos capítulos que hubiera hojeado apenas un par de horas antes; intento inútil, pues lo único que encontró fueron tablas y ecuaciones algebraicas, justo lo que cabía esperar en un árido texto matemático.

Esto era algo que le acababa de desbaratar completamente los esquemas, bastante alterados ya de por sí a raíz de su entrada en la librería. A una imposibilidad se le había sumado otra aún mayor que la contrarrestaba; aunque ahora, fuera ya de la peculiar y envolvente atmósfera que se respiraba en el interior de la tienda, era consciente de que la única explicación racional posible era que la novela de Galdós tan sólo hubiera existido en su imaginación.

¿Había sido su estancia en la librería fruto exclusivo de una extraña alucinación? Así lo creía ahora, puesto que no podía encontrar ninguna otra justificación a su insólita experiencia. Sin embargo, había algo que no acababa de encajar en el esquema: El tratado de trigonometría que tenía en su poder, el cual se empeñaba en ser tangible y real. ¿De dónde había sacado ese libro, si hasta un minuto antes hubiera jurado que no lo había visto en su vida?

Tan sólo había una manera de averiguarlo, y ésta no era otra que la de volver a la librería para devolverlo; prefería correr la vergüenza de ser tachado de ladrón antes que quedarse con la duda de lo ocurrido. Así pues, cerró la cartera sin guardar en ella el libro, que conservó firmemente en la otra mano, y armándose de valor dobló la esquina recorriendo con grandes zancadas los escasos metros que le separaban de su meta.

Cuando segundos después apareció ante su vista la esquina opuesta, tuvo la certeza absoluta de que las cosas iban decididamente mal. Había recorrido la calle en toda su

longitud -apenas cien metros- sin encontrar ni rastro de una librería que parecía haberse esfumado como por ensalmo. Aunque no se había fijado en el número del portal contiguo, recordaba que éste se encontraba aproximadamente hacia la mitad de la calle, por lo que volviendo sobre sus pasos se puso a buscar minuciosamente su escurridizo objetivo.

Allí tenía que ser; no había más locales comerciales en ese tramo de acera, puesto que el resto de las fincas tan sólo tenían viviendas en la planta baja. Era forzoso que estuviera allí, pero el único establecimiento que había ante su vista era una vulgar tienda de bisutería. No podía ser; él había salido de la librería apenas cinco minutos antes; ¿cómo era posible que ahora no estuviera? ¿Acaso se había equivocado de calle? Retrocedió hasta la esquina y leyó la placa; era ésa. Volvió hasta la tienda, se detuvo dubitativo frente a ella durante unos segundos y finalmente se decidió a entrar; la única forma de resolver el enigma sería yendo hasta el final.

El tamaño y la disposición interior del local coincidían plenamente con sus recuerdos, pero la decoración y el contenido no. Paredes desnudas pintadas con colores chillones allá donde tendrían que haber estado las estanterías abarrotadas de libros, cajones por todo el contorno rebosantes de una y mil baratijas, un descolorido cartel llamando a una movilización ya olvidada pegado en la puerta que conducía a la trastienda... Y el mostrador, el mismo mostrador que tanto le llamara la atención en su anterior visita a la librería, único elemento conservado de la misma. Era el mismo lugar, pero al mismo tiempo no lo era. ¿Se estaría volviendo loco?

-¿Qué quieres?

El tuteo indiscriminado que tanto le desagradaba tuvo la virtud de sacarle de su ensimismamiento. Procedente de la trastienda, el propietario del establecimiento estaba ahora frente a él esperando su respuesta; se trataba de un hombre joven, de unos treinta y tantos años, ataviado de la forma que cabía esperar en los herederos trasnochados de los extintos *hippies*, con el pelo largo recogido en una coleta y el inevitable pendiente en la oreja... Alguien, en suma, situado en las antípodas del desaparecido librero.

-Yo... -titubeó sin saber cómo empezar- Yo estaba buscando una librería que había en esta calle, pero lo cierto es que no la encuentro.

-¿Una librería? -se extrañó el vendedor- No, por aquí no hay ninguna. Tendrías que salir a la avenida...

-¡No, era aquí! -le interrumpió nerviosamente Luis M.- ¡Justo aquí! Hace apenas cinco minutos que he salido de ella.

-¿Estás de broma, amigo? -el timbre de la voz de su interlocutor se había vuelto más áspero- Llevo aquí desde hace más de tres años, y te aseguro que nunca ha habido una librería en esta calle.

-¡No digo en la calle! ¡Digo justamente aquí, en este mismo local!

-¿Acaso te crees que...? -el tono francamente irritado de la respuesta fue sustituido por otro más suave- ¡Espera! Creo que tienes razón. Aquí hubo una librería, pero fue hace mucho tiempo. Cuando yo alquilé el local, la librería llevaba ya varios años cerrada según me dijo el casero.

-Imposible... He estado en ella hace menos de cinco minutos.

-Amigo, no sé si estás de broma o si te equivocas, pero prefiero creer lo último. Te digo que llevo aquí más de tres años siempre con la misma tienda, y cuando la abrí este local llevaba mucho tiempo abandonado. Tuve que llenar varios contenedores de basura antes de verlo limpio; tan sólo conservé el mostrador porque me gustó, pero el resto fue a parar al vertedero.

-¡Al vertedero! -gimió Luis M.- ¿Y los libros?

-¿Los libros? La humedad y las ratas los habían destrozado. Estaban deshechos, completamente deshechos; tan sólo pude salvar unos cuantos.

-¡Pero eran unos libros muy valiosos! ¡Eran ejemplares únicos!

-¿Valiosos? Amigo, no me hagas reír. Puede que no me guste demasiado leer, pero no soy tonto y vivo de lo que vendo. Intenté colocárselos a varios libreros de viejo, pero todos ellos me dijeron que no valían prácticamente nada. Eran antiguos, de antes de la guerra e incluso de finales del siglo pasado, pero en su mayor parte eran manuales científicos y cosas por el estilo, y las pocas novelas que había estaban todas ellas escritas en alemán. Al final conseguí que se los llevara un trapero, y no tengo ni idea de lo que pudo hacer con ellos.

-¿Eran libros como éste? -le preguntó Luis M. alargándole el ejemplar que todavía conservaba en la mano.

-Déjame ver... Sí, creo, que sí. -respondió su interlocutor sin llegar a cogerlo- Tiene el mismo aspecto. Y aparte de eso, ¿quieres algo más?

La invitación era evidente, por lo que musitando una disculpa convencional abandonó la tienda. Una vez en la calle intentó asimilar el cúmulo de ideas contradictorias que rondaban por su cerebro. ¿Qué le había pasado? Pero ya nada tenía que hacer allí, por lo que dirigiendo una postrer mirada a los chillones colores con los que estaba pintado el

escaparate -el mismo escaparate, de ello no le cabía duda- abandonó la calle y el barrio dirigiéndose directamente a su domicilio.

Varios años después Luis M. seguía sin saber lo que le ocurrió aquella extraña mañana. Disconforme con la versión del actual inquilino del local había consultado a varios vecinos del barrio, todos los cuales le habían confirmado en lo fundamental la versión que ya conocía. Sin embargo, fue una anciana que vivía en esa misma calle quien le aportó los datos más turbadores: La librería ya se encontraba allí cuando ella ocupó la vivienda poco después de terminada la Guerra Civil, y estaba regentada por una persona cuya descripción coincidía con la recordada por Luis M. El librero tenía fama de excéntrico en el barrio y, puesto que vivía solo en el piso de arriba de su tienda, su trato con los vecinos era virtualmente nulo. A decir verdad nadie sabía gran cosa de su vida, salvo que siempre se encontraba en el interior de su establecimiento, excepto cuando cerraba para comer -lo hacía en un bar cercano- o para dormir en su cercana vivienda.

Los escasos clientes que visitaban la librería, siempre venidos de fuera del barrio, no parecían ser suficientes para sostener económicamente a su propietario, máxime si se tenía en cuenta que, según se decía por los mentideros del barrio, nunca se había visto salir a nadie con un libro debajo del brazo aunque, eso sí, solían permanecer varias horas en el interior de la tienda. Pero como ni el librero ni sus extraños clientes habían molestado jamás a nadie, los vecinos habían acabado por ignorarlos. Esta situación se había prolongado hasta que tuvo lugar el fallecimiento del librero, un número indeterminado de años atrás que la anciana fue incapaz de precisar.

Finalmente Luis M. había hablado también con el propietario del edificio, al cual consiguió encontrar después de una ardua búsqueda. Se trataba de un hombre de edad mediana que había heredado el inmueble a la muerte de su padre; el contrato de alquiler de la librería y de la vivienda superior databan de los años finales del siglo XIX, y desde que él recordara el titular había sido siempre la misma persona, la cual era para él tan sólo un simple nombre escrito en un amarillento contrato. Su relación con el inquilino había sido nula, ya que era su administrador quien se encargaba de cobrar la exigua renta mensual; pero como éste pagaba puntualmente el alquiler y la ley impedía aumentárselo o desahuciarlo, había acabado aceptando que esa propiedad no le rindiera el menor beneficio.

A raíz de la muerte del librero, acaecida hacía más de diez años, la falta de herederos o de alguien que se hiciera cargo de sus bienes motivó el cierre de la librería sin que nadie se preocupara por lo que guardaba en su interior. A causa de las trabas legales el propietario del local no pudo hacerse cargo del mismo hasta pasados algunos años, habiendo tardado varios más en alquilarlo de nuevo a causa de la despoblación creciente del barrio. Sí, a raíz de recuperar el local había visitado la librería, pero tan sólo había encontrado en ella libros apolillados y carcomidos por la humedad. ¿Que eran unos libros valiosos? ¡Quía! Él tenía

un amigo librero que le había asegurado que esos libros viejos no valían ni tan siquiera su peso en papel.

-Eran casi todos ellos manuales técnicos y libros de texto de principios de siglo, y se encontraban en un deplorable estado de conservación. -había concluido su interlocutor con una sonrisa- Parece ser que el librero estaba mal de la cabeza y atesoraba papelotes sin el menor valor creyendo poseer joyas bibliográficas únicas; pero nada se sabe de cierto, puesto que sus extraños visitantes dejaron de aparecer por allí una vez que la librería quedó cerrada. Al final ni tan siquiera me molesté en retirar los libros; creo que fue mi nuevo inquilino quien tiró lo que quedaba de ellos cuando se hizo cargo del local. ¿Pero por qué se interesa usted por esto?

-Por nada en particular. -respondió Luis M. intentando decir tan sólo lo justo para satisfacer la curiosidad de su informador- Hace poco llegó a mis manos un ejemplar curioso procedente de esa librería; soy químico, ¿sabe?, y quería saber si existía alguno más.

-Me temo que no, ya que hasta los pocos que estaban más o menos enteros fueron a parar finalmente al traperero. Todos... -reflexionó- Excepto uno que guardé de recuerdo y que debe de andar rondando por casa.

-¿Era parecido a éste? -preguntó Luis M. sacando su triste trofeo de la cartera.

-Permítame que lo vea... Hum, sí, me parece que sí. ¡Hombre, que casualidad! Juraría que son idénticos. Es curioso...

Nada más necesitaba saber Luis M. del tema, por lo que se despidió de su anfitrión agradeciéndole su amabilidad. Ya no era necesario seguir indagando, puesto que sabía perfectamente de qué se trataba, al tiempo que era consciente del gran privilegio que había echado a perder por culpa de una estupidez. Ya nunca más habría visitas a la librería, ni tendría ocasión de leer los libros que nunca llegaron a ser escritos; para él la librería no existía y su contenido, aunque hubiera podido encontrarlo, hubiera sido tan sólo una colección de inútiles tratados de trigonometría. Y todo, por no tener fe.

HISTORIA DE DOS GEMELOS

De entre las múltiples experiencias de cualquier tipo que es susceptible de alcanzar cualquier persona en el transcurso de toda una vida, tan sólo unas pocas son las que llegan a afectar de forma significativa a la mayor parte de la humanidad. De hecho, si prescindieramos de todo aquello que puede considerarse rutinario, podríamos afirmar que una gran mayoría nace, crece, vive y muere sin que en el registro de su vida llegue a figurar ningún hecho no ya excepcional, sino siquiera singular.

Por lo demás, el reducido número de personas a las que podemos considerar a salvo de la mediocridad general tampoco están libres por lo común de otra mediocridad más reducida, más sublime pero no menor efectiva; ser escritor, músico, pintor o científico es bastante positivo, por supuesto, pero desde que la humanidad iniciara su periplo vital han existido numerosos escritores, músicos, pintores o científicos... Por supuesto que por encima de este nivel está la cúspide de los genios, pero personas tales como Beethoven, Velázquez, Einstein o Alejandro Magno han sido tan sólo unas contadas excepciones dispersas en el mar de la humanidad por más que su existencia haya afectado de forma significativa al devenir de la historia.

Sin embargo, ni las experiencias singulares de los genios ni las colectivas - generalmente traumáticas- que afectan simultáneamente a millones de personas, tales como catástrofes naturales, guerras o epidemias, pueden llegar no ya a igualar, sino ni tan siquiera a imitar a una de las más excepcionales y perturbadoras, al alcance tan sólo de unos pocos: La de tener un hermano gemelo.

¿Se imaginan ustedes lo que significa sentirse duplicado, ser otra persona y a la vez no serlo? ¿Lo sospechan siquiera? No, por supuesto que no. Claro está que pueden realizar un esfuerzo intelectual que les haga concebir una imagen muy superficial de lo que supone, pero jamás podrán ser capaces de sentirlo en toda su profundidad puesto que es algo completamente imposible para alguien que no sea un gemelo.

Yo lo he sido, pero les ruego que no me pidan que se lo explique; sería tan imposible como intentar describirle un color determinado a un ciego de nacimiento. Estas experiencias, vuelvo a insistir en ello, tan sólo pueden ser compartidas por alguien que sea como nosotros.

Intentaré, no obstante, aproximarles a la situación en la que crecí, puesto que ello es fundamental para que pueda relatarles mi tragedia. Mi hermano Juan y yo éramos, como ya he comentado, gemelos. Gemelos idénticos, se entiende, y no mellizos, con una única dotación genética repartida entre dos cuerpos iguales por un azar del destino. Se han dicho muchos tópicos acerca de los hermanos gemelos, tópicos en su mayor parte muy poco

ajustados a la realidad puesto que suelen tener su origen en personas que jamás han compartido esta experiencia, pero los cuales habremos de aceptar como válidos puesto que no me es posible darles una explicación mejor.

Aceptemos, pues, la clásica afirmación de que entre mi hermano Juan y yo existía un vínculo especial que algunos han llegado a definir muy impropriamente como telepatía; no, no era telepatía ni nada que se le pudiera parecer, pero el vínculo existía y de ello se daban perfecta cuenta quienes nos rodeaban por más que fueran incapaces de interpretar correctamente su naturaleza. Por si fuera poco nuestros padres, en lugar de fomentar la individualidad de cada uno de nosotros, incurrieron en el involuntario error de acentuar todavía más nuestras similitudes fomentando continuamente que nos pareciéramos todavía más; ya saben ustedes, nos vestían con la misma ropa, nos llevaban al mismo colegio, nos confundían constantemente y no siempre de forma involuntaria al uno con el otro... Justo lo contrario de lo que debieran haber hecho para potenciar nuestras respectivas individualidades.

Porque no se crean que ser gemelos ha de significar forzosamente ser dos adultos idénticos hasta en el más mínimo rasgo; el hombre es, como dijo el filósofo, herencia pero también ambiente, y si la herencia de ambos era la misma desde el primer hasta el último gen, una educación individualizada nos hubiera permitido a mi hermano y a mí ser dos personas diferentes por más que nuestros rasgos físicos fueran los mismos y por más que nuestras tendencias innatas hubieran sido también similares. Al fin y al cabo una persona es producto en buena parte de los avatares que ha experimentado a lo largo de toda su vida, y puesto que estos avatares suelen estar regidos mayoritariamente por las reglas del azar, no es de extrañar que una misma persona enfrentada ante experiencias vitales distintas podrá acabar sedimentando diferentes tipos de personalidad, próximos si se quiere, pero no idénticos. Extrapolemos esta situación a dos hermanos gemelos enfrentados al destino cada uno por separado; sería virtualmente imposible que no surgieran diferencias, menores o mayores pero siempre significativas, en sus respectivas vidas, lo cual acabaría acentuando sus respectivas personalidades a la par que serviría para diferenciar al uno del otro.

Éste no fue por desgracia nuestro caso. Empeñados nuestros padres en que ambos fuéramos como dos gotas de agua, lo único que consiguieron fue arruinar nuestras vidas. Y no exagero; potenciando nuestras similitudes malograron irremisiblemente toda posibilidad de que alcanzáramos, tanto mi hermano como yo, una personalidad diferenciada y madura.

Las consecuencias de ello fueron sumamente graves para los dos. Nuestra relación especial ciertamente existía y era fructífera y satisfactoria... siempre y cuando se limitara a nuestro mundo particular, ya que los problemas empezaban cuando teníamos que relacionarlos con la gente de *fuera*. Que te confundan continuamente con tu hermano, que te nieguen aunque sea por ignorancia el derecho a algo tan fundamental como es tu propia identidad, créanme que puede acabar siendo realmente molesto.

La estancia en el colegio, primer enfrentamiento con el mundo exterior a excepción de nuestra propia familia, no resultó ser demasiado traumática; al fin y al cabo los niños suelen tomar la vida como si fuera un juego, e inmaduros como éramos todavía encontrábamos placer en nuestra singularidad compartida. Al fin y al cabo Juan y yo nos aceptábamos como una pierna acepta a la otra, y ni tan siquiera se nos pasaba por la imaginación que uno cualquiera de los dos pudiera pasarse un solo instante sin la continua compañía del otro.

La situación empeoró, lógicamente, cuando llegamos a la adolescencia. En una persona normal este difícil tránsito de niño a adulto viene acompañado por una reafirmación de la personalidad, siendo entonces quizá por vez primera cuando comienza a ser consciente de su propia individualidad. Este descubrimiento del yo nos estuvo vedado por desgracia a mi hermano y a mí, convirtiéndose en una pesada losa lo que hasta entonces hubiera sido un divertido juego.

Como consecuencia de ello nuestras relaciones se agriaron. Tanto Juan como yo intentábamos desesperadamente diferenciarnos el uno del otro, por desgracia sin resultado; tantos años de mimetismo provocado convirtieron en inútiles nuestros cada vez más desesperados esfuerzos sin que nuestros torpes intentos (uso de ropa diferente, salidas siempre en solitario) lograsen cosechar más que desconciertos, cuando no directamente burlas por parte de quienes nos rodeaban.

Cuando finalmente llegamos a la edad adulta las cosas comenzaron a ir de mal en peor. Una estúpida disposición determinó que en el servicio militar ambos fuéramos destinados a la misma unidad, viéndonos forzados a convivir estrechamente no sólo entre nosotros, sino también con una multitud de gente de *afuera*... Y además vistiendo un uniforme, lo que hacía completamente inútil todo intento de diferenciarnos al tiempo que provocaba situaciones tan molestas como la de ser arrestados ambos de forma sistemática al ser incapaces de determinar nuestros superiores cual de los dos había sido el causante de la falta.

No es de extrañar, pues, que al licenciarnos fuera ya odio el sentimiento que alentábamos el uno hacia el otro. Los dos deseábamos desesperadamente ser nosotros mismos, y los dos tropezábamos inexorablemente con el otro a la hora de intentar llevarlo a la práctica. Rotas definitivamente nuestras relaciones para desesperación de nuestros padres, tanto Juan como yo intentamos seguir nuestros respectivos caminos olvidándonos mutuamente; intento inútil, puesto que al ser tan exasperantemente idénticos siempre acabábamos adoptando idénticas iniciativas de forma que no hacíamos sino tropezar una y otra vez el uno con el otro por más desesperados que fueran nuestros esfuerzos por evitarlo.

¿Telepatía? No, simplemente coincidencia. Si nada había en nuestras respectivas personalidades que las diferenciara en lo más mínimo, era completamente lógico que coincidiéramos absolutamente en todo por más que ello nos desesperara. Y si esto

acarreaba pérdida de amigos e incluso de puestos de trabajo (hubo empresarios que interpretaron como una burla lo que en realidad era tan sólo una desesperada pugna entre nosotros), no resulta difícil suponer que cada vez nos aborreciéramos más viéndonos como una maldición que se cruzaba en nuestras vidas... Y me consta que la actitud de Juan hacia mí era absolutamente idéntica a la que yo mostraba ante él.

Pero lo peor estaba por llegar. Un buen día me enamoré de una chica y, como cabe suponer, mi hermano hizo lo propio. La chica respondió a mis galanteos y por desgracia hizo lo mismo con Juan, lo cual desembocó en una situación ciertamente embarazosa. La chica, huelga decirlo, al principio lo encontró divertido para más adelante acabar decidiendo que tener un novio por duplicado podría tener bastantes más inconvenientes que ventajas, máxime si se tenía en cuenta que Juan y yo nos aborrecíamos a muerte.

Ambos exigimos a la pobre muchacha que se olvidara del otro y la pobre, que era incapaz de distinguir entre nosotros, se vio metida en un verdadero brete ya que a ella en realidad le daba exactamente igual uno que otro... Pero a nosotros no. Así pues, la guerra estalló no por las rencillas acumuladas durante tantos años, sino por algo tan prosaico como la propiedad del botín.

Aunque la literatura está repleta de historias similares nunca se había abordado, al menos que yo supiera, el tema de dos hermanos gemelos peleándose por una misma mujer; dos hermanos que además se odiaban a muerte. Quizá lo mejor para todos habría sido que nuestra chica se hubiera hartado de nosotros buscándose una vida sentimental menos complicada; pero por desgracia no ocurrió así. Ella nos quería, en plural, puesto que era completamente incapaz de distinguir entre uno u otro, aunque por supuesto sólo nos aceptaba de uno en uno... En esas condiciones era inevitable que tarde o temprano tuviera que suceder lo que finalmente ocurrió.

Había olvidado decir que tanto Juan como yo no éramos lo que se dice unos corderitos en lo que a nuestro carácter se refiere. No me interpreten mal; no éramos delincuentes ni nada parecido, y jamás tuvimos problemas ni con la justicia ni con la policía. Pero éramos jóvenes, teníamos la sangre caliente... Y ganas de vengarnos de quien considerábamos no sólo nuestro rival, sino también nuestro principal enemigo. Un día que había quedado citado con mi chica ésta me dio plantón hasta que yo, harto de esperarla, procedí a buscarla por todos los lugares en los que pensaba que pudiera estar.

No tuve éxito, lo que hizo anidar en mí el germen de la sospecha. ¿Y si Juan me la había birlado haciéndose pasar por mí? Visité, pues, aquellos lugares a los que yo la hubiera llevado de habérsela quitado a mi hermano, y puesto que él y yo éramos idénticos hasta en los menores pensamientos, los encontré finalmente en el apartamento de un amigo que yo mismo había utilizado en varias ocasiones y del cual poseía una llave. Allí estaban, tremendamente acaramelados; y lo peor de todo fue que ella le llamaba por mi nombre,

cosa que no era de extrañar puesto que el muy sinvergüenza hasta se había vestido con una ropa idéntica a la mía. Sentí que la sangre me subía a la cabeza, y ofuscado como estaba fui incapaz de medir las consecuencias de mi acción; así pues, instantes después estábamos peleándonos a puñetazo limpio ante la consternación de la chica.

¿Saben ustedes lo que significa pelearse con uno mismo? No sólo teníamos exactamente la misma fuerza y la misma habilidad, sino que además se nos ocurrían las mismas tretas exactamente al mismo tiempo. Minutos después estábamos magullados y tumefactos pero con ganas todavía de continuar la pelea.

En uno de los lances de la pelea el azar puso en mis manos, en mala hora, un vaso de combinado que rompí con un golpe seco convirtiéndolo en una cortante arma, aunque según pude comprobar mi hermano había hecho exactamente lo mismo. Nos acometimos mutuamente con ansias homicidas; los afilados cristales cortaron nuestra piel, nuestros músculos, nuestras venas. Mi último recuerdo antes de perder la consciencia fue el de mi hermano, tan malherido como yo, agarrado convulsamente a mí mientras la chica gritaba desesperadamente. Y luego... La oscuridad.

Desperté en la cama de un hospital. Tenía vendadas varias partes de mi cuerpo, pero lo que más me sorprendió fue la presencia de un silencioso policía en la habitación. Despejadas al fin las brumas que velaban mi cerebro fui informado de lo ocurrido por el propio agente: Mi hermano había muerto y yo había estado al borde mismo de correr la misma suerte; ambos nos habíamos desangrado y sólo el azar había querido que yo me hubiera salvado por unos segundos que resultaron ser cruciales. Por supuesto estaba detenido acusado de homicidio.

Durante mi forzada estancia en el hospital tuve ocasión sobrada de meditar sobre la situación en la que ahora me hallaba. Tenía la turbadora impresión de haberme asesinado yo mismo; los médicos me comunicaron, sorprendidos, que mi hermano y yo presentábamos las mismas heridas y que la sutil diferencia que había determinado que yo viviera y él no se debía tan sólo a una sutil diferencia: Los servicios sanitarios reclamados urgentemente por la chica no habían podido atendernos simultáneamente a los dos; yo había sido el primero en serlo y gracias a ello me había salvado.

Ciertamente he de confesar que no lamentaba en modo alguno la desaparición de mi hermano; él había sido mi pesadilla durante años y por fortuna ya no me volvería a molestar más, pero a cambio de la liberación había arruinado irremisiblemente mi vida. Del hospital pasé directamente a la prisión, y ahora me enfrento a una larga condena por parricidio. La chica, huelga decirlo, desapareció horrorizada de mi vida, y tanto mis padres como el resto de mis familiares, así como la totalidad de mis amigos se apartaron de mí. Por si fuera poco, hasta las duras y particulares reglas sociales que rigen la convivencia entre los reclusos premiando con la admiración y el respeto a los culpables de los delitos

más duros, me marginan sin compasión ya que mis compañeros me consideran autor del más execrable crimen que puede imaginarse, el asesinato consumado de uno mismo.

Por todo ello me encuentro solo, completamente solo, puesto que tardíamente he descubierto que aborrecer a mi hermano era en definitiva aborrecerme a mí mismo, mientras su ausencia la interpreto como mi propia desaparición.

Pero lo peor de todo, lo más espantoso, es que ni siquiera soy capaz de saber si realmente fue Juan el muerto o si, por el contrario, yo soy Juan y el otro el muerto.

HISTORIA DE UN SOLITARIO

Aquel día empezó como cualquier otro para Ramón C.; bueno, en realidad algo peor ya que era un lunes. Y aunque su trabajo no fuera especialmente desagradable (era funcionario y trabajaba de administrativo en uno de tantos departamentos de la Administración que nadie sabía muy bien para qué servían), sí resultaba ser una labor no sólo rutinaria, sino también extremadamente aburrida.

Ese lunes, pues, tan sólo deseaba que llegaran las tres de la tarde para poderse marchar tranquilamente a su casa. No tenía demasiado trabajo que hacer (en realidad casi nunca o tenía) y puesto que ni le gustaba el fútbol ni le apetecía estar toda la mañana haciendo viajes a la máquina del café, se encontraba más bien aburrido ajeno por completo de que estuviera a punto de pasar por la experiencia más perturbadora de su vida.

Sería alrededor de media mañana cuando los intestinos de Ramón C. comenzaron a enviarle unos mensajes inequívocos que, dada su intensidad, no pudieron ser ignorados por éste por mucho que le desagradara utilizar unas instalaciones sanitarias que no fueran las de su propia vivienda. Así pues, pagó tributo a su naturaleza animal consumiendo para ello algunos minutos.

Cuando salió de la cabina procediendo a lavarse las manos, observó que los servicios estaban vacíos; no era, evidentemente, nada excepcional, pero recordó divertido cómo el viernes anterior un compañero del pasillo de al lado le había comentado jocosamente que siempre se tenían que encontrar allí y nunca en ningún otro lugar del edificio.

-Bien, pues esta vez no ha ocurrido así. -se dijo para sí mismo al tiempo que salía al pasillo... Un pasillo desierto incluso en el visitado rincón de la máquina del café.

-¡Qué raro! -pensó encogiéndose de hombros dirigiéndose a su despacho, un despacho del que también habían desaparecido todos sus compañeros.

Por vez primera comenzó a preocuparle tan extraña situación. ¿Dónde se había metido la gente? ¿Acaso había habido una amenaza de bomba -no sería la primera ocasión- y se había procedido al desalojo del edificio sin que él se enterara? Puesto que en el interior de los servicios no se oía la megafonía, no era disparatado pensarlo así.

En el vestíbulo tampoco estaban ni los conserjes ni la telefonista, lo cual ya no le extrañó puesto que estaba convencido de que el edificio había sido efectivamente desalojado. Dando por supuesto que todo el personal del centro estaría concentrado en los jardines vecinos, franqueó tranquilamente la puerta principal maldiciendo a los graciosos que se entretenían incordiando de esa forma tan estúpida... Pero los jardines estaban

completamente vacíos a pesar de que el movimiento habitual de personas que entraban y salían constantemente del complejo -eran varios edificios situados en torno a una placita central- hacía que siempre hubiera gente allí.

Esto ya no encajaba en su esquema, a no ser claro está que el desalojo hubiera tenido lugar en todo el recinto y no sólo en su edificio. Ciertamente era que los cinco minutos escasos que se había entretenido se le antojaban un tiempo demasiado corto para evacuar a los varios miles de personas que podía haber allí entre funcionarios y visitantes, pero no había otra explicación distinta amén de que la presencia de todos los coches que habitualmente estaban allí aparcados, incluso en doble fila, indicaba claramente que la gente tenía que haber abandonado el lugar de forma precipitada.

Intrigado, pero al mismo tiempo preocupado (¿acaso el peligro era real?), Ramón C. salió a la calle observando que los vigilantes jurados tampoco estaban en su puesto. Bien, se dijo, tarde o temprano tendría que encontrarse con algún policía, ya que la evacuación tenía que tener lógicamente un límite por amplia que hubiera sido ésta.

Pero no sólo la policía no aparecía, sino que la calle (una importante avenida surcada por un denso tráfico) estaba ahora completamente vacía no sólo de peatones, sino también de vehículos a excepción de los aparcados. Miró hacia arriba (la calle era de sentido único) y comprobó que el semáforo estaba abierto al igual que el situado más allá; pero ni siquiera en la glorieta en la que terminaba la calle se apreciaba el menor movimiento de vehículos a pesar de que esto era algo totalmente impensable.

La broma estaba empezando a pasar de castaño oscuro. Completamente perplejo, Ramón C. volvió a su despacho y conectó la pequeña radio que siempre llevaba consigo buscando alguna emisora que le pudiera informar de lo que estaba ocurriendo; inútil esfuerzo, puesto que sólo el silencio respondió a su frenética búsqueda. Abandonando la radio tomó entonces el teléfono y marcó diversos números: Policía, bomberos, urgencias, información... Siempre con resultados negativos.

Al llegar a este punto la racionalidad del pensamiento de Ramón C. había saltado ya en pedazos. Lo que estaba ocurriendo era absurdo, completamente absurdo, pero no por ello resultaba ser menos real. Movidamente por una repentina decisión, Ramón C. recogió sus bártulos abandonando su lugar de trabajo cual alma que lleva el diablo.

El camino habitual hacia el autobús le hacía cruzar por una segunda calle paralela a la primera y tan desierta como ésta, conduciéndole luego a la puerta de una de esas tiendas que permanecían abiertas durante prácticamente todo el día. Allí tenía que haber forzosamente gente... Pero no la había. Ni dependientes, ni clientes, ni vigilantes; ni tan siquiera el mendigo malencarado que solía pedir limosna en la puerta. La soledad era absoluta, tan absoluta que ni siquiera se apreciaba la más mínima señal de saqueo mientras en las mesas de la cafetería se acumulaban las consumiciones y hasta el dinero del cambio.

Aunque Ramón C. había renunciado ya de forma inconsciente a intentar comprender lo que estaba sucediendo, su instinto animal había aflorado empujándole a marcharse lo más rápidamente de allí; y él, que toda su vida había sido un solitario que abominaba de las aglomeraciones y gustaba aislarse en cuanto tenía ocasión de ello, sintió repentinamente pavor al sentirse espantosamente solo.

Tras abandonar el establecimiento, sus pasos le condujeron mecánicamente en la dirección que habitualmente tomaba camino de casa, encontrándose poco más allá con la boca de una estación de metro. Normalmente él no utilizaba este medio de transporte, pero un repentino impulso le movió a introducirse en sus entrañas; al fin y al cabo, le dijo algún recóndito rincón de sumente, las estaciones de metro son el refugio ideal en el caso de numerosos tipos de catástrofes. La gente no podía haberse volatilizado, tenía que estar en algún sitio, y el escaso período de tiempo transcurrido desde que él acudiera al servicio - apenas media hora escasa- hacía imposible que se hubieran podido ir demasiado lejos.

Sí, tenían que estar allí, pensaba mientras entraba por el torniquete, aunque el vestíbulo estaba completamente vacío. De repente, cuando ya bajaba por las escaleras mecánicas, un profundo temor le invadió el espíritu. ¿Qué pasaría, se preguntó, si de repente se encontraba con cientos, con miles de cadáveres allí abajo? ¿Y si por un capricho del destino él fuera el único superviviente de algún tipo de extraña epidemia que hubiera exterminado a toda la humanidad a excepción suya? Ramón C. era aficionado a la ciencia ficción y recordaba haber leído varios relatos, e incluso conocía una película, que abordaban precisamente este tema. Estaban luchando todavía los últimos resquicios de sumente racional con el cúmulo de ideas absurdas que le rondaban por el cerebro, cuando la escalera mecánica llegó al final de su recorrido. Tropezó y estuvo a punto de caerse por no estar prevenido, lo cual tuvo la virtud de devolverle de nuevo a la realidad. ¿Qué hacer? Por un lado tenía el temor de seguir adelante donde quizá le esperara algo desagradable, pero por otro no podía resistir la tentación de continuar en busca de una explicación que quizá únicamente fuera posible encontrar allí.

Avanzó, pues, llegando hasta un cruce de pasillos que habitualmente era una babel pero que a la sazón no contaba con más indicios de una anterior actividad que los abandonados tenderetes con los que los emigrantes africanos solían ganarse la vida. Un segundo tramo de escaleras mecánicas le introdujo aún más en las profundidades de las galerías, llegando finalmente al andén de una de las líneas que tenían parada en esa estación.

El andén se encontraba absolutamente vacío, pero en la vía contraria se hallaba detenido un tren con todas las puertas abiertas pero sin un solo viajero a bordo. Todo parecía completamente normal, excepto por la ausencia total y absoluta de cualquier ser vivo. Así pues, tras esperar infructuosamente durante más de veinte minutos la llegada de un tren o la partida del que estaba detenido en la otra vía, Ramón C. optó por abandonar un lugar que parecía estar maldito.

¿Pero a dónde ir? A casa, decidió al fin. Así pues, volvió a atravesar los pasillos saliendo a la superficie no por donde había entrado sino por el pasillo principal, sin cruzarse en ningún momento con una sola alma a pesar de encontrarse en el principal nudo de la red al coincidir allí cuatro o cinco líneas distintas. Esta boca de metro estaba situada en una gran avenida que más adelante se convertía en una autovía, y se caracterizaba por contar con un denso tráfico tanto de vehículos como de peatones durante las veinticuatro horas del día... Aunque ahora presentaba un aspecto insólito sin más movimientos que los producidos por el viento ni más ruidos que los procedentes del susurro de las hojas de los árboles.

Sin embargo, a Ramón C. ya no le extrañaba nada de esto embotada como estaba sumamente ante el alud de sensaciones irracionales que le habían dejado sin defensas racionales de ningún tipo; como tampoco le extrañó que el autobús estuviera en la parada con las puertas abiertas pero sin nadie en el interior incluyendo al conductor. Y por supuesto, no se veía el menor indicio de que las circunstancias fueran a cambiar en un futuro inmediato.

El problema estribaba en que Ramón C. vivía a treinta kilómetros de distancia de allí, lo que suponía una caminata de varias horas sin no tenía más remedio, como temía, que recorrer esa distancia a pie; y como calculaba que podría tardar entre seis y siete horas en llegar a su destino, decidió ponerse en camino lo antes posible.

Finalmente fueron casi ocho horas las que tardó en llegar, un tiempo razonable si se tiene en cuenta que Ramón C. llevaba una vida completamente sedentaria y jamás había caminado una distancia tan larga. A pesar de todos los inconvenientes había tenido un factor inesperado a su favor: La inexistencia total y absoluta de tráfico en la autovía, lo cual le permitió caminar con toda comodidad por mitad de la calzada durante todo el recorrido.

Este hecho, todavía más insólito si cabe que los anteriores, acabó de convencerle de que estaba ocurriendo algo no sólo excepcional, sino también situado más allá de cualquier capacidad de comprensión. ¿Cómo podía entenderse que se hubiera volatilizado la totalidad de los vehículos que discurrían habitualmente por allí? ¿Dónde se habían metido junto con sus ocupantes? A estas alturas bien podía darse por sentado que no se trataba de ninguna evacuación ni de nada parecido, pero entonces ¿qué demonios estaba ocurriendo?

Cuando finalmente llegó a su domicilio, Ramón C. estaba tan derregado que se limitó a derrumbarse sobre la cama sin descalzarse siquiera, quedándose dormido inmediatamente. Su sueño resultó ser agitado y repleto de pesadillas en las cuales millones de esqueletos descarnados le perseguían implacablemente por las calles de una ciudad desierta en la que las puertas de todos los edificios estaban cerradas impidiéndole buscar un refugio donde pudiera escapar de sus perseguidores; pero cuando despertó a la mañana siguiente, habían pasado ya muchas horas desde que el sol apuntara sobre el horizonte.

Su primera reacción fue de estupor teñido de incredulidad. ¿Qué hacía allí un martes casi a mediodía, tumbado en la cama completamente vestido? ¿Por qué no había sonado el despertador? Poco a poco fue poniendo orden en su desmadejado cerebro. Sí, recordaba haber tenido pesadillas en las que se mezclaba confusamente un vagar por una ciudad completamente vacía con una angustiada persecución de esqueletos... ¡Qué absurdo!

Sus intentos por levantarse de la cama se vieron castigados por un sinfín de agujetas que le atravesaron todos los músculos de su cuerpo. ¿Qué había hecho la noche anterior? No recordaba nada en concreto, pero estaba seguro de no haber probado ni una gota de alcohol. Además, no tenía resaca sino tan sólo las secuelas de un cansancio atroz.

Pero ahora tenía otras necesidades más perentorias. Tras tomar una ducha caliente se sintió bastante mejor, pero entonces comenzó a sentir una sensación de hambre tal como si no hubiera probado bocado en varios días. Se preparó un desayuno generoso -casi una comida- y una vez que hubo saciado el apetito decidió investigar en profundidad lo que le había ocurrido; ya llamaría más tarde al trabajo para decir que se quedaba en casa porque no se encontraba bien, lo cual no era ninguna excusa.

La inspección del despertador reveló que éste sí había funcionado a la hora correcta; lo que ocurría era que la radio que tenía conectada -Ramón C. la prefería al zumbador- no recogía ninguna señal. Mascullando imprecaciones barrió el dial varias veces de uno al otro extremo de las frecuencias sin conseguir captar ni una sola emisora. ¿Es que ese trasto se había vuelto loco? Abandonando la radio se dirigió al salón y encendió la televisión; nada tampoco en ninguno de los canales. Sencillamente, ninguna emisora estaba emitiendo en esos momentos.

Justo entonces sobrevino el mazazo; Ramón C. recordó con nitidez todo lo ocurrido el día anterior desligándolo de las pesadillas que le habían atormentado durante su accidentado sueño. Realmente todas las personas habían desaparecido como por ensalmo, y él había tenido que caminar treinta kilómetros durante varias horas para poder llegar a su casa.

Pero eso no podía ser. ¿Y si simplemente se había estropeado la antena colectiva? Ramón C. cogió el teléfono y marcó el número de su centro de trabajo; al fin y al cabo tarde o temprano tendría que disculparse por su injustificada ausencia.

El teléfono sonó correctamente, pero nadie lo recogió a pesar de que se trataba de una centralita. Cortando la llamada intentó contactar con algún otro lugar repitiendo inconscientemente lo que ya intentara el día anterior; pero ni en información, ni en la policía, ni en los bomberos, ni en el ayuntamiento respondió nadie a sus cada vez más desesperadas llamadas.

¿Sería realmente cierto? Atribulado y con el corazón en un puño Ramón C. bajó a la calle. El portero no estaba en su lugar aunque la puerta de la cabina estaba sin cerrar, pero lo que más le llamó la atención fue que las tiendas estaban todas ellas abiertas... Y completamente vacías.

Tras una inspección de varias horas por todo el centro de la ciudad, Ramón C. se convenció de que la volatilización era real y además completamente general a excepción de él mismo. Puesto que tan extraño fenómeno había tenido lugar a una hora en la que los comercios estaban abiertos al público, descubrió con sorpresa que tenía libre acceso a cualquiera de ellos así como a algunas viviendas, lo que atribuyó siguiendo para ello unos razonamientos de extraña lógica, al hecho de que sus ocupantes estuvieran entrando o saliendo justo en el momento de desaparecer, dado que encontró algunas puertas entreabiertas y con las llaves puestas en la cerradura.

Es un hecho cierto que una metodología racional puede ser aplicada perfectamente a unos postulados previos inverosímiles cuando no simplemente absurdos, circunstancia que no sólo explica multitud de los errores cometidos por la humanidad a lo largo de toda su historia, sino que ha servido también frecuentemente para que embaucadores de toda laya tales como los astrólogos hayan conseguido engañar a multitud de personas abrumándolas con sus métodos *científicos*; y fue a esta solución a la que recurrió Ramón C. no para intentar interpretar lo ocurrido, lo cual le hubiera resultado imposible, sino simplemente para evaluar las consecuencias que pudieran derivarse de ello. Así pues, Ramón C. procedió a estudiar fríamente las circunstancias en las que se iba a ver obligado a vivir a partir de entonces renunciando a encontrar explicaciones de cualquier tipo.

Sin embargo, había algunos detalles que le intrigaban. Para empezar, estaba la incógnita de los coches; si como todo parecía indicar todo el mundo había desaparecido simultáneamente de forma súbita (había encontrado mostradores con el dinero encima sin que nadie hubiera tenido tiempo de recogerlo), ¿por qué razón no se veía ni un solo coche detenido en la calzada? Lo *lógico* hubiera sido que todos estos vehículos, privados repentinamente de su conductor, se hubieran detenido por sí mismos o hubieran chocado unos con otros o con cualquier obstáculo que se hubiera atravesado en su camino; pero incomprensiblemente, ni un solo vehículo se veía en la calzada a excepción de los aparcados, lo que parecía indicar que en estos casos los coches habían desaparecido junto con sus ocupantes.

Todavía más intrigante resultaba ser que los distintos servicios básicos tales como la electricidad, el gas, el agua o el teléfono continuaran funcionando con toda normalidad, por más que se pudiera suponer que las personas responsables de su mantenimiento hubieran desaparecido también. Cierto era que estos servicios estaban muy automatizados, pero era poco verosímil suponer que esta situación se mantuviera durante un tiempo indefinido... Lo cual le podía llegar a plantear serios problemas en un futuro más o menos inmediato.

Otra cuestión preocupante era la comida; aunque en un primer momento no tendría mas que entrar en cualquier tienda y coger todo aquello que le apeteciera, esta situación no podría prolongarse durante demasiado tiempo debido a que los alimentos acabarían estropeándose, sobre todo a partir de que cesara la producción de energía eléctrica... Claro está que entonces podría recurrir a las conservas para cubrir sus necesidades alimenticias, pero este recurso acabaría perdiéndose también no por la cantidad de las reservas disponibles (éstas eran obviamente inmensas en comparación con sus necesidades) sino porque también acabarían echándose a perder tarde o temprano.

Y luego... Seguramente no tendría otro remedio que aprender a cazar, aunque de pronto descubrió algo en lo que hasta entonces no había reparado: Tampoco se apreciaba la presencia de ningún animal fuera éste grande o pequeño. No es que la fauna callejera fuera habitualmente muy abundante, pero Ramón C. cayó en la cuenta de que no había visto el menor ser vivo: Gatos, perros, pájaros, palomas; ni tan siquiera cigüeñas, tan abundantes en su ciudad. Todo parecía indicar que los animales se habían esfumado junto con los humanos, al menos en lo que a su entorno inmediato se refería.

Bueno, al menos quedaban las plantas, pensó con alivio al cruzar por una calle arbolada; aunque sólo fuera fruta y hortalizas siempre tendría algo que comer, aunque inmediatamente recordó que todas las plantas cultivadas necesitaban una serie de cuidados que él no sabía dar. Pero puesto que hasta llegar a ese extremo tendría que pasar todavía bastante tiempo, Ramón C. optó por encogerse filosóficamente de hombros prefiriendo volcar su atención en las necesidades más perentorias. Así pues, volvió a su casa y cogió el coche dirigiéndose al hipermercado más cercano; si a partir de ese momento iba a tener que valerse por sus propios medios para sobrevivir, mejor sería prevenirse cuanto antes haciendo acopio de todo cuanto pudiera necesitar en el futuro.

Varias horas después estaba de vuelta con el coche abarrotado de los más heteróclitos objetos: alimentos principalmente, pero también linternas, baterías, un generador de electricidad junto con varios bidones de combustible, e incluso velas. Huelga decir que el centro comercial estaba tan abandonado como el centro de la ciudad, con las estanterías repletas de artículos y sin más signos de su antigua actividad que algún que otro carro abandonado por los pasillos. Lo mismo ocurría en la gasolinera en la que se detuvo para llenar el depósito del coche y los bidones de combustible para el generador, aunque descubrió con asombro que los coches que habían estado guardando cola en los surtidores continuaban allí, abandonados con las puertas abiertas y en bastantes casos con las llaves puestas.

Era evidente que estos coches no habían desaparecido a la par que sus conductores debido a que estaban detenidos en el momento en que tuvo lugar la catástrofe, al contrario de lo ocurrido con los que entonces estaban en movimiento; pero los coches parados en los semáforos también se habían volatilizado, lo cual parecía ser una clara contradicción. A no

ser, había pensado, que la diferencia estribara en que los motores hubieran estado o no apagados.

¿Pero qué importaba eso ahora? El principal reto de Ramón C. era sobrevivir en un mundo que repentinamente había trastocado todas sus leyes, y así lo entendió una vez hubo pasado la excitación inicial. Su situación era sumamente difícil por lo imprevisible, y desde luego en un futuro las cosas no iban a resultarle tan fáciles como lo habían sido ese día. ¿Qué ocurriría cuando llegara el invierno y careciera de electricidad, de agua y de gas? Sin ningún tipo de mantenimiento, ¿qué sería de la ciudad al cabo de unos años? ¿Acabaría teniendo que vivir entre ruinas calentándose en una hoguera?

Y aún había otra cuestión que le preocupaba. ¿Existirían más supervivientes? Ramón C. no podía imaginar que fuera él el único ser vivo en toda la faz del planeta, y estaba convencido de que debería haber al menos un puñado de supervivientes probablemente tan desorientados como él. ¿Pero cómo encontrarlos?

Evidentemente tendría que buscarlos empezando por la ciudad y si no obtenía resultado ampliando cada vez más su radio de acción; y tendría que hacerlo pronto, antes de que todo comenzara a fallar poco a poco. Solucionado ya, al menos por un tiempo, el problema de su alimentación, Ramón C. inició sus pesquisas recorriendo una por una todas las calles de la ciudad en busca de alguien con quien poder compartir su experiencia. Esto le llevó varios días, pasados los cuales tenía la certeza de que de las cerca de doscientas mil personas que sólo una semana antes habitaban allí, él era el único que no había desaparecido.

Pero la cruda realidad seguía empeñada en continuar sorprendiéndole por mucho que su capacidad de adaptación le hubiera permitido hasta entonces adaptarse a su insólita situación; porque sorprendente era que más de una semana después de que la ciudad fuera abandonada a su propia suerte, la electricidad, el gas y el agua corriente continuaran fluyendo como el primer día. Era imposible que la automatización de estos servicios llegara a tales extremos, al igual que era asimismo imposible que en una ciudad de ese tamaño no hubiera ocurrido el menor incidente. Alguna cocina, se decía Ramón C., tendría que haber quedado encendida o, aún peor, con la llave del gas abierta; algún grifo debería haberse quedado sin cerrar, alguna ducha tendría que estar en algún lugar vertiendo agua continuamente. Y sin embargo, y a pesar de sus minuciosas inspecciones, no había descubierto ningún incendio, ninguna explosión, ninguna inundación...

Muy al contrario; en realidad la ciudad parecía un museo perfectamente conservado, un museo donde el único que desentonaba era precisamente él. Y no era eso todo; por la noche el alumbrado público continuaba brillando en todo su esplendor como pudo comprobar día a día. ¿Cómo era eso posible? Lo ignoraba, pero lo cierto era que la realidad

cotidiana arruinaba todos sus intentos de analizar con lógica la situación en la que se hallaba.

La siguiente etapa de sus pesquisas le llevó a recorrer la cercana capital; y aunque la extensión de la misma y la imposibilidad de recorrerla a pie impidieron que realizara una exploración tan completa como la anterior, las conclusiones a las que llegó fueron totalmente similares: Ni uno solo de sus más de tres millones de habitantes daba la menor señal de vida, lo que no impedía que el estado de conservación de la misma fuera asimismo impecable.

Tras extender su radio de acción a los municipios del área metropolitana de la capital primero, y a los diversos pueblos que rodeaban su ciudad de residencia después, siempre con los mismos resultados negativos, Ramón C. procedió a visitar durante meses buena parte del país e incluso las zonas más próximas de los países vecinos, pudiendo constatar sin ningún género de dudas que al menos en un radio de quinientos a mil kilómetros de distancia no existía el menor ser vivo fuera éste humano o animal. Mamíferos, aves, e incluso los insectos, habían desaparecido por completo, lo cual convertía a las zonas rurales en un mero decorado mudo y vacío. Ramón C. se preguntaba con curiosidad qué podría pasar con el equilibrio ecológico vegetal -el único que ahora existía- una vez desaparecida la totalidad de los animales, aunque esto en realidad no le preocupaba demasiado; más le había sorprendido comprobar que hasta los propios microorganismos parecían haberse esfumado también, puesto que los alimentos frescos almacenados en todos los establecimientos que visitó (carne, pescados, frutas...) se habían deteriorado con el paso del tiempo pero en ningún caso presentaban síntomas de putrefacción como hubiera cabido esperar.

Por otro lado, en sus correrías nunca había tenido problemas de ningún tipo ni con la alimentación (contaba con cantidades sobradas de conservas y alimentos preparados), ni con el alojamiento (siempre tenía un hotel a mano donde poder elegir la habitación que más le apeteciera) ni tan siquiera con la gasolina, puesto que los surtidores de las gasolineras continuaban funcionando; por todo ello, acabó llegando a la conclusión de que tampoco le esperaba una vida tan dura ahora que estaba razonablemente seguro de no tener que arrastrar una existencia de robinsón; y puesto que siempre había sido un solitario convencido, comenzó incluso a encontrarse cómodo en su nueva situación.

¿Qué importaba ser víctima de toda una serie de continuos atentados contra la razón, qué importaba verse sumido en una situación imposible de explicar mediante algún tipo de lógica? Lo cierto era que tenía a su disposición los recursos de todo el país y que podía hacer libre uso de ellos como le apeteciera; con la comida prácticamente garantizada para siempre (las conservas, desaparecido el problema de la putrefacción, podían durar indefinidamente), con los servicios básicos funcionando sin problemas sin que le importara lo más mínimo saber cómo, Ramón C. comenzó a sentirse cercano al paraíso sin que la

falta de compañía humana le supusiera el menor problema. De hecho tan sólo echaba en falta, y únicamente de vez en cuando, la existencia de una compañía femenina que le hubiera permitido satisfacer ciertas necesidades imposibles de atender en solitario; pero puesto que las ventajas sobrepasaban con mucho a los inconvenientes y Ramón C. estaba harto desde hacía ya mucho de tener que soportar continuamente a una humanidad que en su inmensa mayoría tan sólo creaba problemas de todo tipo sin aportar nada positivo a cambio, éste llegó finalmente a la convicción de que su actual situación era la mejor de entre todas las posibles... Y entonces, quizá por vez primera en su vida, Ramón C. fue completamente feliz.

* * *

Varios años después Ramón C. no pensaba lo mismo. Animal sociable al fin por muy individualista que fuera, había acabado descubriendo bien a su pesar que sus instintos ancestrales habían ido ganando terreno poco a poco a sus planteamientos racionales tan trabajosamente levantados. Su vida era muelle, tenía a su alcance todo lo que necesitaba para sobrevivir sin problemas, se había adaptado perfectamente a su nueva situación... E incluso se había permitido el lujo de realizar largos periplos por carretera (el coche era el único vehículo que era capaz de manejar) que le habían llevado a visitar amplias regiones de Europa; una Europa vacía y completamente limpia cuyos servicios básicos continuaban funcionando exactamente igual que el primer día sin que a esas alturas a Ramón C. le preocuparan ya lo más mínimo las razones de tamaña incongruencia.

Si Ramón C. hubiera podido prescindir de forma completa de sus instintos animales quedándose únicamente con la parte racional de su mente, sin duda hubiera vivido satisfecho hasta el final de sus días; pero como no era así para desgracia suya, comenzó a encontrar cada vez más problemática su existencia. No fue un proceso brusco sino paulatino; primero comenzó a sentirse insatisfecho, para acabar cayendo poco a poco en una depresión de la que cada vez le resultaba más difícil salir. Retornó a su ciudad natal y se encerró en su antigua vivienda, abandonada desde hacía tiempo, limitándose a ver cómo se desgranaban los días con la indiferencia de quien ya nada espera del porvenir.

¿Por qué le había tenido que tocar a él? Se preguntaba una y otra vez durante sus largos períodos de melancólica meditación. ¿Por qué no habría desaparecido junto con el resto de la humanidad? Quien quiera que fuese el culpable de la catástrofe, si es que éste existía, ¿por qué había sido tan extremadamente cruel con él? Si existía algún Dios, ¿acaso era éste su infierno?

Atormentado por un existir que ahora le parecía la más atroz de todas las condenas, Ramón C. fue madurando poco a poco la idea de acabar definitivamente con su pesadilla recurriendo a la única manera que podía dar fin a la misma: El suicidio. No fue ésta una

decisión fácil ni tampoco precipitada sino que surgió como fruto espontáneo de una larga y meditada reflexión; pero al cabo de la misma habría de acabar asumiendo su inevitabilidad.

Buscaba una muerte rápida y limpia, y por ello eligió el disparo en la sien; nada peor podía ocurrirle que acabar malherido, dado que esto tan sólo le conduciría a una agonía dolorosa y lenta que deseaba evitar por encima de todo. Así pues, se encaminó a una armería y buscó allí un arma que fuera apropiada para sus deseos; media hora después, en su propio domicilio, Ramón C. se descerrajaba un tiro en la cabeza.

* * *

Despertó bruscamente descubriendo que estaba sentado en la taza del sanitario, y una vez recuperado el control de sus pensamientos tras unos segundos de desorientación llegó a la desconcertante conclusión de que, por estúpido que pudiera parecer, se había quedado dormido allí. ¿Cómo podía haberle ocurrido algo tan ridículo? Se preguntó al tiempo que se subía los pantalones y abandonaba sigilosamente la cabina. Era completamente absurdo...

Se encontraba evidentemente en el interior de los servicios de su centro de trabajo, unos servicios que ya no estaban vacíos; de hecho, mientras se lavaba las manos se le acercó uno de sus compañeros manifestándole en tono jocoso su extrañeza por la tardanza de Ramón C. en salir de allí.

-¡Anda que no has tardado! -fue su torpe saludo- Ni que te hubieras dormido ahí adentro.

Mascullando entre dientes una excusa no demasiado educada, Ramón C. abandonó el recinto escabulléndose a su despacho. Al llegar allí observó con alivio que nadie parecía mostrar extrañeza por su ausencia; muy al contrario, su superior inmediato aprovechó la ocasión para encargarle un trabajo -urgente, por supuesto- tan pronto como le vio.

Ya más tranquilo se retrepó en su asiento mirando por vez primera el reloj; no había pasado ni siquiera un cuarto de hora desde que se levantara para ir al servicio.

¿Qué le había pasado? Evidentemente se había dormido por más que no alcanzara a saber cómo, y había tenido un extraño sueño que recordaba con toda nitidez... Pensar que él era la única persona viva en todo el planeta; ¡qué absurdo!

El resto de la jornada laboral transcurrió sin que sucediera nada digno de mención, y las horas vespertinas tampoco le rindieron a Ramón C. ninguna experiencia fuera de lo normal. La monotonía habitual de su vida triunfaba de nuevo, aunque bien pensado ¿acaso había llegado a desaparecer en alguna ocasión? Se preguntaba Ramón C. con incredulidad.

Convencido de que todo había sido tan sólo un extraño sueño, Ramón C. consumió la jornada desarrollando una vida completamente normal. Llegó la noche, se acostó y se dispuso a esperar que el despertador iniciara la jornada del martes...

Pero algo ocurrió aquella noche, un nuevo sueño todavía más extraño que los anteriores; porque Ramón C. soñó que se dirigían a él unos indescritibles seres que le pedían disculpas por haberle utilizado como sujeto de una experimentación. Con la nebulosidad propia de las ensoñaciones nocturnas, Ramón C. recordaría a la mañana siguiente, entre brumas, un sorprendente mensaje: Había sido elegido para una extraña investigación consistente en observar el comportamiento de un ejemplar humano en condiciones completamente similares a las para él habituales, aunque privado de cualquier tipo de compañía. Según sus invisibles interlocutores habría sido trasladado a un escenario similar hasta en su menor detalle al mundo en el que se movía habitualmente Ramón C., con la única diferencia de que había sido eliminado de él todo vestigio no sólo de vida humana, sino incluso de cualquier tipo de especie animal dado que estos últimos podrían haber alterado el experimento de forma incontrolable. El estudio había durado hasta que tuvo lugar el intento de suicidio de Ramón C., a raíz del cual se había decidido devolverlo a su mundo dado que ya no tenía sentido continuar con el experimento. Al cabo de varias horas, inmerso ya en la rutina cotidiana, Ramón C. había acabado olvidando su extraño sueño; al fin y al cabo, tan sólo era uno más entre todos los que había estado teniendo durante los últimos días.

Pasó el tiempo. Ramón C. desarrollaba su vida con toda normalidad hasta que, algunos meses después, unos análisis médicos rutinarios le impusieron la necesidad de realizar unas radiografías de su cabeza. Días después el médico responsable de los análisis le mandaba llamar para mostrarle su preocupación por alguno de los resultados; huelga decir que Ramón C. acudió a la cita un tanto preocupado puesto que temía encontrarse con una mala noticia en lo referente a la tensión arterial, el colesterol o algo parecido; sin embargo, lo que le comentó el médico fue algo que no había esperado en absoluto.

-Su estado general es correcto. -le había comentado el galeno- Pero hay algo que me intriga. ¿Ha sufrido usted alguna vez una fractura de cráneo o algo parecido?

-No... -respondió confuso Ramón C.- ¿Por qué?

-Porque en las radiografías ha aparecido algo muy extraño; mire usted. Aquí en el parietal derecho se aprecia una marca circular que es idéntica a las producidas por una herida de bala, pero esto es absurdo ya que de ser así hubiera resultado mortal de necesidad amén de que el orificio, si es que es tal, tendría que haber sido recubierto con hueso con posterioridad al disparo; de hecho, tan sólo se aprecia una ligera cicatriz. Puesto que es imposible que se trate de una herida producida por una bala ya que no se aprecia el menor daño en el cerebro y el hueso tendría que estar regenerado, resulta forzoso buscar otra

explicación; un fuerte golpe con algún tipo de tubo con el borde cortante, quizá le pudiera haber hecho esa extraña muesca...

-Le aseguro que yo no recuerdo nada... Tan sólo en una ocasión, cuando tenía diez o doce años, me fracturé un brazo.

-Está bien. -zanjó el médico- Tampoco tiene mayor importancia. Asumiremos que se trata de algún extraño defecto congénito y que usted nació con esa marca váyase a saber por qué; lo importante es que el cerebro está completamente sano.

Dándole las gracias por su interés, Ramón C. abandonó la consulta dirigiéndose a su domicilio mientras meditaba sobre lo que le acababan de decir. Él sabía perfectamente que aquella cicatriz circular no era una marca de nacimiento ya que durante el servicio militar le habían hecho radiografías del cráneo sin que entonces apreciaran nada extraño; pero prefirió callar por prudencia. ¿Quién iba a creer que él había sido el conejillo de Indias de unos extraños seres que ni siquiera conocía, los cuales tenían la capacidad de arrancarle de su mundo trasladándole a una imitación exacta del mismo completamente privada de seres vivos a excepción de la plantas? ¿Qué pruebas tenía de ello, salvo la extraña cicatriz, que le permitieran demostrar el apabullante poderío de sus captores, capaces de concentrar varios años de su vida en apenas quince minutos, capaces también de salvarlo de una muerte segura regenerándole el destrozado cerebro antes de enviarle de vuelta a su mundo real?

Pero ni siquiera él mismo estaba seguro de ello. ¿Acaso no sería tan sólo un cúmulo de increíbles coincidencias, de sueños absurdos hilvanados únicamente por los caprichos del azar? ¿Y si la famosa cicatriz de su cráneo era tan sólo una mancha producida de modo fortuito durante el revelado de la radiografía?

¿Cuál era pues la verdadera respuesta? Por mucho que lo intentara, Ramón C. nunca podría llegar a descubrirlo.

HISTORIA DE DESPUÉS

Cualquiera que lee un periódico suele saltarse las partes del mismo que no suscitan su interés, y cabe suponer que la sección de necrológicas no deba de ser una de las favoritas de la mayor parte de la gente.

Sin embargo, en aquella ocasión no pude evitar fijar mi atención en una esquila redactada a nombre de Juan Ordóñez de Córdoba. La razón no era para menos: Juan Ordóñez de Córdoba era precisamente yo.

Era una situación absurda, por supuesto; sin duda debía haber leído mal y se trataba de un nombre parecido al mío... Pero era el mío, como pude comprobar al releerla con más detenimiento. Comencé a ponerme nervioso, lo reconozco. Descartada la hipótesis de un error tan sólo quedaba la posibilidad de una coincidencia de nombres, algo sumamente improbable pero, a pesar de todo, posible.

Esta esperanza duró justo lo que tardé en leer el resto de la nota necrológica. Con un escalofrío recorriéndome la espina dorsal, comprobé que la apenada esposa era realmente mi esposa, y que mis hijos, hermanos, hermanos políticos y demás familia rogaban una oración por mi alma.

Cada vez más desconcertado, y también más incómodo, por tan insólita situación, me dirigí con nerviosismo hacia el vestíbulo del hotel, donde pude consultar otros diarios nacionales... Encontrándome en esta ocasión con dos esquelas contiguas, una firmada por mi familia (que era esencialmente igual a la primera) y la otra por mi propia empresa.

Quedaba así suficientemente descartado todo aquello que no fuera un macabro error o una broma de pésimo gusto, pero aun esta descabellada hipótesis quedó literalmente pulverizada por el breve comentario aparecido en la sección de sucesos de otro de los periódicos consultados. Según esta información, el conocido industrial don Juan Ordóñez de Córdoba había fallecido el día anterior víctima de un accidente de tráfico en las proximidades de la localidad alcarreña de Torija cuando regresaba a su domicilio después de un viaje de negocios a Barcelona.

Esta crónica contribuyó aún más a que el desconcierto surgiera imparable entre la caleidoscópica combinación de encontradas sensaciones que bullían ahora en el interior de mi cerebro. Efectivamente, de acuerdo con mis planes yo debería haber salido de vuelta la víspera, pero unos detalles de última hora motivaron un retraso de uno o dos días en mi retorno a casa. De hecho, tenía previsto coger el coche después del desayuno. El coche...

En mi agitada carrera casi derribé a un camarero convertido involuntariamente, y por culpa mía, en un forzado equilibrista; pero una vez concluido el interminable trayecto hacia el estacionamiento subterráneo del hotel, pude comprobar con pasmo cómo mi vehículo había desaparecido del lugar que ocupara la víspera. Y no sólo el coche; me bastó con palparme el bolsillo del pantalón para saber que también había perdido el llavero y la cartera con toda la documentación. Conservaba, eso sí, el monedero; pero un puñado de euros en el bolsillo apenas representaban un flaco consuelo en estas circunstancias.

No resulta nada agradable comprobar cómo en un momento se vienen abajo todos tus esquemas mentales, incluidos los más sólidos; y de hecho, no sé que hubiera ocurrido de no ser por la pregunta que me hizo el encargado del garaje, una pregunta que tuvo la virtud de devolverme por un momento a la realidad olvidándome de tan extrañas paradojas.

-¿Desea usted algo, señor Ordóñez? -fue su saludo.

Al tiempo que le contestaba negativamente de una manera mecánica sin parar mientes en que era él quien debía darme cuenta de mi desaparecido coche, subí hasta mi habitación convencido de que yo era en realidad quien debía ser.

-Bastará con una llamada telefónica para que se deshaga el equívoco. -pensé. Y llamé a casa.

-¿Diga? -era la voz de Rosa, nuestra criada.

-¿Cómo dice? ¡Por favor, señor! -exclamó con voz indignada- Si se trata de una broma, es de pésimo gusto. -respondió al tratar de identificarme.

Y colgó.

Esto era algo con lo que evidentemente yo no había contado. Por fortuna fui capaz de reaccionar con rapidez y, apenas dos horas más tarde, tomaba un tren con destino a mi domicilio. No, no me había molestado en indagar lo ocurrido con mi coche y mi documentación; suponía que debían haber sido robados, pero en ese momento lo único que me preocupaba era la extraña actitud de mi familia, por lo que me apresuré a volver a casa lo antes posible.

A pesar de todas mis desdichas aún podía considerarme afortunado estando como estaba privado de mis tarjetas de crédito y de la mayor parte del dinero con el que hasta el día anterior había contado. La cuenta del hotel había sido cargada al presupuesto de viajes de mi empresa y en el monedero, lo único que había conservado aparte de la ropa que llevaba puesta (mi equipaje también había desaparecido), tenía el dinero justo para pagar un billete de autobús. Mi impaciencia me había impelido a tomar el AVE, mucho más rápido, pero mis magras reservas monetarias no llegaban para tanto. Así pues, me armé de

paciencia durante las largas horas que duró el viaje mientras mi cerebro no hacía sino especular con las más peregrinas hipótesis.

Era evidente que sólo podía haber ocurrido una cosa: Alguien había entrado en la habitación del hotel y me había robado la cartera y las llaves del coche junto con todo el equipaje, dejándome literalmente con lo puesto. Lo irónico del caso era que yo acostumbraba a llevar siempre encima tanto las llaves como la cartera, pero por la razón que fuese debía de haberlas dejado olvidadas encima de algún sitio. El ladrón había robado también el coche aprovechando un descuido del vigilante, lo que explicaba que éste no hubiera mostrado ninguna extrañeza al verme, y acto seguido había salido a la carretera sufriendo un accidente mortal a varios centenares de kilómetros de allí. Si el cadáver hubiera quedado lo suficientemente desfigurado como para ser irreconocible (quizá el coche sufrió un incendio, aunque los periódicos no daban ningún detalle al respecto), y teniendo en cuenta que tanto el coche como la documentación o el equipaje eran evidentemente míos, cabía la posibilidad de que el dichoso ladrón hubiera sido confundido conmigo y enterrado bajo mi nombre por error.

Bien, la cosa no dejaba de tener su gracia aunque el mal rato que le habían hecho pasar a mi familia no nos lo quitaba ya nadie. Llegué finalmente a mi destino y, al apearme del tren en la estación, lo primero que vi en el quiosco de prensa fue un ejemplar del periódico local en cuya portada campeaba con grandes titulares la noticia de mi *accidente*. Medio divertido -estaba completamente convencido de que se trataba de un macabro error- medio preocupado, compré el periódico buscando ávidamente la noticia.

Yo era un industrial bastante conocido, la ciudad no era demasiado grande y el periódico acostumbraba a resaltar, quizá más de lo estrictamente necesario, cualquier tipo de sucesos... Por lo tanto, no era de extrañar que, al contrario de lo que sucediera con los diarios nacionales, aquí sí viniera descrito el accidente con todo lujo de detalles; en realidad, con demasiados para mi gusto.

Bien, al menos ahora ya sabía con exactitud qué era lo que había ocurrido; al efectuar un adelantamiento en una curva mi coche -me costaba trabajo pensar en primera persona- había perdido el control saltándose la mediana e invadiendo la otra calzada de la autovía. El choque frontal con un camión que venía en sentido contrario había sido mortal de necesidad; mi coche quedó destrozado y yo -qué extraño me resultaba leer eso- había fallecido prácticamente en el acto víctima de las heridas sufridas.

El periódico no publicaba fotografías de mi *cadáver*, pero nada decía de que hubiera habido algún problema para identificarlo; y por supuesto, la tesis del incendio quedaba completamente descartada puesto que sí había una fotografía del coche -mi coche, de eso no cabía la menor duda- y éste, aunque convertido en un amasijo de chatarra, no mostraba el menor indicio de que hubiera ardido.

Sin embargo, no fue este detalle el que me llamó la atención, sino otro bien distinto; al final del reportaje se decía que el cadáver sería incinerado a las... ¡Maldita sea! En esos precisos momentos me debían estar *quemando*. ¿Por qué se me habría ocurrido mostrarme favorable a la incineración en lugar de permitir que cuando muriera se me enterrase como a casi todo el mundo?

Bien, eso ya no tenía remedio. El cementerio estaba justo al otro extremo de la ciudad, yo no tenía ni coche ni dinero suficiente para un taxi... Así pues, tuve que perder miserablemente el tiempo yendo en autobús.

Cuando finalmente llegué al cementerio, una pequeña columna de humo que se alzaba por encima del crematorio pareció burlarse de mí. ¿Cómo iba a demostrar ahora que estaba vivo? -me preguntaba estúpidamente en mi azoramiento- Recapacitando, conseguí convencerme de que a pesar de haber llegado tarde, nada estaba perdido; quedaba la incógnita de conocer la verdadera identidad del ladrón, pero éste no era un problema mío, sino de la policía. Evidentemente hubiera sido mejor haber llegado antes de que fuera incinerado el cuerpo, pero...

Iba ya a entrar en el recinto, cuando de alguna parte de mi mente afloró una recomendación de cautela. Si me presentaba de repente delante de todos mis familiares, la escena que se podría montar sería de película; imagínense, por ejemplo, cuál podría ser la reacción de mi mujer al darse de bruces conmigo justo después de haber asistido a mi funeral...

Así pues, me escabullí a la cafetería viendo desde un rincón cómo los asistentes al sepelio pasaban por delante de mí sin apercibirse de que tan sólo un cristal me separaba de ellos. Mi intención era abordar a algún rezagado, preferiblemente amigo antes que familiar o simple conocido; aunque la elección, evidentemente, no iba a depender de mí sino tan sólo del azar.

Tuve suerte; detrás del grupo principal, detrás incluso de los corrillos postreros, caminaba en solitario mi amigo Fernando, ensimismado al parecer en sus propios pensamientos. Dejé que rebasara la puerta de la cafetería (afortunadamente caminaba despacio y se iba quedando cada vez más separado) y sigilosamente salí al exterior abordándolo por detrás.

-Fernando... -musité en voz baja procurando instintivamente ser lo más discreto posible.

Él se volvió lentamente, diríase que con pesar; era evidente que me apreciaba, pues se le veía compungido. Yo esperaba que la expresión de su cara se transfigurara al reconocermelo, razón por la cual había preparado mi mejor sonrisa; esperaba, incluso, cualquier reacción posible entre la incredulidad y el asombro.

Pero nada de esto ocurrió para sorpresa mía. Fernando me miró fijamente al tiempo que, luchando todavía con las brumas de su cerebro, me preguntaba cortésmente qué era lo que deseaba.

-¡Fernando, soy yo! -exclamé excitado al tiempo que le agarraba del brazo- ¡Soy yo! ¡Estoy vivo!

-Que es usted resulta evidente aunque no nos hayan presentado, y que está vivo también. -respondió con frialdad- Y ahora, si me disculpa, le agradecería que me permitiera irme; acaban de incinerar a mi mejor amigo y no estoy para bromas.

-¡Pero Fernando! -supliqué trotando tras él- Soy Juan; ¿es que no me reconoces? Yo no era el muerto, el cadáver que acabáis de incinerar es el de un ladrón que me robó el coche y la documentación en el hotel de Barcelona. Habéis cometido un error; ¡estoy vivo!

-Mire, amigo; -su voz era cortante como un cuchillo- Ignoro quién puede ser usted, y me da exactamente igual que esté loco o sea simplemente un bromista con muy mal gusto; he visto personalmente el cadáver de mi amigo, lo ha visto toda su familia, y le puedo asegurar que era él. Además, ¿cree acaso que el juez hubiera autorizado la incineración de existir la más mínima duda sobre la identidad del cadáver?

-Pero yo... -balbuceé confuso- ¿Es que no me conoces?

-Lamento decirle, caballero, que yo no le he visto a usted en mi vida. -más que hablar, escupía las palabras- Y ahora, le agradecería que me dejara en paz a no ser que prefiera que llame al servicio de seguridad del cementerio.

Atónito por completo contemplé cómo se marchaba mientras yo permanecía clavado en el suelo. La situación era tan absurda que me había quedado sin saber cómo reaccionar. ¿Qué hacía yo ahora?

Cuando finalmente logré salir del estupor la comitiva había desaparecido ya tras la esquina del edificio. Probablemente todavía estarían en el aparcamiento, por lo que si me daba prisa y atajaba por la cafetería (ésta tenía dos puertas, cada una a un lado del edificio) quizá pudiera alcanzarlos.

¿Pero merecía la pena? Después del chasco con Fernando sería mejor hacer las cosas con prudencia. ¡Un momento! Mi amigo había dicho que no me reconocía. ¿Tan transfigurado estaba?

Obedeciendo a un repentino impulso entré en los servicios y me miré en un espejo. Evidentemente era yo; ¿cómo podría haber sido de otra forma? Entonces, ¿por qué Fernando había negado conocerme? ¿Qué me estaba pasando?

Y por encima de todo, ¿qué hacía yo ahora? Volver a la ciudad, por supuesto, pero una vez allí... Un gruñido de mi estómago me avisó que éste había decidido por sí mismo. Caí entonces en la cuenta de que desde hacía bastantes horas no había probado bocado, aunque con la excitación de los momentos previos no había caído en ello hasta ese momento.

Una rápida inspección de mi monedero me llevó a la desoladora conclusión de que mis disponibilidades pecuniarias no iban más allá de permitirme comprar un bocadillo en un bar sin demasiadas pretensiones; yo, que era uno de los más importantes empresarios de la ciudad, me veía reducido casi a la condición de un indigente.

Bien, se trataba de una situación excepcional que quedaría resuelta en un breve lapso de tiempo, pero de momento tenía que marcharme de allí, ya que en ese lugar no se me había perdido nada; aunque tendría que volver andando, ya que ni dinero para el autobús me quedaba.

Una hora después, tras haber engañado a mi estómago con un bocadillo de calamares rancios y una caña de cerveza, entraba por la puerta de la comisaría. Tras reflexionar durante la caminata había llegado a la conclusión de que ésta era la mejor manera de enderezar el entuerto, ya que presentarme en casa podría crear problemas. Al fin y al cabo, en la comisaría podrían identificarme aunque careciera de cualquier tipo de documentación.

Sin embargo, las cosas no resultaron ser tan fáciles como yo había creído. Para empezar el policía que me atendió rechazó completamente de plano mi petición de entrevistarme con el comisario, alegando que éste estaba demasiado ocupado. Así pues, y a pesar de la displicencia con que fui tratado, no me quedó más remedio que exponerle mis cuitas.

Naturalmente, no me creyó. Sin embargo, y ante mi gran insistencia, acabó aceptando malhumoradamente mi solicitud de que fuera comprobada mi identidad en la base de datos del documento nacional de identidad. Cinco minutos después -¡bendita sea la informática!- le traían una ficha con mis datos personales... O al menos eso creí.

-¿Y bien? -graznó con acritud- ¿Me va a explicar usted ahora a qué se debe esta broma?

Yo no comprendía absolutamente nada. Le pedí que me mostrara la ficha y, como era de esperar, allí estaba mi fotografía junto con el resto de mis datos personales por más que el cretino del policía se empeñara en negarlo. Poco después, y alarmado por las voces cada vez más fuertes que proferíamos ambos, asomó por la puerta la cabeza de un segundo policía.

-¿Qué ocurre? -preguntó a su compañero- ¿Necesitas ayuda?

-Nada importante. -gruñó mi desabrido interlocutor- Este loco pretende ser don Juan Ordóñez, el empresario que murió en un accidente de tráfico en Guadalajara. Fíjate si tendrá poca vergüenza, que dice que su cara coincide con la fotografía del señor Ordóñez.

-Déjame ver... -requirió el segundo policía anticipándose a mis encendidas protestas-
¡Pero si no se parecen en nada!

Me derrumbé. ¿Qué podía hacer yo cuando todo el mundo se había confabulado contra mí? Si se me negaba algo tan fundamental como era el derecho a mi propia identidad, ¿qué me quedaba entonces?

-Bien, amigo, no sé que se propone usted, pero tendremos que averiguarlo. -me espetó el primero de ellos- Y ciertamente, sería bastante mejor que usted colaborara con nosotros. Vamos a ver; ¿quién es usted realmente?

-Ya se lo he dicho. -musité con un hilo de voz- Juan Ordóñez de Córdoba.

-Es una lástima que no podamos contar con su ayuda. -respondió con sorna- Con un poco de buena voluntad por su parte las cosas hubieran sido mucho más fáciles para todos. Está bien; -suspiró al tiempo que se levantaba de su asiento- puesto que ya sabemos quien no es, ahora tendremos que ver quien es usted. García, vigíleme a este gracioso mientras voy a buscar al comisario; verás cómo le quitamos las ganas de reírse de nosotros.

Varias horas más tarde reflexionaba amargamente tendido en el jergón del calabozo donde había sido encerrado (*retenido* conforme a la jerga legal, puesto que yo no había infringido ninguna ley) mientras trataban de identificarme. Según los policías no sólo mi cara no coincidía con la de la fotografía de mi carnet de identidad, sino que además las huellas dactilares que me fueron tomadas eran asimismo diferentes. Era absurdo, completamente absurdo, pero no por ello resultaba ser menos real. Al menos, me habían tratado bien y me habían dado de comer...

Cuando menos lo esperaba se abrió la puerta. Un policía, asomando apenas la cabeza, me comunicó que el comisario quería verme. Le seguí dócilmente; aunque estaba tan desconcertado que no esperaba ya que pudieran creerme, resistirme no hubiera hecho sino acrecentar aún más mis problemas.

El comisario resultó ser bastante más amable que sus subordinados, al igual que ocurría con el forense que le acompañaba. Me explicaron que, para sorpresa suya, no había podido ser identificado en los archivos policiales; esto era algo bastante insólito, pero seguirían insistiendo en ello hasta que consiguieran dar con mi verdadera identidad. Con palabras suaves y diplomáticas acabaron por explicarme lo que realmente pensaban: Yo debía de haber sufrido alguna extraña perturbación mental que, además de provocarme una amnesia total en lo referente a mi personalidad, me habría inducido a adoptar una falsa

identidad, concretamente la del fallecido Juan Ordóñez de Córdoba. Puesto que parecía conocer relativamente bien (?) la vida del desaparecido industrial sospechaban que quizá pudiera ser alguien cercano a su entorno, quizá un amigo o un empleado suyo. Habían mandado llamar a mi esposa (ellos dijeron *la viuda*) esperando que ella pudiera identificarme, aunque lamentaban tener que hacerlo en un momento tan doloroso para ella.

Mi mujer llegó apenas un cuarto de hora más tarde. Estaba pálida y demacrada, pero se mantenía serena. Siguiendo instrucciones estrictas del comisario refrené mi impaciencia manteniéndome en silencio mientras éste le preguntaba si me conocía; en realidad se trataba de algo completamente innecesario, puesto que era evidente que ya le habían explicado lo que querían de ella con anterioridad a que fuera llevada a mi presencia.

Ella se volvió, me miró fijamente y, conteniendo a duras penas un sollozo, musitó débilmente que no me había visto nunca antes.

-¡Pero Isabel! -me dio tiempo a gritar con desesperación antes de verla desaparecer sumida en el llanto; hicieron falta tres personas para volverme a sentar en mi asiento.

De la comisaría fui trasladado a un sanatorio mental, donde quedé internado a pesar de mis vehementes protestas. Puesto que seguía sin poder ser identificado pero no estaba acusado de ningún delito, no podía ser retenido durante más tiempo por la policía. Los médicos me trataron bien, pero empeñados como estaba en convencerme de que yo era amnésico, acabaron negando evidencias tan flagrantes como que yo conociera hasta el último detalle de la vida y los negocios de Juan Ordóñez de Córdoba. Según ellos se trataba de un simple mecanismo de asimilación mediante el cual mi mente habría intentado cubrir el vacío dejado por la pérdida de mi propia personalidad.

Era como darse cabezazos contra una pared, por lo cual decidí cambiar de táctica. Escribí una extensa carta a mi mujer contándole detalles íntimos que solamente ella y yo conocíamos, y la eché al correo burlando la vigilancia de mis cancerberos. La respuesta llegó días después en persona de mi propio abogado; me acusaban -¡qué ironía!- de intentar chantajearla, y me amenazaron con hacer caer sobre mí todo el peso de la ley si volvía a acercarme a *mi* familia. Huelga decir que el abogado, un viejo conocido mío, tampoco dio la menor muestra de reconocerme.

Las consecuencias de mi iniciativa fueron inmediatas, acarreándome como resultado un aislamiento prácticamente total con el exterior. Sin embargo, en realidad nadie sabía qué hacer conmigo; salvo mi obsesión por defender mi para ellos falsa identidad, mi comportamiento no podía ser más impecable. Con la policía no tenía más cuentas pendientes que la derivada de mi falta de documentación, mientras que para los médicos no estaba enfermo. En el hospital no me querían seguir teniendo, pero por otro lado la policía no deseaba perder el control sobre mí aunque legalmente no podía ser retenido.

El embrollo se solucionó finalmente gracias a una nueva pirueta del destino. Mientras los médicos y los policías continuaban discutiendo entre ellos buscando la forma de quitármeme de encima, yo seguía estando en el hospital. Una noche me desperté repentinamente desvelado y, tras varios intentos infructuosos de volverme a dormir, decidí levantarme. Pueden imaginarse cual sería mi sorpresa al descubrir que no estaba ni dentro de la cama ni sobre la cama y que no sentía ningún tipo de sensación táctil pareciéndome como si flotara ingrávido en mitad de la habitación... Y en realidad, así era.

Tras ponerme vertical (no puedo hablar en propiedad de levantarme) intenté encender la luz tanto de la mesilla primero como posteriormente de la habitación. Todo fue en vano, puesto que mis dedos se negaban a apretar el pulsador; sencillamente, lo atravesaban. Desconcertado intenté abrir la puerta con idéntico resultado, puesto que mi mano se cerró en vano sobre el picaporte. ¿Qué estaba ocurriéndome? Aunque entonces no lo comprendí, me acababa de convertir en un fantasma.

Como es fácil suponer mi desconcierto superó con creces a la sorpresa. Puesto que había sido incapaz de encender la luz permanecí a oscuras haciendo todo tipo de elucubraciones mentales mientras las horas se desgranaban lentamente una tras otra en aquella interminable noche. La vuelta a la realidad se produjo finalmente cuando vi que se abría la puerta y entraba un celador trayéndome la ración matutina de pastillas. Éste no me vio -de hecho me atravesó sin que yo pudiera apreciar el menor contacto físico- y, tras comprobar que nadie dormía en la deshecha cama y que el cuarto de baño estaba asimismo vacío, abandonó precipitadamente la habitación gritando que me había escapado.

¿Cómo podría haberlo hecho, si la habitación -más bien una celda- carecía de ventanas y la puerta estaba cerrada por fuera? Bien, el caso era que yo no pintaba nada allí, por lo que en un arranque de lucidez pensé que si nadie me veía y no podía tocar nada de lo que me rodeaba, quizá pudiera atravesar la puerta. Lo intenté, sin demasiada convicción, y me encontré de repente en mitad del iluminado y ajetreado pasillo.

No voy a relatarles, puesto que sería demasiado largo, lo que me aconteció en mis primeros días de fantasma; baste decir que en el hospital, y de rebote en la policía, se organizó un considerable revuelo a raíz de mi -para ellos- inexplicable desaparición; pero puesto que yo no aparecí por ningún lado y en el fondo todos estaban deseando deshacerse de mí, al cabo de cierto tiempo mi expediente fue archivado pasando a engrosar el cajón de sastre de los casos sin resolver. Quizá al cabo de cierto tiempo algún pirado husmearía en los polvorientos archivos del hospital descubriendo mi caso y dándolo a conocer en algún libro de parapsicología o de las mal llamadas ciencias ocultas; pero lo cierto era que eso a mí ya no me importaba lo más mínimo.

Bien, lo cierto es que acabé acostumbrándome a mi nuevo estado (¡qué remedio me quedaba!) y, puesto que mis necesidades corporales eran nulas, me dediqué a hacer lo que

hacen todos los fantasmas, vagar sin rumbo de un lado a otro buscando la forma de matar un tiempo que para nosotros es de veinticuatro horas al día durante trescientos sesenta y cinco días al año... Y eso siglo tras siglo.

Una vez que uno se acostumbra a ella, la vida de un fantasma no es tan mala como pudiera creerse de dar crédito a las equívocas especulaciones literarios que con mejor o peor fortuna, pero siempre sin conocimiento de causa, han familiarizado a los vivos con nuestra problemática. Al fin y al cabo estamos completamente libres de todas las ataduras y de todos los problemas que nos hubieran podido martirizar durante nuestra vida mortal, lo cual ciertamente no es moco de pavo. Claro está que hay cosas que nos están vedadas como son todos los placeres digamos materiales, pero al menos en lo que a mí respecta fueron más los beneficios que las pérdidas.

Así pues, me dediqué a investigar por mi cuenta la naturaleza de mi nuevo estado. En contra de lo que pudieran creer algunos la condición de fantasma no es ni mucho menos normal en un difunto, sino antes bien algo sumamente excepcional. Por extraño que pueda parecer, nosotros tampoco sabemos lo que ocurre cuando una persona fallece siguiendo la vía habitual, ya que al no convertirse en un fantasma desaparece por completo de nuestro mundo. ¿Existe una vida después de la muerte que no sea la nuestra? Lo ignoramos por completo, y únicamente sabemos que sólo una persona de cada muchos millones acaba siendo uno de nosotros. Más todavía les sorprenderá saber que, en contra de lo que se cree, nosotros tampoco somos inmortales. Podemos mantenernos en este estado durante mucho tiempo, siglos enteros, o bien permanecer así tan sólo unos pocos meses; lo cierto es que tarde o temprano acabamos desapareciendo sin que sepamos ni cómo ni cuando y sin que conozcamos a dónde podemos ir.

La razón para ello es fácil de entender. En realidad los fantasmas no deberíamos existir, pero de vez en cuando (al menos eso sospechamos, puesto que nada cierto se sabe al respecto) la conexión entre el final de la vida mortal y el inicio de la otra, si es que ésta existe, resulta ser imperfecta creándose una especie de situación provisional que puede mantenerse así durante cierto tiempo a pesar de su inestabilidad. Eso somos nosotros, una especie de interfase entre dos mundos que nunca llegan a entrecruzarse pero que a veces se separan un tanto.

Lo que hay que dejar bien claro, es que todas esas memeces de que los fantasmas somos almas en pena castigadas por vete a saber que pecado son total y absolutamente falsas, como lo es también la creencia de que un fantasma puede ser redimido una vez cumplidos ciertos ritos. Nada hay de cierto en todo ello, ya que tanto nuestra aparición como nuestra desaparición final parecen depender únicamente de circunstancias fortuitas.

Sin embargo, y aclarado esto, me quedaba todavía una incógnita por explicar. Si bien la condición de fantasma es, aunque inhabitual, relativamente corriente, lo que a mí me

ocurrió inicialmente se trató, hasta donde he podido indagar, de un caso completamente excepcional y único. Me estoy refiriendo, claro está, al período de tiempo transcurrido entre cuando leí mi esquila y el momento de mi desaparición en la habitación del hospital. Entonces yo todavía era material y podía relacionarme con los mortales, y de hecho entonces me creía vivo. Sin embargo nadie fue capaz de reconocermme, ni siquiera mi propia esposa, y ahora me consta que en realidad yo morí en ese accidente de coche que no recordaba.

Una de las características fundamentales de un fantasma es su inmaterialidad, lo que le hace completamente invisible para los ojos de unos mortales en cuyo mundo, sin embargo, habita. Así lo soy yo ahora, pero lo sorprendente del caso es que durante un tiempo fui una especie de fantasma material con todos los atributos de una persona normal excepto el caso chocante de mi personalidad. Yo comía, bebía y sentía cansancio, y la policía fue perfectamente capaz de tomar mis huellas dactilares y de hacerme fotografías, aunque curiosamente resulté ser un perfecto desconocido para todos. ¿Qué es lo que me ocurrió? No tengo la menor idea, aunque sospecho que debió de tratarse de un tránsito todavía más complejo que el habitual durante el cual adopté de forma involuntaria una nueva y hasta ahora completamente desconocida fase temporal de no-vivo antes de pasar a la condición habitual de fantasma.

Por tal motivo, y porque pienso que mi experiencia fue tan excepcional que sería muy lamentable que se perdiera conmigo, he decidido darla a conocer no al mundo de los fantasmas (somos unos seres bastante huraños y apenas nos relacionamos entre nosotros) sino al de los vivos. Evidentemente me encontré con serios inconvenientes a la hora de hacerlo, ya que ni puedo escribir de ninguna forma, ni puedo aparecerme así por las buenas a alguien pidiéndole por favor que transcriba lo que yo le cuente; pero aunque nuestras posibilidades de comunicación con los mortales son prácticamente nulas (lo de invocar a los muertos en una sesión de espiritismo es una completa estupidez), logré encontrar la manera de hacerlo.

La única forma real que tenemos de transmitir un mensaje a una persona viva, folklores aparte, es induciéndole en su mente alguna idea que ella siempre creerá que es suya, ya que lo que nos resulta completamente imposible es mantener algo ni tan siquiera remotamente parecido a una conversación. No se trata, sin embargo, de nada fácil, ya que el mecanismo de inducción es sumamente imperfecto y lo más habitual es que tan sólo consigamos transmitir algún pensamiento desarticulado o, como mucho, alguna sensación primaria. Sí, con un entrenamiento apropiado y eligiendo a una persona lo suficientemente sensible, ya que no todas nos sirven, podemos hacer que alguien se sienta repentinamente aterrado, o eufórico, sin que ni él ni nadie sepa por qué; pero de ahí a transmitir un mensaje coherente y conseguir que nuestro paciente lo recuerde, va un verdadero abismo.

Bien, yo lo intenté, y tuve la gran suerte de encontrar a una persona extremadamente receptiva. Se trataba de un escritor de relatos fantásticos que acostumbraba a utilizar argumentos tan extraños e insólitos como el mío; solo que mi historia es completamente real por más que él no lo llegue a sospechar siquiera. Pensará, sin duda, que su inspiración le ha brindado una idea más de esas que lleva años desgranando en sus relatos, y mejor que lo crea así. Al menos en lo que a mí respecta, no voy a sentir el menor recelo en comprobar que se atribuye un mérito que en realidad no le pertenece.

EL ÚLTIMO NOÉ

Si he de ser sincero, tengo que confesar que ignoro la razón por la que estoy escribiendo esto, ya que es más que probable -de hecho, es prácticamente seguro- que nadie pueda nunca leerlo; pero la convicción de ser a estas alturas, aunque probablemente por muy poco tiempo, el único ser humano todavía vivo en toda la faz del planeta, me mueve a relatar la tragedia experimentada no sólo por la humanidad, sino también por todos aquellos seres vivos -tanto animales como plantas- que no tenían por hogar el océano.

Todo empezó hace tres meses, ¡tan sólo tres meses!, en una pequeña población costera del Cantábrico, donde me encontraba realizando una cura de descanso. Aunque nunca me había gustado bañarme en el mar, sí me placía pasearme por la playa todavía desierta gozando del espectáculo de las olas rompiendo contra la arena, lo cual suponía para mí una importante terapia que me hacía olvidar, siquiera por unos instantes, los inquietantes problemas de mi actividad cotidiana.

Uno de mis juegos favoritos consistía en caminar por la arena acercándome lo máximo posible a la zona que lamían las olas sin dejar que éstas me mojaran los pies, lo cual suponía calcular no sólo la fuerza de las olas cuando aún no habían roto contra la orilla, sino también la evolución de la marea que de forma cotidiana hacía descender y elevarse periódicamente el nivel de las aguas. Era éste un juego completamente inofensivo, casi diríase que infantil; pero para alguien que había sufrido pocas semanas atrás una grave crisis producida por un exceso de trabajo, resultaba un verdadero bálsamo trocar por estas inocentes actividades el anterior bombardeo de balances empresariales, fluctuaciones cambiarias y pérdidas de cuota de mercado que habían llevado a mi corazón al borde mismo del colapso.

Mi actividad empresarial, próspera y modélica a decir de los que la veían desde fuera, me había costado ya bastante caro, y a mi matrimonio roto, mi estómago perforado por úlceras pertinaces y mi vida privada prácticamente inexistente desde hacía años, se había sumado además la amenaza ominosa del infarto. Así pues ahí estaba yo, olvidando por vez primera en veinte años largos todos mis negocios, jugando a evitar que las mansas olas me alcanzaran los pies... Y entonces era feliz.

Sin embargo, aquella mañana de septiembre las cosas habrían de cambiar de forma tan drástica como inesperada. Como todos los días desde hacía dos semanas, abandoné mi residencia, por cierto con el teléfono y la televisión desconectados por prescripción médica, encaminándome hacia la playa, una pequeña ensenada ajena al bullicio de las grandes poblaciones turísticas. Conforme a la hora que era en esos momentos la marea debería estar en su nivel más bajo, por lo que me llamó la atención descubrir que las olas lamían mansamente el borde superior de la arena.

A pesar de ser hombre de tierra adentro, mis días de estancia allí me habían acostumbrado al ritmo regular de los ciclos marinos, razón por la cual me sorprendió aquella aparente alteración del imperturbable ciclo de las mareas. Cierto era que el nivel del mar podía variar bastante entre una marea viva y una marea muerta, pero la bajamar nunca debería confundirse con una pleamar. Tampoco ignoraba que el mar podía llegar a hincharse desmesuradamente en el caso de que se desatara una violenta tempestad; pero ni el cielo estaba maculado por la más ligera sombra de una nube, ni la tersa superficie del agua mostraba más alteraciones que el suave ondular de las mansas olas. Las gaviotas, con sus agudos chillidos y sus tranquilos vuelos, contribuían aún más a dar una impresión de normalidad que hubiera sido completa de no ser por el elevado nivel que alcanzaban las aguas.

El fenómeno me intrigó pero, ignorante como era de las artes marineras, no pasó de incitar en mí un interés que no iba más allá de la simple curiosidad. Puesto que las olas se habían comido ya prácticamente toda la playa, llegando incluso más allá del nivel habitual de la pleamar, opté por caminar por el paseo marítimo en lugar de hacerlo, tal como era mi costumbre, por la ahora casi inexistente playa.

Una hora después la pleamar no sólo no había terminado sino que el agua, tras cubrir completamente la playa, rompía ahora contra el muro inferior del propio paseo, sobrepasando el nivel de los últimos escalones. Esto ya sí que no era en absoluto normal, por lo que tras ser salpicado por una ola más fuerte que sus compañeras, decidí retirarme prudentemente a un lugar más resguardado. Sin embargo, mi curiosidad se había acrecentado con la acentuación del extraño fenómeno, por lo que presa de una repentina idea me dirigí al cercano puerto pesquero con la idea de observar las reacciones de los hombres de la mar.

En el puerto reinaba un ajetreo febril que nada tenía que ver con la tranquila actividad cotidiana. Los pescadores gesticulaban animadamente en corrillos, había quien corría de un lado para otro sin saber aparentemente qué hacer, y no faltaban tampoco los curiosos como yo que se asomaban a los muelles, observando cómo el nivel del agua llegaba ya prácticamente al borde de los mismos al tiempo que los pequeños pesqueros amarrados a los bolardos se balanceaban de forma inestable.

Un fuerte ruido producido a mis espaldas me hizo volver rápidamente la cabeza hacia el otro lado del puerto, descubriendo el origen del mismo: un barco de pequeño tamaño, retenido por una amarra demasiado corta, acababa de chocar contra el borde del muelle escorándose peligrosamente sobre éste. Rápidamente todos los pescadores presentes allí rompieron a correr, los unos para auxiliar al barco accidentado y el resto para largar las amarras de las otras embarcaciones, en previsión de que pudiera ocurrirles lo mismo.

Cuando algunos minutos después abandoné el puerto el agua comenzaba a correr mansamente por los muelles, mientras los barcos se agrupaban en el centro del puerto ante la imposibilidad de seguir amarrados sin riesgo de sufrir accidentes. Aunque para ir a mi residencia no tenía necesidad de cruzar por el paseo marítimo, la curiosidad me empujó hacia allí, observando que también éste comenzaba también a ser invadido por las olas.

Varias horas más tarde la situación comenzó a ser preocupante, con el puerto y la playa completamente inundados y las casas más cercanas a ellos a punto de ser evacuadas; y sin embargo, el mar no podía estar más tranquilo. No se trataba de nada parecido a un temporal; simplemente, éste se estaba desbordando de una forma lenta pero continua.

¿Cómo era posible eso? Nos preguntábamos todos, desde el más avezado marinero hasta el más inexperto veraneante. Los barcos, obligados finalmente a abandonar el anegado puerto, se mantenían ahora al paio en mar abierto, mientras la línea de la costa retrocedía cada vez más.

Aunque mi residencia no corría por el momento el menor peligro al estar relativamente alejada de la playa, adopté la decisión de poner -nunca mejor dicho- tierra por medio hasta que la situación se normalizara. Recogí, pues, mis escasas pertenencias -un simple bolso de regular tamaño- y, dirigiéndome a una cabina de teléfonos, llamé a un taxi.

En el trayecto hasta la ciudad, situada en el interior -apenas veinte kilómetros pero un razonable puñado de metros cuesta arriba-, tuve ocasión de quedar sobradamente informado merced tanto a la radio del taxi, como a la cargante conversación -en la práctica un monólogo- de su locuaz conductor. Al parecer el desbordamiento del mar no era un hecho aislado sino que tenía lugar al menos en todo ese tramo de costa, aunque noticias todavía sin confirmar informaban sobre fenómenos similares ocurridos en otros puntos distintos del litoral español, no sólo en el Cantábrico y el Atlántico, sino también en costas habitualmente tan plácidas como las del Mediterráneo. Algunos confusos avances informativos apuntaban incluso la posibilidad de que el desbordamiento estuviera sucediendo de forma simultánea en puntos tan alejados como el mar del Norte, la costa atlántica de los Estados Unidos o el litoral japonés. No se trataba, pues, de un incidente local sino que éste se extendía, probablemente, por buena parte de los mares y océanos del planeta.

-¿Y usted qué piensa de lo que está pasando? -me preguntó el taxista, vencido al parecer por su propia verborrea, al verme apariencia de estar presuntamente informado.

-No lo sé. -respondí con total sinceridad- Yo soy de tierra adentro y estoy aquí de vacaciones. No conozco el mar como lo pueda conocer usted.

-No vaya a pensar que esto es normal; -abundó en la evidencia, halagado evidentemente por mi involuntario cumplido- hace unos años el mar desbordó también el

paseo marítimo e incluso llegó a destrozarlo en algunos lugares, pero fue a causa de un temporal muy fuerte y sólo afectó a esta parte de la costa. Sin embargo, ahora el mar no puede estar más tranquilo, y además parece ser que está ocurriendo también en otros países... no; -concluyó, enfatizando con la cabeza- esto es algo que no había ocurrido nunca, se lo dice uno que proviene de familia de pescadores.

-Bueno, no creo que llegue a mayores. -rezongué sin demasiado convencimiento, deseoso de acabar con la conversación- Como mucho, supongo que algunas calles se inundarán antes de que el mar decida volver a su madre.

-Espero que sea así; -el dichoso taxista no se rendía tan fácilmente- mi casa está un tanto alejada del mar, pero no demasiado. Por cierto, ¿se marcha usted por culpa de la marea?

-No. -mentí- Soy empresario, y ya se sabe que nosotros no tenemos vacaciones. Me han llamado con un problema y no tengo más remedio que ir a solucionarlo personalmente.

-Lo siento. -masculó haciéndose el importante- Yo también sé algo de eso; más de una vez me he tenido que levantar de madrugada para llevar a alguien al hospital o para hacer un viaje urgente.

Un boletín informativo de urgencia interrumpió por fortuna al cargante taxista, aunque para mi desesperación tan sólo sirvió para proporcionarle todavía más munición. La escueta noticia decía que el nivel del mar se estaba elevando, lenta pero gradualmente, en la totalidad de las costas del planeta, pero lo peor de todo fue cuando el locutor cedió el micrófono a un presunto experto salido de Dios sabía donde, preguntándole acerca de las posibles razones que pudieran haber causado tan extraño fenómeno.

El *experto*, atiborrado de datos científicos a duras penas digeridos, comenzó a divagar sobre temas tan dispares como el agujero de la capa de ozono, el efecto invernadero o los cambios climáticos, sin faltarle tampoco alusiones a las caídas de meteoritos y cometas, la extinción de los dinosaurios o la radiactividad milenaria de los residuos nucleares.

Puesto que al parecer no había manera de conseguir que el *experto* hablara en cristiano, el locutor le interrumpió finalmente cuando comenzaba a describir las posibles consecuencias para la vida del efecto invernadero en la atmósfera de Titán, rogándole muy educadamente que expusiera de la manera lo más clara posible las causas que a su parecer estaban provocando el desbordamiento global de todos los mares.

-A estos científicos no hay quien los entienda. -refunfuñó el taxista apagando la radio- ¿Qué piensa usted de lo que han dicho acerca de que los polos pueden estar derritiéndose?

Cogido a traición, tuve no obstante la discreción suficiente como para no molestarme en rebatir el calificativo de *científico* que tan gratuitamente le había otorgado el ingenuo

taxista al charlatán radiofónico. No obstante, algo tenía que decir aunque me reservara para mí la opinión que me había merecido el presunto *experto*.

-No puede ser cierto. -aseguré con un aplomo que sorprendió a mi interlocutor.

-¿Por qué dice usted eso? -preguntó éste con gran respeto imaginándome como poco menos que un premio nobel de incógnito.

-Primero, porque es completamente imposible que el hielo de los polos pueda fundirse de golpe. Segundo, porque si así fuera tendría que elevarse tanto la temperatura en todo el planeta que a estas alturas ya estaríamos todos nosotros cocidos. Y tercero, -zanjé sin dejarle el menor respiro- porque si a pesar de todo los polos se hubieran fundido de golpe, el agua del mar no subiría de nivel tan lentamente como lo está haciendo, sino que habría olas de centenares de metros de altura que destrozarían todo cuanto se interpusiera en su camino, nosotros incluidos. Además, probablemente irían acompañadas de unas tempestades y unos vendavales infinitamente más potentes que los peores que haya habido nunca; y ya ve usted que no es éste el caso. -concluí señalándole con la mano el terso cielo azul.

-No digo que no sea como usted dice, pero alguna causa tiene que haber para que ocurra así. -porfió con tozudez- ¿Qué sé yo? A lo mejor resulta que los americanos han hecho estallar una bomba atómica en el polo norte, o que el agujero de ozono se ha hecho de repente mucho más grande en el polo sur... ¡Pero qué haces, imbécil! -exclamó de pronto al tiempo que esquivaba de un volantazo a un coche que no había respetado el *ceda el paso* de un cruce.

-Mire, yo creo que lo mejor que podemos hacer es no prestar atención a ninguna de las tonterías que puedan decir los periodistas y aguardar a que los científicos de verdad investiguen lo que está ocurriendo. -estaba tan deseoso de acabar con la conversación que estuve hasta amable con él, a pesar de mi creciente irritación- Mientras tanto, yo no me preocuparía demasiado por ello y me limitaría a no acercarme demasiado al mar.

-Si usted lo dice... -murmuró, no demasiado convencido pero al parecer rendido ante mi evidente superioridad dialéctica- en realidad, con que el agua no llegue hasta mi casa me doy por satisfecho.

Por fortuna el viaje llegaba a su fin, por lo que el taxista comenzó a callejear por la ciudad dejándome en paz siquiera por un momento. Poco después me apeaba frente a un hotel -el primero que apareció con las suficientes estrellas para ser de mi agrado- y, tras reservar una habitación, procedí a llamar por teléfono al gerente de mi empresa, que era quien se había hecho cargo de la gestión de la misma mientras yo descansaba plácidamente en la playa.

-Alberto, ¿eres tú? -fue su saludo una vez me hube identificado- Oye, ¿cómo están las cosas por allí? Según la televisión se está armando un buen revuelo.

Le dije que había abandonado el pueblo y me encontraba en la ciudad, confesándole que no sabía qué hacer. Él me respondió que, según acababan de decir en la televisión, el problema era bastante más grave de lo que se había creído en un principio; varias ciudades importantes emplazadas en el litoral, o al menos sus barrios más cercanos a la costa, estaban comenzando a ser evacuadas, ya que el nivel del mar continuaba subiendo. Nadie sabía a qué se podía deber tan extraño fenómeno, pero se había confirmado que estaba teniendo lugar en todo el planeta de forma simultánea, lo cual estaba empezando a crear serios trastornos en algunos lugares situados prácticamente a nivel del mar.

-Yo que tú aprovecharía para volver a casa lo antes posible, no sea que se colapsen los medios de transporte. -me recomendó finalmente- La gente está empezando a ponerse nerviosa, y si se evacua a toda la población que vive en la costa, quizá tu estancia allí pudiera llegar a hacerse bastante incómoda.

Acepté su consejo y, tras abonar el importe de la habitación al sorprendido recepcionista -apenas había permanecido allí un cuarto de hora-, busqué un taxi y le pedí que me condujera al aeropuerto.

El taxista, a diferencia de su colega, se mostró bastante taciturno. Según me dijo tenía familia en la costa y estaba preocupado por ella, pero más sensato que el anterior no dejaba de repetir una y otra vez que la crecida del mar tendría que detenerse tarde o temprano.

-Piénselo usted. -decía- ¿De dónde está saliendo toda ese agua? De los polos no, puesto que acaban de decir en la radio que el hielo no se ha fundido en ninguno de los dos. Así pues, si el hielo continúa estando en su sitio eso quiere decir que sigue habiendo exactamente la misma cantidad de agua en los mares, y es evidente que ésta no puede ocupar más volumen del que ya ocupaba.

En efecto, rebatiendo todas las tonterías que se habían estado diciendo durante los primeros momentos de confusión, todos los medios de comunicación habían estado insistiendo en demostrar, con fotografías aéreas y de satélite incluidas, que los dos casquetes polares no habían experimentado, al menos aparentemente, la menor alteración en su estado. El razonamiento del taxista no podía ser, pues, más correcto... pero desafiando a toda posible lógica, las noticias llegadas de todas partes indicaban que, pese a todo, el mar continuaba ganando terreno.

Al contrario de lo que ocurriera en la ciudad, donde las calles comenzaban a mostrar signos patentes de congestión, en el aeropuerto la tranquilidad era absoluta. Tuve la suerte de encontrar plazas libres en un avión que estaba próximo a partir con destino a un aeropuerto cercano a mi ciudad de residencia, por lo que sin dudarle un instante compré el

billete confiando en que los casi seiscientos metros sobre el nivel del mar de la sólida meseta castellana supusieran un margen de seguridad más que suficiente para ponerme a salvo de los caprichos marinos.

Dos horas más tarde me encontraba ya en casa sentado frente al televisor, con la sana intención de devorar las noticias. Todas las cadenas habían sustituido su programación habitual por boletines informativos especiales, y todas ellas repetían hasta la saciedad las mismas o parecidas imágenes de inundaciones que tenían lugar, aparentemente, por todo el globo terráqueo.

Recuerdo que en una ocasión leí por algún sitio que una gran parte de la población humana habitaba a escasos metros sobre el nivel del mar, por lo que bastaría con una moderada subida del nivel medio del mismo para que vastas zonas de los cinco continentes, así como buena parte de las ciudades asentadas sobre ellas, desaparecieran sumergidas bajo las aguas en un remedo de la mítica Atlántida. Ignoraba si tal afirmación era cierta, pero lo que resultaba evidente era que ya estaban empezando a surgir serios problemas en muchos puntos del mundo.

Al día siguiente la gran inundación seguía siendo noticia de primera plana, ya que el nivel del mar se encontraba más de diez metros por encima del correspondiente a la pleamar y continuaba subiendo. A la confusión había sucedido el pánico con cientos de ciudades evacuadas y la actividad de muchos países seriamente alterada. En el Tercer Mundo la situación era todavía más dramática contándose los muertos por millares, y países enteros como Bangla Desh habían desaparecido prácticamente del mapa. Numerosas islas del Pacífico ya no existían, y sus habitantes vagaban sin rumbo en sus frágiles canoas sin saber a donde ir.

En lo que a España respecta, aunque su situación era relativamente mejor que la de la mayor parte de Europa -ser un país montañoso era en esta ocasión una notable ventaja-, no por ello dejaba de ser problemática al estar inundados numerosos puertos del litoral, mientras ciudades tan importantes como Barcelona, Valencia, Bilbao, Gijón o La Coruña se encontraban parcialmente sepultadas bajo las aguas, con sus habitantes evacuados al interior. Terrenos bajos como los valles del Guadalquivir y del Ebro estaban comenzando a convertirse en unos enormes golfos, e incluso la propia ciudad de Sevilla, situada tan sólo a treinta metros sobre el antiguo nivel del mar, veía acercarse amenazadoramente a las aguas. Doñana, el delta del Ebro o el Mar Menor ya no existían. Y mientras tanto, el mar seguía subiendo.

Los científicos, por su parte, estaban completamente desconcertados. Los casquetes polares, se había comprobado una y otra vez, no se habían fundido ni total ni parcialmente. No se habían detectado cambios significativos de temperatura en ningún lugar del globo. No había terremotos ni huracanes, antes bien la atmósfera parecía estar más tranquila que

nunca. Las corrientes marinas no habían alterado sus recorridos; pero a pesar de todo, el mar continuaba subiendo.

¿De dónde, pues, procedía ese agua? Era la pregunta que se hacía todo el mundo.

Al segundo día, cuando ya la antigua costa se encontraba sepultada bajo casi veinticinco metros de agua, alguien encontró la respuesta. Si el agua desbordada, aducía, no provenía ni de los polos ni de ninguna otra fuente, si el volumen ocupado por el agua de los océanos seguía siendo el mismo, tan sólo cabía una posibilidad: que los fondos marinos estuvieran elevándose poco a poco haciendo los mares menos profundos.

Recibida al principio con un profundo escepticismo, la insólita propuesta acabó teniendo finalmente un relativo eco en la comunidad científica. Al fin y al cabo, decían sus defensores, no era más disparatada que el hecho de que el nivel del mar hubiera subido más de treinta metros en apenas cuatro días. Lamentablemente, la comprobación de esta hipótesis no resultaba nada fácil en tan dramáticas circunstancias, dado que la mayor parte de los países se encontraban completamente colapsados a causa de la desaparición de una parte significativa de su infraestructura. Por si fuera poco, en las regiones que por el momento se hallaban a salvo de las aguas comenzaban a surgir serios problemas provocados por fallos continuos en todos los servicios básicos -electricidad, combustibles, teléfonos...-, al tiempo que el continuo flujo de evacuados contribuía a complicar las cosas todavía más.

Otro factor a tener también en cuenta era que, aunque prácticamente ningún barco había naufragado a causa de la lentitud con la que había tenido lugar la inundación, éstos se encontraban sin puertos en los que atracar, por lo que en su inmensa mayoría habían sido abandonados por sus tripulantes, habiendo encallado muchos de ellos en los bajíos de las nuevas costas.

Por si fuera poco ningún gobierno, agobiados como estaban todos ellos por la magnitud de la catástrofe, consideró conveniente acceder a lo que consideraban unánimemente como una frivolidad carente del menor sentido práctico. Sin embargo, ante el irrefutable argumento de que difícilmente se podría atajar un problema sin conocer previamente sus causas, finalmente se pudieron realizar sondeos en diferentes puntos del lecho marino.

Las condiciones en las que se realizó el estudio no pudieron ser más penosas, pero finalmente se pudo rescatar algún barco oceanográfico que marchaba a la deriva, al tiempo que se recurría también a la ayuda de los satélites artificiales. Las conclusiones, aunque parciales, no pudieron ser más concluyentes. Tal como se había sospechado, el lecho del mar se estaba elevando de forma similar a como lo hacía la superficie del mismo.

Descubierto el motivo, todavía quedaban por explicar las razones que lo causaban, única manera de conocer finalmente si la elevación de las aguas se iba finalmente a detener o si, por el contrario, iba a continuar de forma indefinida. Como cabe suponer, los geólogos pusieron el grito en el cielo ante tan heterodoxas conclusiones, afirmando que la tectónica de placas descartaba por completo que pudiera tener lugar una elevación global del lecho marino. Quizá pudiera ocurrir en algunos puntos de tensión entre las distintas placas, pero estos fenómenos, a la par que puntuales, originarían necesariamente tanto terremotos como quizá también erupciones volcánicas... Y nada de eso estaba teniendo lugar.

Los principales gobiernos occidentales -los del resto de los países en muchos casos ya ni siquiera existían-, mucho más pragmáticos que los obnubilados científicos, decidieron entonces establecer una red de seguimiento del lecho marino; de esta manera, al menos podrían prever con cierta antelación, ya que no evitar, el desarrollo de los acontecimientos.

Mientras tanto, la situación de los supervivientes se tornaba cada vez más crítica. Debido a la desaparición de buena parte de la red mundial de comunicaciones, las noticias procedentes de otros países eran cada vez más fragmentarias y en muchos casos, especialmente las procedentes de los países del Tercer Mundo, inexistentes. Se sabía, no obstante, que en muchos lugares reinaba la anarquía, y que las luchas entre los habitantes de las regiones todavía no inundadas y los refugiados procedentes de los lugares sumergidos bajo las aguas, se habían cobrado ya millares de víctimas.

Los países desarrollados, aunque estaban capeando bastante mejor el temporal, se enfrentaban asimismo a graves problemas. Una importante porción del continente europeo había sido ya engullida por las aguas o estaba en riesgo inminente de serlo, y con las tierras bajas cercanas a las antiguas costas habían desaparecido ciudades enteras con sus industrias, sus centrales eléctricas, sus hospitales... Por si fuera poco, el suministro de materias primas vitales para mantener en pie los servicios básicos se había interrumpido prácticamente por completo. El petróleo había dejado de llegar a los países europeos y, aunque hubiera sido posible fletar algún petrolero, éste no hubiera tenido puerto alguno en el que atracar ni refinería en la que descargar el preciado combustible. Vastas regiones todavía a salvo de las aguas se encontraban sin suministro de electricidad, y en ocasiones habían quedado completamente aisladas al convertirse en islas a causa del anegamiento de los terrenos circundantes. Millones de evacuados se apiñaban en territorios cada vez más reducidos, y hasta los alimentos y las medicinas comenzaban a escasear en numerosos lugares.

El gobierno español, por su parte, había decretado la evacuación de todos los habitantes del país a la meseta central dando también refugio a la totalidad de la población portuguesa, mientras las islas Baleares y las Canarias quedaban abandonadas a su suerte aunque su relativamente alta elevación sobre el nivel del mar garantizaba al menos que sus

poblaciones no perecieran ahogadas. Ceuta y Melilla, por último, habían desaparecido al igual que el resto de las ciudades costeras, siendo evacuados sus habitantes a la península.

La situación de los otros estados europeos era dispar. Franceses e italianos se defendían relativamente bien en las regiones centrales y los macizos montañosos de sus respectivos países, pero alemanes o británicos se encontraban en situaciones mucho más comprometidas mientras Bélgica, Holanda y Dinamarca hacía días que ya no existían.

Y el nivel del mar continuaba ascendiendo de forma continua. Ya nadie se atrevía a aventurar una hipotética contención de las aguas, y por otro lado los distintos gobiernos apenas si se bastaban para atender a las necesidades más acuciantes de sus cada vez más desesperados ciudadanos.

Fue entonces cuando adopté la decisión que me ha convertido en el último superviviente. Tenía que huir con rapidez antes de que las comunicaciones colapsaran de forma definitiva, por lo que no perdí un solo segundo. La elevada altitud media de la meseta central española proporcionaba un margen de seguridad razonable, pero de continuar el ascenso de las aguas quedaría finalmente aislada del resto de Europa. El propio continente no contaba con unas perspectivas demasiado halagüeñas, ya que al terreno perdido pronto se sumaría la mayor parte del restante, a excepción del macizo alpino y alguna otra cordillera menor que no podrían garantizar una subsistencia satisfactoria cuando finalmente quedaran convertidos en islas.

Puesto que en África no se podía ni pensar, las opciones válidas quedaban reducidas al escaso número de lugares que reunieran simultáneamente los requisitos de estar suficientemente elevados para quedar a salvo de las aguas, tener una extensión que permitiera el mantenimiento de una agricultura y una ganadería capaces de alimentar a su población, y no correr el riesgo de sufrir una superpoblación que provocara todo tipo de conflictos... y evidentemente, que fuera accesible para los cada vez más mermados medios de comunicación.

En la práctica mis posibles refugios se reducían a dos, el altiplano andino o las altas mesetas del Asia Central. Por razones evidentes yo prefería Sudamérica, pero si ya era extremadamente difícil moverse por Europa, un viaje trasatlántico se presentaba como algo virtualmente imposible. Además la huida debería ser necesariamente por vía aérea, ya que tanto las carreteras como las líneas férreas estaban cortadas en numerosos lugares. Esto suponía un importante problema, porque los aeropuertos estaban controlados por fuertes contingentes militares y los responsables de los mismos reservaban el cada vez más escaso combustible para vuelos fletados por los diferentes gobiernos, habiendo desaparecido toda posibilidad de conseguir un pasaje para cualquier tipo de viaje particular.

Era necesario, pues, obrar con astucia. Dinero para posibles sobornos ciertamente no me faltaba, pero éste era ahora simple papel mojado. ¿Quién iba a aceptar unos billetes que no servían prácticamente para nada?

Sin embargo, los aceptaron; la usura que me aplicaron fue astronómica, pero eso ya no me importaba. En esos días de confusión habían florecido toda suerte de mafias, por lo que en realidad no me resultó bastante difícil -aunque me costó un buen pellizco de mi patrimonio- conseguir plaza en un vuelo con destino a Ankara.

Camuflado como miembro de la Cruz Roja, embarqué en un avión que transportaba a Turquía medicinas y enseres de primera necesidad para ser trocados allí por alimentos. La alta meseta que constituía la mayor parte de la península de Anatolia estaba por el momento a salvo y sus infraestructuras en buena parte se mantenían todavía en pie, pero el gobierno turco necesitaba desesperadamente productos manufacturados, ya que las regiones más industrializadas del país, concretamente la porción europea y el litoral egeo, habían desaparecido engullidas por las aguas. Sin embargo, los turcos poseían excedentes de alimentos que, por el contrario, escaseaban dramáticamente en Europa.

El sobrevuelo de buena parte del continente europeo sirvió para mostrarnos la magnitud de la catástrofe. La península ibérica, o mejor dicho, lo que quedaba de ella, se había convertido en una isla al confluír en el sur de Francia las aguas del Atlántico y el Mediterráneo. Los Pirineos, bañados por las aguas en ambas vertientes, dado que el valle del Ebro era ahora un profundo golfo, se habían convertido en una isla larga y estrecha prácticamente desgajada de las tierras altas de Castilla la Vieja. Más allá, el mar se extendía sin interrupción por lo que fuera la Provenza, y sólo el poderoso macizo de los Alpes sobresalía del ensoberbecido Mediterráneo sirviendo de precario refugio a millones de franceses e italianos. El valle del Po era otro golfo que separaba a los Alpes de los ahora insulares Apeninos, y el mar Adriático se enseñoreaba orgulloso de las tierras que constituyeran sus dos antiguas orillas.

Los Balcanes eran otra de las porciones de tierra que todavía existían en tan dantesca geografía, pero el valle del Danubio y las otrora vastas llanuras de Europa Central eran tan sólo un recuerdo. De Grecia todavía quedaban retazos dispersos, pero el antiguo estrecho del Bósforo asiento de la milenaria Estambul era ahora un amplio brazo de mar que servía de encuentro entre los enormes mares Egeo y Negro. Por el contrario, nuestro destino de Anatolia presentaba relativamente pocos cambios en su nueva línea costera.

Gracias a mis conversaciones con los tripulantes del avión, pude hacerme una cabal idea de la situación en la que nos encontrábamos en esos momentos. El mar había alcanzado una altura de más de doscientos metros sobre su antiguo nivel, y aunque nadie se molestaba ya en estudiar la elevación de los fondos marinos, se suponía que debía de seguir ocurriendo, puesto que las aguas continuaban ascendiendo a un ritmo constante. El

fenómeno desconocido que estaba alterando el fondo de los océanos parecía tener lugar tan sólo en las grandes profundidades oceánicas y no en las plataformas continentales o en las aguas someras, aunque todo parecía indicar que, fuese por lo que fuese, estaba sucediendo en todos los mares del mundo, sin que se pudiera apreciar el menor indicio de que las aguas fueran a detenerse alguna vez.

Una vez llegado el avión a Ankara, no me resultó difícil escabullirme. Sin embargo, mi situación allí se presentaba francamente complicada. Amén de tener que mantener a su numerosa población, el gobierno turco se veía obligado a luchar en varios frentes, tanto contra sus desesperados vecinos, como contra los cabecillas de los movimientos secesionistas que amenazaban con hacer saltar por los aires la integridad territorial de lo que quedaba de su país. Las mafias, huelga decirlo, campaban por sus respetos sin que las impotentes autoridades fueran capaces de impedirlo.

Y allí estaba yo, un extranjero que no hablaba una sola palabra de turco y que además no sabía a dónde ir. Como medida de precaución, había trocado en España la mayor parte de mi patrimonio por una pequeña cantidad de oro que, cuidadosamente troceada y oculta entre mis ropas, podría servirme para subsistir durante algún tiempo; aunque también llevaba, para disimular, un buen puñado de dólares y de euros que, con mayor o menor dificultad, conseguía ir colocando.

A poco de estar allí descubrí que ni Ankara, ni cualquier otro lugar de Turquía, eran para mí lugares demasiado seguros. La autoridad del gobierno central se debilitaba por momentos, y la violencia era la dueña absoluta de las calles. Mi vida corría un peligro real, sobre todo si alguien descubría la pequeña fortuna que llevaba siempre encima. Además, lo que quedaba del país estaba abarrotado de refugiados, mientras algo que sólo podía ser considerado como una guerra de conquista se desarrollaba, cada vez con mayor virulencia, en varias de sus fronteras.

En esas circunstancias la huida lógica era a las estepas del Asia Central, bastante más seguras al estar mucho menos pobladas que el territorio turco y no ser previsible la llegada de refugiados, ya que los rusos, sus antiguos dueños hasta que tuvo lugar el estallido de la Unión Soviética, habían preferido encaminarse a la vecina Siberia. El inmenso continente asiático, a diferencia del europeo, mantenía a salvo de las aguas buena parte de su territorio central, y todavía era posible llegar por tierra hasta allí cruzando por las montañas del Cáucaso y las tierras altas del norte de Irán.

En contra de lo que pudiera pensarse, el viaje de Ankara a Samarcanda resultó mucho más fácil de realizar que el vuelo que me había llevado desde España hasta la capital turca; mientras la tecnificada Europa se hundía en un colapso casi absoluto al verse privada de su sostén tecnológico, estas atrasadas regiones asiáticas no veían alterado significativamente su sencillo y ancestral modo de vida. Al igual que ocurría desde hacía miles de años, las

caravanas podían seguir recorriendo sus seculares rutas; y si se acababa la gasolina, siempre podrían recurrir, como siempre lo habían hecho, a los caballos y los camellos.

Mintiendo precautoriamente sobre mi origen, -dije que era un ciudadano argentino al que el inicio de la inundación había sorprendido en el puerto de Estambul, y que deseaba alcanzar la costa de China para intentar retornar a Sudamérica- conseguí ser admitido en una caravana a cambio de mi trabajo. La presencia de un occidental sorprendía a estas gentes, pero mi presunta nacionalidad, bastante menos llamativa que cualquier europea o la norteamericana, me facilitó bastante las cosas; y como conseguí alojamiento y manutención tan sólo gracias a mi trabajo, no sólo pude conservar intacto mi pequeño tesoro, sino que además conseguí revestirme con el manto protector de la pobreza.

Estando en Samarcanda ocurrió la catástrofe final, de la cual me pude enterar gracias a una emisora de radio rusa. Hasta entonces el mar había estado aumentando de nivel de una forma paulatina y sin estridencias, lo que había permitido evacuar ordenadamente las ciudades. En un principio los casquetes polares no se habían visto afectados por el fenómeno, pero la elevación de las aguas y la tendencia de éstas a empujar hacia arriba a esa inmensa corteza helada, habían provocado importantes tensiones en los hielos polares que habían acabado provocando su fragmentación en millones de pedazos.

De los dos hemisferios el más afectado fue lógicamente el boreal, dado que el hielo de su casquete polar no se asentaba, como ocurría en la Antártida, sobre ningún continente. El estallido de los polos no causó en sí mismo prácticamente ninguna víctima, pero sus consecuencias inmediatas se hicieron sentir de forma dramática. Arrastrados por unas enormes ondas de choque hacia las aguas cálidas de todos los continentes, miles de millones de bloques de hielo se dispersaron primero por los océanos Atlántico y Pacífico, para fundirse prácticamente de golpe a consecuencia de la elevación de la temperatura. La inundación dejó entonces de ser gradual para convertirse en una inmensa mole de agua que se abatió de golpe sobre terrenos considerados hasta entonces seguros, provocando la muerte de millones de personas que no tuvieron la menor posibilidad de escapar a su destino.

Gracias a su situación geográfica Samarcanda se salvó del primer embate, pero no por ello podía considerarse fuera de peligro: Aunque los mares Caspio y Aral, como lagos que eran en realidad, no se habían visto afectados por el fenómeno, la enorme marea producida por la ruptura y la fusión de los hielos polares se acercaba velozmente a la depresión junto a la cual se alzaba la ciudad, sin que sus casi setecientos metros de altitud sobre el nivel primitivo del mar supusieran ya una garantía de seguridad. Por fortuna los confiados habitantes de Samarcanda no pensaban lo mismo, por lo cual no tuve problemas para poner tierra por medio, enrolándome en una segunda caravana alegando mi falsa pretensión de llegar a China y al Pacífico.

Tal como estaban las cosas, la única opción válida que me quedaba era la de emigrar a las tierras del Tíbet, que con sus más de dos mil metros de altitud mínima suponían el único refugio seguro junto con el inalcanzable altiplano andino. Mi temor era encontrármelo invadido por refugiados chinos, pero eso era algo que no se podía prever y además carecía de alternativas.

Emprendí, pues, el camino de nuevo en busca de la salvación que podían proporcionarme los otrora altos valles tibetanos. Aunque la gran inundación no representaba, al menos por el momento, ninguna amenaza directa, no por ello nos encontrábamos completamente libres de riesgos. La elevación de las aguas estaba produciendo un cambio climático importante al convertir en costeras tierras que semanas atrás se encontraban a varios miles de kilómetros de distancia del mar, por lo que el incremento de la presión atmosférica en las antiguas zonas montañosas estaba contribuyendo de forma decisiva al calentamiento de unas regiones que desde hacía miles de años habían sido siempre frías. Como consecuencia de todo ello, se estaba produciendo un rápido deshielo que convertía en peligroso el paso por las proximidades de las cadenas montañosas, al tiempo que los ríos desbordados suponían un obstáculo muchas veces infranqueable.

Dando mil rodeos y retrocediendo una y otra vez, conseguimos llegar finalmente a Lhasa, donde fuimos recibidos amablemente por unos monjes que se habían vuelto a hacer con el control del país después de que las fuerzas de ocupación chinas hubieran desaparecido por completo. Para mi tranquilidad comprobé que el Tíbet mantenía en esos momentos únicamente a su población autóctona, sin que se hubiera producido por el momento la tan temida invasión masiva de refugiados chinos. Según me comentaron, éstos habían preferido refugiarse en las tierras altas del Sinkiang y el Gobi, donde los supervivientes de este inmenso país -los muertos en China se contaban por centenares de millones- se hacinaban de forma precaria.

Aunque mi intención oficial era la de llegar hasta el Pacífico, en realidad no deseaba pasar de allí; sin embargo, y por suerte para mí, las circunstancias vinieron en mi ayuda al convertir en obligación lo que en realidad era mi oculto deseo. Los tibetanos nos advirtieron que no tenía el menor sentido seguir adelante, ya que tanto la India como Indochina habían desaparecido prácticamente por completo mientras lo que quedaba de China era en esos momentos muy poco recomendable para los extranjeros. Finalmente todos nosotros aceptamos su hospitalidad, procediendo a instalarnos en el que probablemente era uno de los últimos rincones del mundo donde todavía se mantenía en pie algún retazo de civilización.

Durante un tiempo viví tranquilo, ya que no feliz. Los tibetanos continuaban con su modo de vida ancestral, recibiendo con hospitalidad a los escasos fugitivos -siempre que no fueran chinos, a los que aborrecían- que arribaban a su país. Las noticias que llegaban a

nosotros sobre la situación del planeta eran escasas y confusas, pero todo parecía indicar que el crecimiento del mar no se había detenido, inundándose cada vez más terrenos. Sin embargo, el flujo de refugiados era paradójicamente mínimo, quizá porque ya no existían apenas supervivientes, quizá porque éstos se habían resignado finalmente a su suerte. Los chinos en especial seguían apiñados en lo poco que quedaba de su país, aunque corrían rumores de que eran ya muchos los que, en lugar de huir a tierras más altas, aguardaban resignadamente la llegada de las aguas negándose a abandonar sus casas.

El fatalismo oriental se mostraba, en una situación tan dramática, mucho más pragmático que el histerismo occidental. Si el mar continuaba ascendiendo, ¿para qué resistirse a los designios del destino? En el peor de los casos hasta el último rincón de la Tierra acabaría anegado, con lo cual la huida tan sólo conseguiría aplazar por poco tiempo la inexorable muerte.

Claro está que todavía quedaban algunos, cada vez menos, que creían que el mar detendría finalmente su avance, pudiendo llegar incluso a acabar retrocediendo hasta su lecho original. Pero aunque se diera este caso, ¿qué esperanzas de vida con un mínimo de posibilidades les quedarían a estos últimos jirones de la humanidad? Apiñados en las antiguas cadenas montañosas, sometidos a los rigores de la desbocada climatología -en el Tíbet llovía ahora torrencialmente y los temporales y vendavales eran cosa de todos los días-, sin agua ni alimentos en muchos casos... ¿Merecería la pena vivir así? Pues hasta en el improbable caso de que el mar acabara devolviendo siquiera parte de las tierras robadas, éstas serían completamente estériles e incapaces de alentar la menor vida, ya fuera ésta animal o vegetal.

No. El fin de la humanidad estaba ya sentenciado, y a los escasos supervivientes que pudieran quedar, si es que los había, les aguardaba una existencia de privaciones y anarquía. No era extraño que los chinos, los hindúes y otros pueblos orientales, prefirieran morir cuando les llegara su hora antes de prolongar inútilmente su cruel agonía; lo comprendía y los admiraba, pero mi talante occidental me imposibilitaba seguir su ejemplo.

Además, por el momento me encontraba a salvo. Los tres mil seiscientos metros de altitud de Lhasa suponían una considerable garantía de seguridad, y no estaba dispuesto en modo alguno a renunciar a ella. Por otro lado, ¿a dónde podría ir si hasta aquí llegaban las aguas? Éstas eran las tierras habitables más altas en muchos miles de kilómetros a la redonda, y de verme obligado a huir de aquí, no me quedaría otro refugio que las altas e inhóspitas cumbres del Himalaya, unas cumbres completamente inhabitables no por su altitud, ya que las temperaturas se habían suavizado mucho, sino por los apocalípticos temporales que sacudían a las cadenas montañosas un día tras otro.

La vida en la meseta no era menos dura, pues sufríamos también los efectos de un clima desbocado para los cuales los sufridos tibetanos no estaban en modo alguno

preparados. Lluvia continua, ríos desbordados, las escasas tierras cultivables descarnadas por la erosión... y un calor que, conjuntado con la humedad, comenzaba a ser asfixiante.

Y a todo esto, el mar seguía ganando la batalla. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de sorprenderme el aparente absurdo que suponía que el mar hubiera elevado su nivel más de dos mil metros, y desde luego estaba convencido de que no se detendría hasta que el último retazo de tierra hubiera desaparecido bajo las aguas. Los tibetanos pensaban lo mismo, y aguardaban con resignación la llegada de unas aguas que continuaban avanzando de forma lenta pero inexorable, comiéndose a dentelladas el cada vez más reducido espacio que nos quedaba. Una estimación aproximada me condujo a la conclusión de que, en menos de un mes, tanto Lhasa como el resto de las tierras habitables del Tíbet habrían perecido víctimas de la inundación, quedando libres de las aguas tan sólo las altas cumbres del Karakorum y el Himalaya.

La disyuntiva, pues, era evidente: O me quedaba en Lhasa resignado a mi suerte, o huía montes arriba en busca de una efímera salvación. La decisión no era fácil, máxime teniendo en cuenta que ningún tibetano estaría dispuesto a seguirme en lo que para ellos era un absurdo desafío al destino, mientras que yo, evidentemente, no podría afrontar esta aventura en solitario.

Finalmente conseguí alcanzar una solución de compromiso, trasladándome a una remota aldea situada en las faldas del Everest donde fui acogido por sus escasos habitantes con una mezcla de curiosidad y asombro. Puesto que a esas alturas ya era capaz de defenderme relativamente bien con su idioma, pude explicarles las razones que me habían movido a desplazarme hasta allí, al tiempo que les ofrecía mi colaboración para todo cuanto pudiera necesitar su pequeña comunidad.

Tal como esperaba fui aceptado sin ningún tipo de problemas asignándoseme una vivienda vacía, aunque mis anfitriones mostraron su extrañeza ante mi afán de huir; si era designio divino, decían, perecer ahogado bajo las aguas, resultaba impío intentar oponerse a ello. No me comprendían, pero me respetaban, aceptando complacidos la ayuda que yo podía proporcionarles.

Aun acostumbrado como estaba a la frugalidad y a las privaciones merced a mi anterior estancia en Lhasa, esta última etapa de mi vida supuso para mí una nueva y dura prueba. A pesar de que la aldea se encontraba situada en un pequeño ribazo que la mantenía a salvo de los torrentes desbordados que bajaban de las cercanas cumbres, los montañeses habían perdido la mayor parte de su ganado, careciendo prácticamente de pastos con los que alimentar al resto. Los antiguos barrancos, convertidos ahora en ríos impetuosos, eran en muchas ocasiones barreras infranqueables que aislaban a la aldea de la mayor parte de los terrenos circundantes, mientras el clima, que ahora era ya casi tropical, les incapacitaba por completo al no estar habituados al mismo. A pesar de su ancestral frugalidad los

montañeses comenzaban a padecer los estragos del hambre, sin que mi valiosa provisión de alimentos traída desde Lhasa sirviera para paliar apenas los casos más graves.

Por la llegada de unos caravaneros, últimos viajeros en un mundo que naufragaba, supimos que Lhasa había sucumbido finalmente bajo las aguas, y que las estribaciones del Himalaya y el Karakorum eran los últimos reductos de tierra firme que quedaban a salvo de lo que antaño fuera el corazón de Asia. La llegada del mar era, pues, cuestión de días, por lo que ni siquiera allí podía considerarme seguro.

La lógica implacable de los hechos me decía que era completamente inútil continuar huyendo de lo inevitable, pero en contra de la opinión de mis anfitriones mi exacerbado instinto de conservación me empujó de nuevo a la fuga. Relativamente cerca del poblado, a mitad de la ladera del Everest, existía un antiguo refugio de escaladores, aunque nadie podía asegurarme que continuara todavía en pie al ser lo más probable que hubiera sido arrasado por los aludes del deshielo, o por las fuerzas desbocadas de los ríos. El camino era arriesgado y difícil en las condiciones tan extremas que reinaban entonces, pero finalmente conseguí convencer a un guía para que me condujera hasta el refugio.

Se trataba tan sólo de una simple choza de piedra, que se mantenía milagrosamente intacta en mitad de un paisaje dantesco que en nada recordaba ya al helado páramo sobre el que fuera construida; pero sus paredes eran sólidas y su tejado estaba en buen estado, lo que la convertía en un refugio ideal... y en realidad, en el único posible dadas las circunstancias. Me acomodé, pues, como buenamente pude, sin más mobiliario que un cajón que oficiaba de mesa y un raído camastro, y sin más provisiones que un puñado de alimentos. Aunque bien pensado, dentro de poco no necesitaría ya nada de ello. En cuanto a mi guía, que también había oficiado de porteador, retornó al poblado dejándome abandonado a mi suerte, una suerte que en realidad no era apenas diferente de la suya.

Ha pasado el tiempo, y desde mi soledad he podido contemplar impotente cómo las aguas triunfantes iban estrechando poco a poco su mortífero cerco. El poblado en el que recibiera asilo yace ahora bajo muchos metros de agua junto a todos sus habitantes, y las olas comienzan a lamer las estribaciones de mi miserable refugio. Calculo que en un día, o como mucho dos, habrá llegado mi hora, por lo cual me apresuro a concluir este manuscrito antes de que las fuerzas -mis últimas provisiones se agotaron hace cuatro días- me abandonen definitivamente. Cuando termine de escribirlo, introduciré el manuscrito en una caja metálica que conservé a propósito y la sellaré lo mejor que pueda, para evitar que las aguas lo destruyan. Por desgracia carezco de medios para soldarle la tapa, pero sí pude conseguir en Lhasa cierta cantidad de cemento que, mezclado con las duras piedras de los alrededores, me ha servido para construir un cofre impermeable en el que enterraré mi testimonio escrito, esperando que pueda preservarse en mitad de un medio tan corrosivo como es el agua del mar.

¿Por qué me molesto en hacer esto, cuando las posibilidades de que alguien pueda llegar a leerlo algún día son virtualmente nulas? He de confesar que ni yo mismo lo sé, pero me subleva la idea de desaparecer sin intentar siquiera que mi muerte sea útil. Quizá las aguas se retiren algún día y los continentes vuelva a estar poblados por seres inteligentes, quizá alguna de las innumerables especies marinas acabe evolucionando hasta alcanzar finalmente una capacidad de raciocinio, quizá incluso nuestro desgraciado planeta reciba algún día la visita de unos vecinos cósmicos... ¡Qué importa cómo sea! Pero si en algún momento, en el futuro, alguien descubre las ruinas de nuestras ciudades y se hace la pregunta de cómo pudo llegar a desaparecer una civilización que se extendía por todo el planeta, quizá entonces mi manuscrito pudiera servir para disiparles sus dudas.

Es probable que se pregunten entonces las razones de este Apocalipsis, y no resulta difícil suponer que barajarán para ello diversas hipótesis, desde algún tipo de extraño fenómeno geológico, hasta incluso un castigo divino, planteándose quizá la heterodoxa hipótesis de afirmar que la Tierra es un ser vivo que un buen día decidió desembarazarse de los parásitos que tantas molestias le causaban.

En lo que a mí respecta, encontrarle o no una explicación es algo que no me importa en absoluto. Lo único importante es que la humanidad, con todos sus aciertos y todos sus errores, ha cubierto ya su ciclo vital. Puede que otra humanidad posterior, que ni tan siquiera alcanzo a imaginar, acabe heredando nuestro antiguo solar, puede que no ocurra así; y puede, incluso, que nosotros ni siquiera fuéramos los primeros... pero eso sólo lo podrá decir el tiempo.

MANUSCRITO ENCONTRADO EN UN MANICOMIO

Descubrí que algo iba mal un día en que al levantarme por la mañana me encontré con un hermoso cardenal en la espinilla derecha. Yo no recordaba en absoluto haberme dado ningún golpe ni en la pierna ni en ninguna otra parte de mi cuerpo, pero a juzgar por el tamaño y el color del moretón el golpe debería haber sido de consideración... Y me dolía el condenado, me dolía como si me lo hubiera dado.

Intrigado por el origen de la magulladura, pero apremiado por la hora de entrada en mi trabajo, me apliqué apresuradamente una crema analgésica y salí pitando de casa. Con el ajeteo primero del tren y después de la oficina (para ser lunes la jornada había comenzado fuertecilla) me olvidé completamente del cardenal... Hasta que al volver a casa me di un fuerte golpe en la espinilla lastimada al tropezar con el estribo del tren.

Maldije, evidentemente, la maldita casualidad que había hecho que me diera dos golpes justo en el mismo sitio, pero al fin y al cabo peor hubiera sido, me dije, fastidiarme las dos piernas. Además el cardenal no me dolía más que antes, con lo cual me di casi por contento.

Pasaron varias semanas y tanto el dolor como el hematoma acabaron desapareciendo mientras la rutina devoraba ferozmente mi vida. Yo ya había olvidado el peculiar incidente cuando una tarde comenzó a dolerme espantosamente la muñeca. Era domingo y yo estaba viendo tranquilamente una película en la televisión, con lo cual ni siquiera me quedaba el recurso de pensar que se hubiera tratado de una mala postura en la cama.

Recurrí de nuevo a la pomada analgésica, pero esta vez el dolor era demasiado fuerte y ni tan siquiera las pastillas que tomé a continuación consiguieron calmármelo. Varias horas más tarde, en vista de que la muñeca me dolía cada vez más, decidí acudir al médico de urgencias. El ambulatorio estaba cerca de casa, apenas a diez minutos andando, por lo que decidí ir a pie; y entonces empezaron los problemas. Había estado lloviendo todo el día y el suelo se encontraba encharcado. Yo no había previsto esta circunstancia y llevaba un calzado de suela lisa que resbalaba bastante, así que ocurrió lo que tenía que ocurrir. Al saltar para evitar un charco resbalé y me caí cuan largo era en mitad de la calle. Más corrido que una mona y con el orgullo doliéndome más que cualquier otra parte de mi cuerpo -por fortuna apenas hubo espectadores de mi humillante tropiezo- volví de nuevo a mi casa para cambiarme de ropa, ya que la que llevaba puesta había quedado bastante malparada... Y de zapatos, por supuesto, ya que la muñeca seguía doliéndome cada vez más y no podía pasarme sin ir al médico.

En el ambulatorio el diagnóstico fue inmediato: Se trataba de un esguince producido por una caída. Ciertamente era que al caer yo había apoyado la mano lesionada en el suelo de

forma instintiva, pero a mí ya me dolía la muñeca antes... Cosa que, a juzgar por sus caras, no se creyeron los médicos que me atendieron. Era evidente, dijeron, que el esguince se había producido a consecuencia de la caída, y era evidente también que debieron de pensar que yo no debía de estar muy en mis cabales cuando insistía una y otra vez en que la muñeca me había empezado a doler varias horas antes... Aunque, claro está, no lo dijeron, limitándose a recomendarme que me calmara -yo estaba francamente excitado- y me armara de paciencia durante los quince días que tendría que tener la mano escayolada.

Bien, pasaron las dos semanas y la muñeca se me curó, pero yo estaba ya bastante *mosqueado*. Que ocurriera una vez podría atribuirse a una coincidencia, pero que hubiera sucedido en dos ocasiones... ¿Qué estaba ocurriendo? Porque desde luego, sufrir la lesión antes de experimentar el daño no podía calificarse precisamente de normal.

Mucho peor fue lo que me ocurrió apenas unos días después. Yo tenía una novia con la que me entendía bien, e incluso habíamos hecho ya planes de boda. Todo parecía ir sobre ruedas, pero una mañana sin saber por qué me levanté presa de una irresistible melancolía. Me sentía triste, triste como no lo había estado desde hacía muchos años, y lo peor de todo ello era que no tenía la menor idea de cuál podía ser la causa... Aunque no iba a tardar demasiado en saberlo. Aquella noche, mientras cenábamos, mi novia me dio la fatal noticia: Había decidido dejarme debido a que no estaba lo suficientemente segura de que quisiera dar el paso. Me dio todas las explicaciones del mundo -de hecho me dio demasiadas-, las cuales se podían resumir en una única conclusión: Se desentendía de mí para comprometerse con un compañero de trabajo con el que sí estaba segura de querer compartir su vida.

Como cabe suponer, el palo que recibí fue de campeonato; tirar por la borda un buen puñado de años de noviazgo no era para tomárselo precisamente a broma. Lo pasé francamente mal durante una temporada, razón por lo cual tardé cierto tiempo en darme cuenta de la nueva paradoja; Había sufrido un nuevo daño, esta vez no físico sino moral, con anterioridad a la causa del mismo.

Dicen que no hay mal que cien años dure, y debe de ser verdad puesto que mi herida afectiva se acabó cerrando al igual que se curaron el cardenal de la espinilla y el esguince de la muñeca... Claro está que aquí tuvo bastante que ver cierta chica que conocí cuando estaba más deprimido, pero ésta es otra historia que no viene a cuento aquí. Lo cierto es que, aunque nunca me había creído esas historias de precogniciones y adivinanzas varias del futuro, en muy poco tiempo había sufrido en propia carne -nunca mejor dicho- unas confusas sensaciones premonitorias. Así pues, curioso como era decidí poner a prueba mi presunta habilidad para la videncia aunque, eso sí, sin decírselo absolutamente a nadie ya que no tenía el menor interés en que me tomaran por un excéntrico cuando no por un loco.

Bien, eso era bastante fácil de decir, pero... ¿Quién le ponía el cascabel al gato? Porque evidentemente yo no tenía ni la menor idea de cómo poder controlar mi capacidad precognitiva, suponiendo claro está que la tuviera.

El azar vino, sin embargo, en mi ayuda. Un buen día me crucé en la oficina con uno de mis compañeros. Esto no tenía, evidentemente, nada de particular, ya que me encontraba con él todos los días; pero esa mañana le noté algo diferente: Le veía muerto. Sé que es difícil de explicar cómo se puede ver muerta a una persona que habla, se mueve y te pregunta qué tal lo has pasado el fin de semana anterior; pero lo cierto es que yo, y solamente yo, lo veía muerto.

Un día después mi compañero faltó al trabajo debido a un irrefutable motivo: La noche anterior, mientras dormía, había sufrido un infarto de consecuencias fatales. Todo hacía pensar que mi presunta videncia era cierta; pero todavía no las tenía todas conmigo, y como no sabía cómo controlarla en realidad me resultaba bien poco útil... Aunque pronto aprendí a aprovecharme, siquiera en parte, de ella.

Así, un fuerte dolor de muelas me hizo ir rápidamente al dentista, lo cual me salvó por los pelos, según sus propias palabras, de perder irremisiblemente la pieza, bastándome con un simple empaste para resolver el problema. En otra ocasión me desperté bastante eufórico sin conocer la razón de ello; entonces se me ocurrió la idea de jugar un boleto a la lotería primitiva, cosa que no hacía prácticamente nunca, encontrándome con la grata sorpresa de un premio de un par de millones. Ciertamente no era para jubilarse, pero a nadie le amargaba un dulce.

Y no sólo me ocurría a mí, tal como había podido comprobar con mi malogrado compañero de trabajo. Un día iba por la calle cuando me crucé con un coche que parecía un amasijo de chatarra, a pesar de lo cual y de forma totalmente incongruente rodaba con toda tranquilidad por la calzada. Poco más allá se detuvo en un semáforo en rojo, lo cual me permitió echar un vistazo a su interior. Nunca lo hubiera hecho; el conductor, único ocupante del vehículo, tenía la cabeza totalmente destrozada mientras el cuerpo se veía completamente cubierto de sangre. Conteniendo las náuseas tuve no obstante la suficiente presencia de ánimo como para anotar la matrícula; si todo había de ocurrir como yo temía, a ese pobre conductor le quedaban muy pocas horas de vida.

Mis temores se confirmaron el lunes siguiente, cuando leí en el periódico la noticia de un grave accidente de tráfico ocurrido durante el fin de semana. La matrícula del coche accidentado coincidía con la que yo había anotado, y unas discretas pesquisas -el periódico no era demasiado explícito al respecto- me confirmaron que la muerte del conductor había tenido lugar exactamente en las mismas circunstancias en las que yo le había vislumbrado. Algo no encajaba, no obstante, en el esquema que yo me había trazado: El periódico informaba de la muerte de cuatro personas, mientras yo solamente había visto al conductor;

aunque, me dije al fin, parecía estar claro que para poder predecir un evento tenía necesariamente que ver a la persona, con lo cual se explicaba que yo no hubiera sabido nada a priori de los otros tres accidentados al no viajar ninguno de ellos en el coche en el momento en que éste se cruzó conmigo.

Al cabo de algún tiempo había desarrollado una notable habilidad para detectar futuras incidencias tanto en mi propia persona como en aquéllas con las que me cruzaba; en realidad, se trataba de algo tan sencillo como prestar atención a todo lo que me rodeaba. Sin embargo, mi don -vamos a denominarlo así- me era poco útil ya que, aunque podía prever los acontecimientos -en realidad tan sólo sus consecuencias-, ni era capaz de predecirlos con la suficiente antelación, ni por supuesto tenía la menor posibilidad de influir sobre ellos modificándolos o impidiendo que se produjeran.

Dicho con otras palabras, me era completamente imposible provocar que me tocara la lotería -mi anterior premio me hubiera tocado de todas maneras- y tampoco habría podido, por poner un ejemplo, echar mal de ojo a nadie. Mi aptitud se limitaba únicamente a poder prever con cierta antelación -apenas unas horas o, como mucho, un par de días- acontecimientos que iban a ocurrir inmediatamente después, pero siempre en calidad de mudo espectador.

No era poco, ciertamente, pero tampoco me servía de mucho. En una ocasión vi a un amigo mío gravemente herido y le rogué encarecidamente que no cogiera el coche, asegurándole que sabía que iba a tener un accidente; como cabe suponer no me hizo el menor caso, lo que le costó una larga estancia en el hospital al tiempo que su percance sirvió para convencerme de que, hiciera lo que hiciera, jamás podría alterar aquello que estaba determinado por el destino.

Y realmente no podía. Las voces sobre mis presuntas -para ellos, que no para mí- dotes precognitivas se habían corrido ya entre mis amigos, por lo cual cuando cierto tiempo después vi a otro de ellos en circunstancias similares, éste sí aceptó mis recomendaciones renunciando a realizar un viaje en su propio coche... Lo cual no le libró de su destino, puesto que el autobús en el que viajaba sufrió un grave accidente que le provocó las heridas por mí vislumbradas.

Me encontraba, pues, en una situación paradójica, ya que por mucho que fuera capaz de prever las circunstancias de un acontecimiento, no sólo era incapaz por completo de modificarlo, sino que ni tan siquiera podía, salvo en algunos casos extremos, adivinar la naturaleza del mismo. Se trataba, en definitiva, de una situación hasta cierto punto similar a la de un adivino (si no fueran, claro está, unos meros embaucadores) capaz de predecir venturas o desventuras de una forma genérica, pero sin poder explicar los detalles.

A consecuencia de mi última *proeza* mis amigos y conocidos comenzaron a apartarse de mí, cosa que ciertamente no les podía reprochar; convencidos plenamente de mi

inexplicable aptitud paranormal, tenían sin duda que fuera portador de malos augurios. En realidad de lo que me tachaban era de gafe, ignorando que también era capaz de darles buenas noticias y que yo no tenía la menor posibilidad de provocar modificación alguna en la compleja trama del destino.

Mucho me temo que se trataba de algo completamente inevitable, ya que hasta la persona más racional del mundo conserva en lo más recóndito de su cerebro los atavismos irracionales de su herencia animal, atavismos que tarde o temprano pueden acabar aflorando sin que se pueda hacer nada por evitarlo. Yo mismo me encontraba aterrado por mis no deseadas dotes de profeta, sobre todo teniendo en cuenta que podía ser la primera víctima de las mismas.

Lo peor de todo era que mi capacidad de percepción aumentaba día a día de forma imparable. Ya no podía ir por la calle sin descubrir en el aspecto de la gente aquello que les deparaba el futuro lo cual, aunque en el fondo me resultara indiferente, no dejaba por ello de angustiarme. Recuerdo con especial pavor el caso de una persona que un par de días después falleció víctima de un atentado terrorista; la explosión de una bomba le había destrozado por completo, y yo tuve la desgracia de ver sus sanguinolentos despojos caminando tranquilamente por la calle en una espeluznante premonición de lo que le iba a ocurrir de forma inevitable. En otra ocasión me crucé con alguien que iba a morir carbonizado, lo cual no resultó ser menos desagradable y estremecedor.

Poco a poco fui cayendo en una depresión que acabó degenerando en un grave trastorno psiquiátrico; cada vez que me acercaba a alguien, si descubría en su rostro los estigmas de su futuro inmediato me apartaba espantado de él gritando lo que a todo el mundo le parecían incoherencias. Finalmente fui dado de baja y enviado a casa, lo cual me alivió grandemente al librarme de contemplar lacerías futuras de la gente con la que me cruzaba en mi camino. Cierto es que a la mayor parte de las personas no les encontraba absolutamente nada excepcional; mi capacidad de percepción no pasaba, como mucho, de un par de días en el futuro, y en tan corto espacio de tiempo a casi nadie le ocurría nada, ni bueno ni malo. Pero si me veía inmerso en una aglomeración, la ley de probabilidades indicaba que tarde o temprano acabaría encontrándome con alguien a quien sí le sucedería algo, y la experiencia me demostraba que ese algo solía ser desagradable con mucha mayor frecuencia que en el caso contrario.

Encerrado en casa, saliendo lo imprescindible y evitando en lo posible el contacto con la gente, mi vida era relativamente llevadera. Por supuesto que a mis amigos y conocidos procuraba no verlos para evitarme problemas, mientras que al no tener familia me libraba de un considerable problema. En cuanto a mi chica... Bien, hacía bastante que la había dejado al descubrir, en parte por precognición y en parte por pura lógica, que su interés por mí no coincidía en absoluto con lo que yo había sentido por ella.

Así pues, me refugié en la lectura y en aquellas actividades que, como ver la televisión, podía desarrollar en solitario, aunque esto último también acabó creándome problemas; mi sensibilidad continuaba incrementándose, lo que me permitía adivinar el devenir inmediato de cualquier persona sin más que viéndola en la televisión, aunque ésta se encontrara en el otro extremo del planeta. Supe así, por ejemplo, de la muerte en atentado de un tiranuelo del África Negra, espectáculo ciertamente bastante desagradable dado lo que hicieron después sus asesinos con el cadáver... Aunque no resulta necesario extenderse demasiado sobre ello.

Si todo hubiera quedado ahí tampoco habría sido tan malo, bastándome con prescindir de los programas informativos. El problema surgió cuando mi sensibilidad se hizo tan grande, que en las películas antiguas en las cuales los actores ya habían fallecido tan sólo veía esqueletos moviéndose y actuando como si estuvieran vivos... Exactamente igual que me ocurría con las fotos. Así pues, dejé de ver la televisión.

Por fortuna, en los libros no encontraba esos problemas. Sin embargo, poco o mucho siempre tenía que relacionarme con alguien; tenía que comprar comida, atender a las visitas, acudir periódicamente al médico... Todo lo cual me suponía una auténtica tortura. ¿Había dicho que en la mayor parte de los casos no veía nada excepcional en la gente? Bien, eso había sido cierto en un principio, cuando mi sensibilidad no había alcanzado los niveles actuales, ya que entonces era capaz de percibir en los demás tan sólo impresiones tan fuertes como podían ser una muerte o un accidente grave. Pero ahora percibía *todo*, absolutamente todo, y bastaba con un pequeño estímulo tal como un dolor de cabeza o el malestar producido por una discusión, para que yo lo notara.

Llegó un momento en el que absolutamente todas las personas eran un libro abierto para mí. Sabía cuando iban a discutir con su cónyuge, enfadarse con su jefe, encontrarse con que no podían llegar a fin de mes... No era telepatía ni nada que se le pareciera, sino algo tan simple como la percepción instantánea de las emociones... Y como siempre, en un futuro inmediato. Y al contrario de lo que ocurría en los casos de accidentes o enfermedades, por fortuna muy escasos, absolutamente todos aquellos con los que me cruzaba me bombardeaban con sus problemas personales, lo cual acabó siendo abrumador.

Por otro lado estaba también mi sensibilidad a mí mismo, que se había incrementado asimismo en idéntica medida. En un principio esto me asustó todavía más debido a que temía sufrir en mi propia carne aquello que había visto en otros; pero finalmente me resigné ya que bien pensado, me dije, poco importaba conocer una desgracia inevitable con unas cuantas horas de antelación, pudiéndome ser incluso útil tal como me había ocurrido con la muela.

No, el problema no era ése, sino mi incapacidad para soportar el alud de impresiones sensoriales que me llovía de los demás. Para mí se había constituido en una verdadera

tortura, ya que era equivalente a estar sumido en un ambiente con un ruido infernal imposible de evitar... Salvo cuando estaba completamente solo. La única manera de evitarlo, o cuanto menos de minimizarlo, era evitando cualquier tipo de contacto físico con otras personas, lo cual por desgracia no era siempre posible.

Mis circunstancias cambiaron de forma radical cuando a raíz de una revisión médica, obligatoria para renovar mi baja laboral, le dije al médico que me atendía que le veía parálítico. Él no sólo no se lo creyó, sino que además se irritó enormemente conmigo; lo que no evitó que al día siguiente un desgraciado accidente le dejara postrado en la situación que yo le había pronosticado.

Los médicos también son personas y, como tales, susceptibles de asustarse ante lo irracional. Tras lo ocurrido a su colega recomendaron encarecidamente que se me sometiera a tratamiento psiquiátrico, a lo cual me negué rotundamente salvo, propuse, que se me recluyera en un centro de salud mental. Ellos al principio no aceptaron alegando que yo era perfectamente capaz de llevar una vida normal, pero cuando empecé a decirles lo que veía en ellos, nada demasiado importante aunque sí molesto, sobre todo al ser pregonado en público, se apresuraron a aceptar mi petición.

Mi reclusión voluntaria me facilitó las cosas al menos durante algún tiempo, pero la continua agudización de mi capacidad sensorial volvió a jugarme males pasadas en el momento en que empecé a percibir impresiones a distancia. Ya ni siquiera la separación física me libraba de la agonía, puesto que sentía las emociones de todos aquéllos que se encontraban en las cercanías de mi celda. No recomiendo a nadie que intente sentir lo que emana de la mente de un loco, puesto que lo más probable es que acabe volviéndose loco también él... Y lo peor de todo, era que mi radio de acción aumentaba sin cesar.

Han pasado varios meses desde entonces y mi situación no ha hecho sino empeorar. Ya no soporto la proximidad de ninguna persona, y a duras penas tolero la presencia del celador encargado de su cuidado ya que el pobre es poco más que un animal... Pero siento, siento en el interior de mi mente a todos los ocupantes del edificio, de los edificios cercanos, de la totalidad de la ciudad. Y cada vez es peor, puesto que va en aumento y temo que, de seguir así las cosas, acabe percibiendo las emociones de toda la humanidad.

Ignoro cuánto tiempo podré soportar esta situación, pero temo que acabaré volviéndome loco si antes no decido poner fin a mi martirio de la única manera que puedo, suicidándome. Resulta morboso pensar que podré predecir con antelación mi propia muerte, y me pregunto cuál será la sensación que deberé soportar cuando llegue mi hora; aunque, por otro lado, el temor a sufrir esa experiencia puede que acabe impidiéndome llevarla a cabo. Por el momento tal premonición no se ha producido, por lo cual sé que seguiré viviendo al menos un par de días más. ¿Seré capaz de soportarlo?

GRIS

Despertó súbitamente sintiendo una incómoda sensación de malestar. Abrió los ojos y los volvió a cerrar; no podía ser. Él estaba en su cama, pero lo que había entrevisto en su fugaz mirada no era el familiar techo de su habitación, sino un incongruente cielo gris...

No podía ser; debía estar soñando. Pero él se sentía despierto, completamente despierto. Sin abrir los ojos palpó cautelosamente la cama; no era su cama. La superficie que se extendía bajo su cuerpo no era ni blanda ni dura, ni fría ni caliente, ni áspera ni lisa. En realidad era... No sabría decirlo, ya que en realidad no mostraba ninguna sensación táctil que le pudiera resultar familiar; tan sólo se limitaba a soportar su peso.

Volvió a abrir los ojos, esta vez con lentitud. Ante su vista tan sólo existía, hasta donde podía abarcar con la mirada, un firmamento de monótono color gris al que ningún accidente interrumpía por ninguno de sus lados.

Y estaba despierto, de eso no cabía la menor duda. Se incorporó hasta sentarse y miró con nerviosismo a su alrededor: Gris, gris y sólo gris. Gris en el cielo y gris en el suelo, una superficie lisa que se extendía sin obstáculos de ningún tipo hasta fundirse con la grisura uniforme del cielo en el indistinguible horizonte.

Pero su mayor sorpresa fue al mirarse a sí mismo. Estaba desnudo, completamente desnudo, y también su cuerpo era de color gris... Un gris absurdo que le confundía, en un camuflaje perfecto, con la grisura que le rodeaba por todos lados.

Se puso de pie cada vez más perplejo. A pesar de su desnudez no sentía ni calor ni frío, aunque a decir verdad más bien parecía como si careciera por completo de sensibilidad a la temperatura... Exactamente igual que le ocurriera con el tacto, Pero, ¿qué sucedía con el resto de sus sentidos? Ver veía, eso era evidente, ¿pero oía?

Entonces cayó en la cuenta de que un silencio sepulcral le envolvía por todos lados, un silencio tan imposible como real. Ni siquiera sus pies (había comenzado inconscientemente a andar) producían el menor roce al deslizarse por el desconocido suelo.

Presa de una repentina idea abrió la boca y gritó... Y se oyó perfectamente, aunque su voz privada de eco sonó apagada y extraña. Bien, no sólo veía sino que también oía. ¿Pero qué ocurría con el resto de sus sentidos?

El tacto también persistía, como comprobó pellizcándose un brazo. También notaba la firmeza del suelo bajo sus pies, aunque en este caso se sensación que obtenía se limitaba a informarle sobre la presión ejercida por su propio peso.

El olfato... No olía absolutamente nada, pero eso no tenía mucho de particular ante la carencia completa de olores exteriores. Sí podía respirar con toda normalidad, sin que notara nada de particular en el aire que penetraba en sus pulmones.

Por idénticas razones carecía asimismo de estímulos que afectaran al sentido del gusto, aunque una asociación de ideas le hizo pensar en comida... A pesar de que no sentía la más mínima sensación de hambre.

Todo era absurdo, endemoniadamente absurdo, pero parecía tan real... Bien, se dijo encogiéndose de hombros; si era una pesadilla, ya desaparecería por sí sola. En realidad él debía de estar en estos momentos durmiendo tranquilamente en su cama, pero...

Por más que lo intentaba, no conseguía recordar nada de su vida normal, ni tan siquiera su nombre. ¿Quién era, qué hacía, dónde vivía? Parecía como si una esponja húmeda hubiera pasado por su cerebro borrando la totalidad de sus recuerdos... A no ser que se tratara de otra peculiaridad de la pesadilla que estaba viviendo, una pesadilla que parecía no tener fin.

Pero no podía ser real, aunque le molestaba extraordinariamente no poder librarse de tan desagradable decorado. Algo tenía que hacer, no obstante, ya que quedarse cruzado de brazos no haría sino incrementar su incomodidad. ¿Pero qué hacer? Tan sólo se le ocurría andar en busca de cualquier accidente, por nimio que fuera, que sirviera para romper la exasperante monotonía que le envolvía por todos los lados.

Andar sí, ¿pero hacia dónde? Carecía por completo de cualquier tipo de referencias que le pudieran servir de orientación tanto en el suelo como en el cielo, se dijo estremeciéndose al descubrir que tampoco había sol.

En esas circunstancias cualquier dirección sería igual de buena, por lo que comenzó a caminar sin rumbo aunque, eso sí, procurando hacerlo en línea recta.

Finalmente se detuvo no por cansancio físico, sino por hastío. El paisaje en torno suyo seguía siendo exactamente igual sin que pudiera apreciar la menor diferencia con respecto al lugar en el que despertara. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Lo ignoraba por completo, y lo peor de todo era que no tenía ninguna forma de saberlo al carecer de toda referencia externa. su reloj, evidentemente, había desaparecido con el resto de la ropa, y la ausencia de ciclos de luz y oscuridad en aquella grisura uniforme le impedía calcular, siquiera de forma aproximada, el paso del tiempo.

Lo peor de todo era que también estaba privado de sus propios ritmos internos. Él tenía conciencia de haber estado caminando al menos durante varias horas, pero no experimentaba la menor sensación de cansancio. Tampoco tenía ni hambre ni sed, ni había

sentido ninguna otra necesidad fisiológica. ¿Cómo podía ser eso? De repente se le ocurrió una idea: Intentó orinar sin el menor resultado.

Era absurdo, pero no lo era menos que cualquier otra de las circunstancias en las que se había visto sumido desde que despertara. Un lugar en el que suelo era gris y liso como la palma de la mano, en el que el cielo presentaba el mismo aspecto sin que se pudiera atisbar el menor veteado de unas hipotéticas e inexistentes nubes, no era ciertamente algo que se pudiera considerar habitual. Para mayor desconcierto su cuerpo se mostraba perfectamente normal a excepción del incongruente color gris y de su aparente falta de ritmos internos.

¿Qué podía hacer? ¿Seguir caminando? Ya lo había estado haciendo sin el menor resultado. Pero por otro lado, ¿qué ganaba quedándose quieto en aquel lugar tan inhóspito?

Así pues, volvió a caminar. Lo hizo durante horas, quizá durante días enteros, o cuanto menos así le parecía a él, aunque en realidad era completamente incapaz de evaluar, siquiera de una manera aproximada, el paso del tiempo. Seguía sin cansarse y sin tener ni hambre ni sed, y tampoco le acuciaba el sueño. Mientras tanto, por más que caminaba el paisaje que se vislumbraba a su alrededor seguía siendo exactamente igual. Siempre igual.

Pasó el tiempo. ¿Cuánto? Lo ignoraba, pero le parecía una eternidad. Días, semanas, meses... Y siempre igual, sin más interrupciones en la mortal monotonía que sus esporádicas detenciones no para descansar, ya que ni tan siquiera sentía la necesidad de sentarse, sino para decidir una alteración en su rumbo, aunque en realidad le daba exactamente igual ir hacia un lado o hacia otro.

Y seguía sin saber quién era. Por más esfuerzos que hacía no conseguía recordar absolutamente nada que fuera anterior al momento en el que despertó bajo el firmamento gris. Sí, sabía que había tenido una vida anterior, pero cualquier referencia concreta a la misma parecía haber sido completamente borrada de su mente.

Así pues, privado de su pasado y carente de cualquier futuro, tan sólo le quedaba el refugio del presente... Un presente que parecía mostrarse cruelmente eterno tanto en el espacio como en el tiempo.

Una eternidad después, o cuanto menos eso le parecía a él, continuaba vagando sin rumbo por la superficie gris que tan familiar le resultaba ya. Nada había cambiado desde que abriera los ojos por vez primera en aquel mundo irreal, aunque ciertamente eso ya no le importaba lo más mínimo. Resignado a su suerte, una suerte que al parecer nunca iba a tener fin, se limitaba a aceptar la realidad tal como le venía impuesta sin cuestionarla siquiera. Además, ¿cómo podría haberlo hecho de haberlo querido así?

Sin embargo, algo iba a ocurrir en el discurrir monótono de su vida. Tras uno de los esporádicos cambios de rumbo que realizaba al azar de vez en cuando, observó con

sorpresa que el impoluto horizonte gris se hallaba manchado por un minúsculo punto negro.

Era ésta una novedad digna de atención, y de hecho era la primera novedad que encontraba en aquel maldito mundo gris. Sintiendo que la ansiedad se apoderaba de su cuerpo se encaminó hacia el insignificante, aunque esperanzador accidente; parecía estar muy lejos, pero si de algo estaba sobrado era precisamente de tiempo.

Caminó, caminó y caminó con impaciencia, pero el punto negro parecía querer burlarse de él manteniéndose siempre fuera de su alcance. Corrió entonces por vez primera desde que despertara allí, pero a pesar de que no sentía la fatiga y pudo mantener la carrera durante un tiempo que a él se le antojó de varias horas, el punto negro se mantuvo incólume en la lejanía.

Desesperado, se derrumbó en el suelo. Acurrucado sobre su cuerpo, con la cabeza escondida entre las manos, sollozó amargamente víctima de su propia impotencia. Su resistencia había llegado ya al límite y ahora, cual muñeco roto, tan sólo deseaba recibir el don de la extinción que tan cruelmente le había sido negado.

Nunca sabría cuanto tiempo estuvo ausente, pero cuando finalmente alzó de nuevo la vista apreció que el huidizo punto negro se había acercado a él... O había aumentado de tamaño, ya que la carencia absoluta de puntos de referencia le impedía discernirlo con la suficiente certeza.

¡Qué más daba! El caso era que, de una u otra manera, la hasta entonces esquiva singularidad ahora resultaba ser aparentemente más accesible. ¿Continuaría siéndolo?

Continuaba. El punto negro aumentaba ostensiblemente de tamaño y ya mostraba un diámetro aparente similar al de una moneda vista de escorzo. Al parecer se encontraba en el suelo y era de forma circular, pero la forzada perspectiva le hacía verlo en forma de una elipse muy excéntrica.

-Está lejos. -se dijo- Y además debe de ser bastante grande.

Inmóvil sobre el terreno observó absorto cómo la cada vez mayor mancha negra -ya no podía ser calificada de punto- se extendía aumentando cada vez más de tamaño, acercándose hasta donde él se encontraba.

No se percató de la verdadera naturaleza de la mancha hasta que ésta no abarcó casi la mitad del horizonte mientras su borde, afilado como un cuchillo, se adivinaba ya próximo a sus pies.

-Es un agujero. -se dijo sintiendo un escalofrío- Es la nada.

Y se acercaba cada vez más rápidamente. Presa de un repentino pánico giró sobre sus talones y se lanzó a correr despavorido huyendo de lo que para él era ya una amenaza.

Ni siquiera se paró a pensar que el abismo de inmaterialidad que se abría a sus espaldas pudiera ser la anhelada solución a lo que hasta entonces había considerado como una cruel condena; la parte irracional de su mente hacía prevalecer el ciego instinto de conservación sobre cualquier otro impulso, impidiéndole plantearse siquiera que ser engullido por la negrura que le perseguía pudiera ser deseable para él. Simplemente, corría.

Pero la nada era mucho más rápida que él, y su ominoso borde iba reduciendo inexorablemente la distancia que le separaba de su indefensa presa: Doscientos metros, cien, cincuenta, veinte, diez, cinco...

Cuando sintió desvanecerse bajo sus pies la solidez del grisáceo suelo, tuvo la certeza de que su fin había llegado.

* * *

A pesar de los repetidos períodos de vigilia, de los cuales guardaba tan sólo un recuerdo brumoso, tardó bastante tiempo en darse cuenta de que se encontraba postrado en la cama de un hospital. Poco a poco, en un doloroso proceso de reconstrucción de su consciencia, fue percibiendo la realidad que le rodeaba.

Estaba, efectivamente, en un hospital, y la familiar actividad que tantas veces había vislumbrado desde fuera la experimentaba ahora personalmente. Abandonado por sus propias fuerzas y rodeado de aparatos e instrumentos cuya función tan sólo podía adivinar de forma aproximada, no conseguía recordar los motivos que le habían condenado a tan deplorable estado.

Cuando finalmente pudo hablar preguntó a las enfermeras qué le había ocurrido, pero éstas se limitaron a decirle que se encontraba sumamente débil y que debía recuperarse. Ya habría tiempo para las preguntas.

Con los médicos el fracaso fue todavía mayor. Tras sus infructuosos intentos tan sólo tenía clara una cosa: Había sido víctima de una grave crisis -todavía ignoraba su naturaleza- y había estado al borde mismo de la muerte. Ahora se estaba recuperando lentamente y los médicos afirmaban que volvería a la normalidad, si bien le pedían paciencia.

Poco a poco el disperso mosaico que eran sus recuerdos fue encajando lentamente sus piezas haciendo retroceder la angustia que le embargaba conforme se recuperaba de su inicial amnesia. Supo, al fin, de su vida, una vida sin demasiado de particular: Un trabajo aburrido, una familia inexistente, una soltería que comenzaba a pesarle como una losa... Y el accidente.

Ahora lo recordaba. Una noche de juerga, cosa rara en él, un exceso de alcohol, una conducción temeraria cuando no estaba en condiciones de hacerlo... Y la farola que se cruzó en su camino.

El traslado de la UVI a una habitación le permitió dialogar con sus amigos, mudos testigos -viajaban en otro coche detrás de él- de la tragedia que a punto había estado de costarle la vida. Pudo así llenar el espacio en blanco que abarcaba desde el momento del choque hasta su despertar rodeado de cables en el hospital: Al parecer había sufrido un fuerte golpe en la cabeza y, malherido, había sido operado urgentemente ya que los médicos temían por su vida. Había pasado varios días sobre el filo de la navaja, aunque finalmente su juventud y su fortaleza habían volcado la balanza del lado de la vida.

En las últimas etapas de su recuperación, cuando ya estaba cercano a recibir el alta, un médico le reveló un detalle perturbador.

-Creíamos que usted se nos iba. -le confesó ufano, con la satisfacción de quien sabe que ha hecho bien las cosas- Tuvimos que luchar contrarreloj para atajar la hemorragia cerebral que había sufrido, y le confieso que todos nosotros teníamos el temor de llegar demasiado tarde.

-Estuve cerca. -sonrió él intentando quitarle hierro al asunto.

-No lo sabe usted bien. -suspiró su interlocutor- De hecho, llegó a estar en estado de muerte cerebral durante varios minutos. Por fortuna conseguimos reanimarlo; de no ser cirujano, me hubiera atrevido a decir que se trató de un milagro.

Un milagro... Él nunca había creído en ellos, y tampoco estaba dispuesto a aceptar que hubiera sido objeto de uno de ellos. ¿No era más sencillo pensar que el hombre era incapaz de comprender los sutiles mecanismos que gobernaban la vida?

Sí, probablemente habría una explicación racional más prosaica que la sobrenatural para justificar su retorno del reino de los muertos, y por otro lado tampoco le preocupaba demasiado; estaba vivo, y eso era lo único que en realidad importaba.

Todo parecía, pues, estar arreglado; fue dado de alta y volvió a su aburrida vida normal. Pero una noche...

Despertó sobresaltado, víctima de una cruel pesadilla. Se había visto perdido en un mundo gris, bajo un cielo también gris.

Al principio no le dio mayor importancia; al fin y al cabo, un sueño era tan sólo un sueño. Pero repentinamente recordó, recordó su vivencia en aquel lugar maldito. Y supo que no había sido ninguna pesadilla, sino el recuerdo olvidado de una inquietante realidad.

Las cosas encajaban finalmente en su lugar. Él había estado realmente en ese mundo gris mientras su cuerpo se encontraba en estado de muerte cerebral, él había vagado sin rumbo por esas llanuras infinitas durante un período de tiempo que se le había antojado una eternidad, y había sido rescatado finalmente por esa nada creciente que le había engullido a la par que al planeta.

Sin embargo, había algo que no acababa de comprender. Los médicos le habían dicho que su muerte cerebral había durado apenas unos pocos minutos, y realmente tenía que haber sido así puesto que de haberse prolongado este estado jamás hubiera podido recuperarse a causa del deterioro irreversible de su cerebro. Pero él no había estado tan sólo unos minutos en el mundo gris, sino un tiempo infinitamente más largo: Semanas, meses, quizá años.

Su petición de ayuda a los mismos médicos que le habían atendido no sirvió para despejar sus dudas; según ellos en un estado de muerte cerebral el cerebro tenía interrumpidas todas sus funciones a excepción quizá de las más básicas, y en esas condiciones no podía desarrollar ninguna actividad mental. Probablemente la historia del mundo gris había sido una ensoñación momentánea producida en el momento en el que su mente se recuperaba, mientras la contradicción existente entre la duración aparente de su *sueño* y el tiempo que realmente había permanecido en ese estado era fácilmente explicable en base a las distorsiones de la realidad características de estos estados oníricos. No tenía, pues, que preocuparse por el mundo gris más de lo que lo haría por una pesadilla normal.

A pesar de tan tranquilizadoras palabras, él seguía sin estar satisfecho. Así pues, fallida la explicación racional recurrió a una posible interpretación esotérica de su experiencia buscando el consejo de uno de tantos investigadores -reales o fingidos- de ese brumoso estado intermedio entre la vida y la muerte. Era plenamente consciente de que corría el riesgo de caer en manos de un embaucador, pero estaba dispuesto a asumirlo en aras de su paz interior.

Tras varios intentos infructuosos logró ponerse en contacto con un conocido -relativamente- parapsicólogo que le pareció honrado y lo suficientemente serio. Podría estar equivocado, se dijo, pero al menos contaba con una razonable garantía de que no le iba a tomar el pelo. Este investigador había publicado varios libros acerca de las vivencias, reales o no, de las personas que como él mismo habían retornado de la muerte, y desde luego se mostró sumamente interesado por su historia.

Interesado y perplejo, puesto que según le confesó, su relato se salía por completo de lo habitual. Ya se sabía: La historia del túnel por el que avanzaba el alma del fallecido en busca de la luz, la sensación de una inmensa placidez, el reencuentro con los seres queridos que venían a buscarlo, el ser luminoso que irradiaba bondad... Éste era, con distintas variantes, el decorado común que ya se había convertido en un clásico de la parapsicología.

Pero el mundo gris por el que vagara sin rumbo durante una eternidad... Ciertamente se trataba de una novedad absoluta.

El parapsicólogo le trató muy bien e incluso le pidió permiso para incluir su caso en su próximo libro, pero la verdad fue que tampoco pudo aclararle sus dudas.

Quedaba aún una última interpretación, la religiosa. Él nunca había sido practicante e incluso se le podría definir perfectamente como un agnóstico, pero... ¿Acaso el mundo gris no podía haber sido su limbo particular al estarle vedada su entrada en el Más Allá mientras su alma no se hubiera desprendido irreversiblemente de su cuerpo? ¿Acaso no habría estado en una especie de sala de espera de la cual había retornado finalmente al mundo real al no haber llegado a morir del todo?

Ciertamente esta explicación chocaba de forma frontal con su propia lógica, amén de que la teoría del túnel luminoso entroncaba en realidad con la religión... Por lo que ni tan siquiera podía estar seguro de ello.

Más interesante le resultó la teoría de un desconocido filósofo que encontró por casualidad en uno de los libros perdidos en su biblioteca. *“No existen un cielo ni un infierno”*, afirmaba este pensador, *“sino que cada cual tiene su propio Más Allá en función de sus creencias y en función de lo que espera encontrar”*.

Dicho con otras palabras, de haber muerto definitivamente en el accidente él se hubiera encontrado con su propio concepto de la vida ultraterrena; y puesto que nunca había creído en la misma, lo lógico era suponer que se hubiera fundido en la nada.

¿Y qué era entonces ese mundo gris? ¿Un simple lugar de espera del que habría salido tarde o temprano de una u otra manera, o su Más Allá definitivo, donde la nada revestía la forma de una condena a vagar para siempre sin la menor esperanza de una redención?

Esta perspectiva le aterraba. Y entonces comenzó a creer. A su manera, por supuesto, y sin tener nada en común con las doctrinas clásicas del cristianismo o de cualquier otra religión; pero necesitaba creer en algo, ya que le aterraba la idea de verse prisionero de nuevo en ese maldito mundo gris, esta vez por toda la eternidad.